JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

México $3.000 ó N$3.00 E.U. y Puerto Rico U.S. Dls. 17.5 Argentina $1.50



VIAJE TORMENTOSO

Sally Wentworth

Viaje tormentoso
Sally Wentworth

En Harmex: Viaje tormentoso (1992)
Título original: Stormy voyage (1992)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 49
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Thor Cameron y Zara Beaumont

Argumento:

En lo concerniente a Thor, ninguna mujer era bienvenida a bordo de su barco. La experiencia le había enseñado, que eso era lo mejor; pero Zara, quien huía de una situación muy peligrosa, no tenía la menor intención de discutir lo que estaba bien y lo que no, con él. Cuando Thor la rechazó, ella no tuvo más opción, que embarcarse clandestinamente. ¿Qué pasaría cuando él descubriera, que se encontraba a bordo?

Capítulo 1

La media docena de ventiladores eléctricos, con los que contaba el club nocturno no servían para nada; excepto para mezclar los fuertes aromas de la condimentada comida que ahí servían, con el olor del humo del tabaco. Los ventiladores eran incapaces de refrescar, la altísima temperatura. Zara podía sentir el sudo correr por su piel al bailar, a pesar de que su atuendo era bastante ligero y revelador, confeccionado con algunas plumas y lentejuelas cosidas estratégicamente, en tres partes sobre una malla, que cubría todo su cuerpo. Si Marcel hubiera podido elegir, las lentejuelas habrían estado sobre un solo lugar, pero de ningún modo, Zara descubriría sus senos ante la mirada hambrienta de los árabes del lugar y los marinos, que frecuentaban el club. Ésto, a pesar de que Maxine, la bailarina principal, lo hiciera con toda naturalidad. Maxine había permanecido a las Folies de París, tenía bastante experiencia y Marcel siempre la protegía; Zara, por su parte, estaba sola, recién llegada de Inglaterra y deseando volver, cuanto antes.

El baile terminó y las cinco chicas, en realidad Maxine contaba con casi cuarenta años de edad, salieron del escenario para cambiar sus trajes, mientras Marcel las reemplazaba cantando una vieja balada, en su falso acento francés. Por fortuna, el número siguiente era el último, el gran final, "Carnaval", y para este número las chicas usaban vestidos con cuellos altos y con muchas más lentejuelas y plumas, que colgaban de sus cinturas.

Los vestidos habían sido hechos especialmente para las Folies y Maxine los había traído, un par de años atrás. Desde ese entonces, habían sido usados seis días a la semana y en cuatro presentaciones al día, pasando de una bailarina a otra y de un club nocturno al otro, dependiendo de la temporada. Ahora, estaban muy gastados.

Hubo pocos aplausos cuando las bailarinas regresaron al escenario, luciendo sus sonrisas profesionales. La audiencia se encontraba o muy acalorada o muy bebida, como para mostrar entusiasmo alguno; casi todos los parroquianos iban al club a admirar a las chicas, y no el espectáculo. Ellas hicieron su rutina y Zara prefirió no pensar en los ojos que la observaban o en los pensamientos, que los clientes pudieran tener.

La música llegó a su clímax al mismo tiempo que, Marcel y Maxine, cantaban con voces demasiado bajas para los requerimientos de esa melodía; en realidad, no valía la pena esforzarse para ese tipo de público. Al final, las chicas salieron del escenario, regresaron e hicieron una caravana. ¡Eso era todo por ese día!, bastante agotador, ya que la última presentación terminaba, a las tres y media de la madrugada.

Zara y Danielle, la chica francesa con la que compartía su habitación, se cambiaron de prisa, vistiendo pantalones y playeras, pero las otras bailarinas se pusieron vestidos de noche y regresaron al club, para charlar con los parroquianos. ¿Qué tan íntimas eran sus conversaciones? Zara no se lo cuestionaba, pero ellas siempre tenían más dinero, que el que ahí ganaban.

Se oyó un golpe en la puerta, y la voz de Marcel demandó con impaciencia:

—¿Están listas?

Parte del trato para trabajar ahí era que Marcel las acompañara, de regreso su hotel, aunque no lo hiciera con mucho placer, ya que él recibía bebidas gratuitas en el bar. Pero de ningún modo las chicas caminarían solas por las calles de Orán, a esas horas.

Marcel tenía tanta prisa, que no les permitió desmaquillarse; mucho menos, tomar una ducha. Al salir, Zara respiró profundo varias veces, percibiendo un aroma proveniente del océano que la hizo experimentar una nostalgia extraña, que no pudo definir.

Su hotel se encontraba en una calle con edificios altos y viejos y poseía una vista al malecón, que Zara consideraba la única ventaja. El hotel era ruidoso, viejo y maloliente, pero su habitación, casi en el último piso, poseía una vista maravillosa hacia el mar, que fascinaba a Zara. Todos los días, al levantarse, ella se sentaba en una silla cercana a la ventana a observar, el constante cambio de escenario.

Buques cargando o descargando de camino a Grecia o Turquía, o viajando a través del Canal de Suez, hacia el Mar Rojo. Casi todos eran barcos de carga; no existía nada en ese lugar, que atrajera a los cruceros. Zara aspiró, pensando que eso era una lástima, ya que de poder conseguir trabajo en un crucero, se podría ir de Orán.

Cuando Zara despertó a la mañana siguiente, Danielle dormía aún, como de costumbre. La muchacha francesa yacía boca arriba, con su pelo rubio artificial extendido sobre la almohada, tenía la boca semiabierta y su respiración era pesada y ruidosa.

Cuando empezaron a compartir la misma habitación, Zara caminaba de puntillas para no molestarla, pero después de dos meses de convivir con ella, Zara sabía que nada la despertaría, sino hasta que Danielle lo hiciera de forma natural.

Zara se dirigió a la ventana, corrió las persianas y abrió la ventana, permitiendo que entrara el sol de mediodía y el ruido, proveniente del puerto y de la calle. El agua era casi imperceptible debido a la cantidad de barcos anclados en el muelle, la poca que se podía ver, estaba cubierta de aceite y basura. Más allá del muelle, donde la bahía se encontraba con el mar abierto, el sol hacía brillar las olas con tal resplandor que Zara pestañó, al sentir sus ojos

heridos por el resplandor.

Había muchos barcos en alta mar; el humo salía de sus chimeneas en columnas negras, para después desaparecer con lentitud. Un movimiento lejano, en el horizonte, llamó la atención de Zara; poco a poco se dio cuenta de que se trataba de un gran velero, que se acercaba al puerto. El barco se aproximaba como una nube de velas blancas que ondeaban con la brisa, altas, brillantes y hermosas.

Al acercarse a la bahía, la mayoría de las velas fueron bajadas, revelando tres altos mástiles; después de esto, el barco avanzó por medio de su motor.

Zara suspiró, movida por un sentimiento de nostalgia, y continuó mirando cómo el barco se integraba con gran habilidad, a los otros barcos anclados en el puerto; después fue atado, lejos de los muelles principales de carga.

En ese momento, Danielle se levantó y se estiró. Las dos chicas se bañaron, se vistieron y se dirigieron a comer; no les era permitido comer en la habitación, pero esto no representaba problema alguno, ya que en el club nocturno podían comer gratuitamente.

Después de la comida, Danielle fue a visitar a unos amigos franceses que vivían en Orán. Zara hizo unas compras esenciales, no podía gastar mucho ya que estaba ahorrando para su pasaje, de regreso a Inglaterra. Después de sus compras, caminó hacia el muelle para poder apreciar el velero más de cerca.

Se llamaba "El espíritu del Viento". Para refrescarse un poco, Zara se apoyó en el muro de contención, con el que contaba el muelle, y miró hacia abajo, a donde el barco se encontraba anclado. Parecía, que había gran actividad sobre la cubierta. Una ambulancia esperaba y poco después pudo ver que un hombre era transportado sobre una camilla, hacia la ambulancia. Después, el vehículo fue puesto en marcha. Los otros miembros de la tripulación se alinearon para poder ver todo, pero un hombre alto que vestía uniforme de marino los llamó, para que regresaran a sus labores. Excepto él, todos los miembros de la tripulación vestían únicamente pantalones cortos y Zara pudo darse cuenta, de lo bronceado de sus cuerpos. Un taxi destartalado se acercó al muelle, y el hombre alto, quien parecía estar a cargo, se subió y se alejó. Zara pensó que el trabajo se detendría, pero otro hombre, más bajo y barbado, tomó el mando y la tripulación continuó su trabajo, al mismo ritmo que antes. Ellos guardaron las velas e hicieron cadenas humanas, para bajar cajas vacías y embalajes al muelle.

Un hombre joven, de aproximadamente veinte años, y cuya piel no estaba tan bronceada como la del resto, se dio cuenta de que

Zara los observaba y la saludó agitando su mano; Zara titubeó por un momento, pero después devolvió el saludo, antes de volverse y ponerse en camino de regreso.

Muchos ojos la observaban al caminar; ella era una de las pocas rubias, entre tantas mujeres morenas de cabello negro. En más de una ocasión, varios hombres habían tratado entablar conversación con ella, y por esa razón Zara ahora evitaba caminar por el muelle, aunque esto era de su agrado. Cuando sentía deseos de caminar, lo hacía por donde se encontraban todas las tiendas elegantes, pero nunca después de oscurecer.

Danielle la esperaba en el lugar acostumbrado y juntas caminaron al hotel, antes de ir al club nocturno. Esa noche fue como muchas otras, las dos primeras presentaciones con muy poca gente, pues el lugar no se llenaba sino hasta pasadas las once. Durante la tercera presentación, un grupo de seis hombres tomó una mesa bastante cercana a ella. En una parte del espectáculo las bailarinas tenían que fingir estar flirteando con los clientes, un mal necesario, por desgracia. Durante esta parte, las bailarinas tenían que ser cuidadosas de elegir a alguien que no estuviera demasiado tomado y quisiera sobrepasarse.

Zara eligió al hombre más cercano a ella y, con una sonrisa muy profesional, le dijo:

—*Bonjour, chérie*.

Él retrocedió, pero otra voz le respondió en inglés:

—Hola, ¿te acuerdas de mí?

Zara reconoció al joven del velero.

—¿Eres inglés? —repuso sonriendo—. Yo también.

Zara se alejó caminando con gracia y se acercó a otra mesa, donde un árabe con nariz de halcón, la desvistió con la mirada. Zara se alejó de él de inmediato y prosiguió, con el baile.

Los miembros de la tripulación permanecieron ahí para la siguiente presentación y se unieron a las chicas cuando hicieron su rutina, con los cantos tradicionales ingleses.

Al terminar el espectáculo, el dueño del club habló con Marcel, quien golpeó la puerta del vestuario y gritó:

—Un hombre de la audiencia quiere, que Zara lo acompañe a tomar un trago.

Esto era algo común. Zara abrió la puerta y preguntó:

—¿Quién es? —pensó que tal vez, se trataba del marinero.

Pero Marcel respondió, de manera persuasiva:

—Se trata, de un hombre muy importante de Orán.

Zara sabía la respuesta de antemano, pero, de todas formas, preguntó:

—¿Dónde está sentado?

—A la izquierda, en la segunda mesa frente al estrado.

—Ya conoces mis reglas, no acostumbro beber con los clientes.

Zara recordó de inmediato, al árabe con nariz de halcón.

Marcel respondió, con rudeza:

—Esta vez, vas a tener que hacerlo. El dueño, quiere tener buenas relaciones con él.

—Lo siento mucho. Yo soy bailarina, no anfitriona para entretener a los clientes. ¿Por qué no se lo pides, a María o Elaine?

—Él no quiere ver a María o Elaine. Preguntó por ti.

—Dile que no —dijo con firmeza y trató de cerrar la puerta, pero Marcel se lo impidió, deteniéndola con su pie.

—Si no te tomas una copa con él, él puede hacer que las cosas se tornen difíciles para el dueño, y el dueño hará lo mismo, con nosotros. ¿Quieres que nos echen? Tan sólo desea que lo acompañes con una copa, ¡no es para tanto!

—¡No! —repuso ella con firmeza, sabiendo que si aceptaba, ese hombre querría mucho más—. Mejor retira tu pie, si no quieres que te lo aplaste.

—¡Me voy a deshacer de ti, tan pronto como pueda reemplazarte! ¡No quiero chicas, que no pueden atender bien a mis clientes!

Zara devolvió la mirada hostil.

—No me sorprende, tú eres tan sólo un alcahuete —y le dio un portazo en la cara.

La venganza de Marcel, no se hizo esperar. Se negó a acompañarlas de regreso a su hotel, así que Danielle y ella tuvieron que gastar en un taxi. Tan pronto como el taxi se puso en marcha, un auto grande empezó a seguirlas.

Zara lo notó y lo miró, nerviosa, alarmándose más al darse cuenta que se detuvo atrás de ellas.

—Tú pagas —le dijo preocupada, a Danielle—. Voy a correr hasta la entrada.

Zara abrió la puerta del taxi, cruzó la calle corriendo y entró en el hotel, ignorando un grito proveniente del auto que las seguía. El dueño del hotel estaba frente a su escritorio; era un hombre corpulento, francés, que había sido incapacitado en la armada después de lastimarse la pierna en un accidente, varios años atrás. Él levantó la vista, al verla correr.

—¿Algún problema?

—Sí, un auto nos siguió.

Él se puso en pie. Su corpulencia hacía sentir a Zara protegida. Danielle entró.

—Es el árabe del club nocturno, desea hablar contigo.

—¡No! —dijo Zara, segura de sí misma.

—Déjalo en mis manos, yo hablaré con él —el dueño del hotel salió y las dos chicas, subieron a su habitación.

—Lamento mucho, haber dejado que lo enfrentaras sola —Zara, se disculpó con Danielle al sentirse a salvo.

—Debiste hablar con él. Ahora está intrigado y no quitará el dedo del renglón, hasta conseguir lo que quiere.

—Si lo que quiere soy yo, entonces la respuesta será siempre, no —repuso Zara, con decisión.

Danielle se rió.

—Hombres como ese, siempre consiguen lo que quieren —bostezó—. Estoy cansada. Buenas noches.

Danielle se metió en la cama, sin quitarse el maquillaje. Zara se desmaquilló y tomó una ducha, después apagó la luz, antes de acercarse a la ventana y cerrar las persianas. Todavía estaba oscuro. Zara desvió la vista hacia donde el “Espíritu del Viento” estaba anclado; ella imaginó todos sus mástiles con luces. Se preguntaba cuánto tiempo permanecería en Orán, o si se habría ido cuando ella despertara a la mañana siguiente.

¡Todavía estaba ahí!, Zara sintió un absurdo placer, al ver que el barco aún se hallaba en el muelle. Se vistió con rapidez y decidió ir a dar otro vistazo, después de hacer sus compras; también tenía que recoger un par de zapatillas de baile, que había llevado a arreglar.

El incidente de la noche anterior no había sido muy placentero, pero ella lo quería olvidar. Cuando estuvo lista y bajó a la recepción, el dueño del hotel la llamó y le dijo:

—El hombre que te siguió anoche, dejó esto para ti —le dio un pequeño estuche.

Zara, negó con la cabeza.

—No quiero nada de él. ¿Le dijo, que no me interesaba en absoluto?

En vez de responder, el propietario le dijo de mal modo:

—Su nombre es Ali Messaad. Es dueño de muchas tierras y es muy poderoso, aquí en Orán.

Ella lo miró, dándose cuenta que él no podía protegerla; se sintió atrapada. Después se tranquilizó. Había cientos de hoteles, podría irse a otro.

—Me dijo que te los mostrara —él abrió el estuche y le enseñó su contenido: un par de pendientes de filigrana, del tipo que abundaba en el norte de África, aunque más grandes y más adornados, que los que ella había visto.

Zara volvió a negar, con la cabeza.

—Envíelos de regreso, y dígale que no me interesa.

Zara salió del hotel con rapidez; se detuvo un momento para ponerse sus lentes oscuros, y entonces se dio cuenta de que un

árabe vestido de blanco la observaba, desde el otro lado de la calle. Cuando empezó a caminar, él se incorporó y la siguió. Zara se dirigió al centro comercial, viendo por los cristales de los aparadores, si aún la seguía. En efecto, la seguía. Su corazón latió más fuerte, pero se tranquilizó un poco al ver que el hombre no era Ali Messaad; éste usaba ropa occidental y además era demasiado arrogante como para disfrazarse y seguirla por las calles, pero claro, podía ordenar a alguien que lo hiciera.

Ese pensamiento la hizo retroceder; Zara continuó caminando, preguntándose qué hacer. Al llegar a su destino, entró, pero tuvo que esperar a que el zapatero terminara su discusión con una clienta, después recogió sus zapatos y salió del lugar, tratando de mirar si todavía la seguían. Después de un momento, alcanzó a ver a lo lejos que, el hombre que la seguía, hablaba con alguien en una *limousine* negra señalando la zapatería. No era difícil adivinar, quién ocupaba el vehículo. Dando vuelta en un callejón, Zara corrió hacia una calle paralela y abordó un autobús, hacia el hotel.

Por primera vez, empezó a sentirse mal acerca de lo que ocurría. Quien quiera que fuera ese hombre, Ali Messaad, era obvio que no aceptaría una negativa como respuesta. Zara permaneció en el autobús, hasta que éste llegó a la parte más lejana del muelle, se bajó y corrió por una calle, entre puestos de comerciantes.

Segura de haberse librado de sus seguidores, se dirigió al velero por instinto. No había mucha actividad ese día; a primera vista, pensó que la cubierta estaba vacía, pero después vio que algunos de los miembros de la tripulación tomaban el sol y se estiraban. Uno de ellos, a juzgar por su pálida piel, era el joven al que ella había saludado el día anterior. Bajando al muelle, Zara gritó:

—¿Hay alguien aquí?

La chica vio que un hombre se asomaba por la barandilla. Era el joven marino.

—Hola —saludó con placer al verla—. Espera, ahora bajo.

Un momento después, estaba con ella; él vestía pantalones de mezclilla y una playera, con el nombre del barco impreso.

—Hola —repitió.

—¿Qué tal? Sólo me acerqué, para admirar el bote.

—Y yo que pensé, que me querías ver a mí —respondió él, con una expresión bastante cómica—. Debí saberlo, atrae a cualquiera. ¡Vamos! Sube a bordo.

Zara retrocedió.

—¿Estás seguro, de que no hay ningún problema?

—¡Claro! Sube y te divertirás. Por el momento, estamos sólo Mack y yo. Los demás fueron al hospital, a ver a nuestro cocinero.

Zara recordó la ambulancia y el hombre que se llevaron.

—¿Qué le pasó? —preguntó, mientras subía por la pasarela.

—Tiene apendicitis; esa es la razón, por la que nos detuvimos en este puerto. No estaba planeado, pero el cocinero se puso bastante mal y el capitán decidió detenerse en Orán. Es un gran barco —añadió, con orgullo.

—¡Ya lo creo! —exclamó Zara, asintiendo y mirando a su alrededor.

—Te lo mostraré; a propósito, mi nombre es Tony.

—Yo soy Zara.

Él le mostró el barco, con el entusiasmo propio de un marino novato; le dijo muchas cosas técnicas acerca de las velas, que ella no entendió, y que era muy probable que él acabara de aprender, por la forma en que habló. Pero al menos, era un buen muchacho y se sentía feliz. Tony la presentó con el otro marino, quien levantó la mano en señal de bienvenida, después la llevó bajo cubierta y le mostró los camarotes. Parecía que dormían bastante apretados; los únicos que contaban con un camarote privado eran el capitán y el cocinero, todos los demás compartían un camarote en grupos de tres y usaban la litera que quedaba libre, a manera de ropero. Tony le explicó que la tripulación constaba de ocho personas en total.

—¿Cuánto tiempo estarán aquí? —inquirió Zara.

—Creo que no mucho —respondió Tony, encogiéndose de hombros—. En realidad, no deberíamos estar aquí.

—¿Van a esperar hasta que el cocinero se recupere?

—No podemos quedarnos aquí, por mucho tiempo; supongo, que él tendrá que alcanzarnos después. Vamos hacia Rodas, porque tomaremos parte en una película y Thor está ansioso, por llegar allá.

—¿Thor?

—Thor Cameron; él es el capitán.

Zara dirigió su vista hacia la cubierta, pensó en lo maravilloso que sería navegar, sobre las azules aguas del Mediterráneo, en ese hermoso bote, y así se lo hizo saber a Tony.

—Es un barco, no un bote —Tony la corrigió.

—Y ¿cuándo se convierte un bote en barco? —bromeó Zara.

—¡Qué sé yo! —respondió Tony, con un cómico gesto de consternación—. ¿Te gustaría ir a la cafetería del muelle, a tomar algo?

—¡Claro!, gracias.

Zara lo siguió y él trató de caminar a su lado, para que todos se dieran cuenta de que ella estaba con él.

Ya en la cafetería, hablaron principalmente de Tony, lo cual él hizo complacido; le contó que había estudiado Ciencias en la universidad, pero que no había querido trabajar de inmediato y por

eso había tomado esa actividad, temporalmente.

—La paga es muy alta —añadió con confianza—. Pero me encanta estar en el mar, especialmente cuando navegamos sin el motor.

—Ya me imagino —Zara sonrió—. Ten cuidado de no encariñarte demasiado, o todos esos años en la universidad serán inútiles.

—No me importaría mucho —dijo con ansiedad—. Thor vive muy bien.

—¿El capitán? ¿Es dueño del bote, es decir del barco?

—El "Espíritu" pertenece a una compañía que posee una flotilla entera de veleros, usados en película y en televisión, para anuncios y trabajo de promoción; esa clase de cosas.

Charlaron durante un rato más, después Zara se despidió.

—Debo irme ya.

—¿Vas a trabajar en el club nocturno, esta noche?

—Me temo que sí —asintió, con un suspiro.

—¿No te gusta trabajar allí?

—Lo aborrezco —admitió Zara.

—¿Por qué no lo dejas?

—Lo haría si pudiera. Al principio tenía planes de trabajar con otra chica, en un club o un complejo turístico en la ciudad de Túnez, pero poco después su madre enfermó y ella tuvo que regresar; contábamos con el dinero suficiente sólo para un pasaje, así que ella lo usó; después, en el club no aceptaron que yo trabajara sin ella, así que cancelaron mi contrato. Trataba de regresar a casa, pidiendo a los automovilistas que me llevaran, y fue cuando supe de este trabajo. El cantante principal, Marcel, me dio un adelanto para el pasaje y trabajé para pagarle; ahora estoy ahorrando, para mi pasaje de regreso a Inglaterra.

—¿Cuánto necesitas? Yo tengo algunas libras.

Zara extendió su mano y tomó la de Tony.

—Gracias Tony, es un buen detalle, pero ya casi lo completo.

Zara se encogió de hombros.

—De todas formas, tendré que irme cuanto antes, ya que un árabe me ha estado acosando y no creo que pueda soportarlo, por mucho tiempo.

—Pero, ¿estarás en el club esta noche?

—Sí, hoy es día de pago —al decir esto, Zara se incorporó y soltó la mano de Tony—. Fue un placer conocerte y gracias por mostrarme el barco, te envidio.

Esa noche, en el club, varios miembros de la tripulación se encontraban bebiendo, incluso el hombre alto, de pelo rojizo y ojos azules. Al principio, Zara no lo reconoció, pero poco después se dio

cuenta de que se trataba del hombre que vestía uniforme, el capitán. Por desgracia, también Ali Messaad se encontraba en el público, sentado en la misma mesa que el día anterior. Los miembros de la tripulación estaban sentados en un extremo del club, lejos de Zara. En cambio, Ali Messaad se encontraba sentado a la orilla del estrado, y era casi imposible poder evitarlo.

Durante todo el espectáculo mientras Zara bailaba, podía sentir la mirada intensa proveniente de los negros ojos del árabe.

En el número con cantos, Zara tenía puesto un vestido de color perla y un sombrero de paja; durante este número, ella debía ofrecer flores al público. Trató de evitar al árabe lo más que pudo, pero cuando estuvo a su alcance, él la tomó de la cintura y la forzó a acercarse, murmuró algo que Zara no entendió y después introdujo algo en su corpiño, y aprovechando la oportunidad, le tocó los senos, antes de soltarla.

Zara forcejeó para liberare de él. Las personas sentadas cerca del árabe rieron a carcajadas, al ver lo que ocurrió. Zara, avergonzada y furiosa, se sacó el objeto del corpiño y, sin mirarlo, lo arrojó a la cara del árabe.

Después, se alejó bailando; sentía que el corazón se le iba a salir del pecho, sabía que lo que había hecho no era lo correcto. Debió tomarlo con calma y fingir que le seguía el juego, en vez de mostrar su disgusto en una forma tan abierta. Pero ese hombre la había humillado ¿por qué no podía ella, hacer lo mismo?

Zara continuó bailando, pero vio que Messaad abandonó su lugar y en ese momento se encontraba, hablando con el dueño del club; parecía que los dos hombres discutían, a juzgar por sus gesticulaciones.

Zara suspiró aliviada, al percatarse de que el árabe y sus acompañantes habían abandonado el lugar. Tal vez el dueño había arreglado las cosas, de una vez por todas.

Sintiéndose mucho mejor, Zara continuó trabajando con más entusiasmo y al salir del escenario, se despidió de la tripulación.

Pero, después de cambiarse de ropa, cuando estaba a punto de partir, se dio cuenta de que su bolso había desaparecido del vestuario. Buscó por todas partes, pero sabía que era inútil, su bolso había sido robado. Zara palideció y Marcel preguntó:

—¿También fueron robados, los bolsos de las otras chicas?

—No. Solo el mío.

Marcel la miró extrañado y se encogió de hombros.

—Le diré al dueño para que informe a la policía, pero yo no tendría muchas esperanzas en recobrarlo. ¿Tenías mucho dinero?

—No —Zara negó con la cabeza, mirando a Marcel de una manera acusadora— Pero mi chequera y mi tarjeta de crédito

estaban en mi bolso; al igual que mi pasaporte.

—Bueno, creo que puedes reponerlos —repuso Marcel con brusquedad—. Si estás lista para irnos, andando.

—¿Y nuestro salario?

—No tuve tiempo de ir al banco hoy, les pagaré mañana —contestó pestañeando.

—Los bancos estarán cerrados mañana —señaló Zara, con dureza.

—Entonces, será pasado mañana. ¿Vienes o no?

—Necesito dinero para pagar el hotel. No puedo extender un cheque, ya que me robaron la chequera.

—Ése es el problema —replicó él, impaciente y con malicia—. Voy a llevar a Danielle, ¿vienes con nosotros o no?

Zara no tenía alternativa, ni siquiera podía pagar un taxi; lo siguió refunfuñando; sabía que su bolso había sido robado por orden de Ali Messaad. Pensó en ir a la policía, pero, ¿de qué serviría, si Messaad era alguien tan influyente? Pensarían que ella era tan solo una extranjera, en busca de pleito y no la protegerían. ¿Existía un consulado británico en Oran? Zara no lo sabía; y además, no contaba con el dinero suficiente, para hablar por teléfono e investigar. Por otra parte, si pudiera hacerlo, le tomaría varios días probar su identidad y obtener un nuevo pasaporte; asimismo, no podía disponer de dinero, sin su pasaporte.

Marcel las dejó a la puerta del hotel. Cuando entraron, el dueño les pidió pagar su cuenta, cosa que nunca había hecho. Danielle pagó lo que le correspondía y subió a su habitación, dejando sola a Zara para explicar lo que había pasado con su bolso.

El hombre frunció el ceño y se mostró molesto; le dijo que si no podía pagar, tenía que marcharse.

—Muy bien, me iré por la mañana —dijo cortante.

—Debes irte, ahora mismo.

—Usted no me puede echar a la calle, a esta hora. ¡No me iré!

Poniendo sus manos sobre el escritorio, se adelantó y dijo, con seriedad:

—Mire, yo sé bien que lo han forzado a hacer esto, pero usted también tiene hijas, ¿las echaría a la calle, para que enfrentaran a ese hombre?

Él, la miró avergonzado y se llevó las manos, a la cara.

—Tal vez me maten por esto; pero está bien, puedes quedarte esta noche. Pero mañana, tendrás que partir a primera hora.

Zara asintió, sintiéndose aliviada.

—Está bien, ¡gracias! —ella titubeó y luego preguntó—: ¿Puedo usar su teléfono? —sabía que estaba yendo, demasiado lejos.

—No funciona.

Tratando de controlar la desolación que sentía, ella asintió. Tal vez Danielle la ayudaría. Zara subió la escalera corriendo. Se detuvo asombrada, al ver que Danielle hacía su equipaje con rapidez.

—¿Qué estás haciendo?

—Me marcho; no quiero compartir la habitación, contigo. Me quedaré, con mis amigos.

—Pero… ¡no me puedes abandonar así!

—Si quiero, lo puedo hacer —dijo Danielle, con terquedad.

—Al menos… ¿me prestarías algo de dinero para que…?

—¡No! Nunca lo recuperaría.

—Entonces, llévame con tus amigos para quedarme allí también —suplicó Zara—. Solo por unos días, mientras encuentro otro lugar.

—No, a ellos no les gustaría.

—Pero no me puedes abandonar, con ese hombre rodando cerca; si tú me necesitaras, yo nunca te abandonaría.

No importaba lo que Zara dijera; Danielle no estaba dispuesta a escuchar; había decidido que Zara era muy problemática y ella no quería, verse mezclada en sus problemas. Terminó de hacer su equipaje, en diez minutos y se fue.

Zara la miró alejarse en un taxi, desde la ventana; se preguntaba qué podía hacer. Ali Messaad debía de ser mi hombre muy poderoso, ya que pudo controlar a toda esa gente, sólo porque ella lo había desairado, arrojándole en la cara el presente que él le había dado. Zara tembló, sintiéndose muy atemorizada de repente. Incluso si ella hubiera aceptado, no habría sido el final. Zara había oído muchas historias horribles y sabía, que aún existía la esclavitud de blancas. Los responsables de ésto, drogaban a las muchachas, y una vez que eran adictas, las usaban como prostitutas.

Ella miró con melancolía hacia donde se encontraba anclado, el “Espíritu del Viento”. En su tripulación había hombres ingleses, que tal vez la protegerían. Además, el barco pronto abandonaría Orán. Si ella estuviera a bordo, el capitán la podría llevar al siguiente puerto, como si ella formara parte de la tripulación.

Zara se sintió esperanzada; segura de que había encontrado la manera, de salir de ahí. De inmediato se puso a planear cómo salir del hotel, sin ser vista y alcanzar el barco. Como era delgada, fue muy fácil para ella salir por una pequeña ventana, que daba a la parte posterior del hotel. Todavía estaba oscuro, pero ya empezaba a amanecer. La ventana estaba bastante alta, pero Zara se las arregló apoyándose con sus manos y saltando los últimos metros, para poder alcanzar el suelo. Llevaba puesta ropa oscura, pantalones de mezclilla y un suéter de manga larga; tenía el cabello recogido y cubierto, por un turbante oscuro.

Buscando a tientas, encontró el bulto que había arrojado antes.

No llevaba mucho, algo de ropa y sus zapatos de baile.

Permaneció inmóvil, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Creyó distinguir una silueta a la entrada del callejón, pero conocía muy bien los alrededores del hotel, ya que había pasado suficiente tiempo mirando a través de la ventana, las calles de Orán. Zara se mantuvo en la penumbra y, caminando con cautela, llegó hasta el final del callejón, entró en el patio de otro edificio, lo cruzó y escaló un muro, para salir al lado opuesto.

Un gato chilló y corrió, entre los pies de la chica. Zara se espantó, se apoyó en la pared y esperó hasta asegurarse, de que nadie se había dado cuenta.

Después continuó, tratando de llegar al muelle usando los callejones. Al llegar a la calle principal, Zara sacó de su bulto un *yashmak*, que era una especie de velo usado por las mujeres musulmanas, y se lo puso. Lo había conservado como un recuerdo de la primera vez que visitó el norte de África, y nunca pensó que le sería de tanta utilidad.

El velo era demasiado corto para ella y, cada vez que alguien pasaba cerca, la joven tenía que inclinarse un poco, pero como todavía era muy temprano, había muy poca gente, así que avanzó con rapidez tratando de contenerse para no volverse y asegurarse, de que nadie la seguía.

Cuando amaneció, ella todavía caminaba con sus sandalias, tratando de no apresurarse demasiado, para no despertar sospechas.

Un auto dio vuelta en la avenida principal y avanzó con lentitud, como si estuviera buscando a alguien. Llena de temor, Zara se escondió detrás de unos bultos y esperó ahí, hasta que el auto desapareció. Después, se asomó y pudo ver que se trataba de una patrulla, haciendo su recorrido matinal. Los latidos de su corazón volvieron a la normalidad y ella, continuó su camino.

Zara estaba casi segura de que el barco seguía anclado allí; de otro modo, no habría visto a los miembros de la tripulación en el club otra vez. Sus ojos buscaron ansiosos a alguien que estuviera en la cubierta, vigilando y le permitiera subir a bordo.

Zara se volvió y miró con cautela a su alrededor, antes de descender los escalones que llevaban al muelle; no vio a nadie que pareciera sospechoso. Apretando el paso, corrió hacia el barco y subió por la pasarela, no sin temor de que alguien la detuviera. Continuó su camino, cuando una voz la detuvo en seco:

—¡Alto!

Zara se detuvo de inmediato, se volvió y miró al hombre alto quien, ella adivinó, era el capitán, Thor Cameron.

Él caminó hacia ella y la tomó del brazo.

—¿Qué buscas aquí? —Thor habló en francés y ella se dio

cuenta de que él pensó, que ella era de Orán.

—Soy inglesa. Por favor, usted debe ayudarme, estoy en un problema terr…

—¿Quién es usted? —interrumpió, de inmediato.

—Mi nombre es Zara Beaumont. Vine a pedirle que por favor me lleve, a dondequiera que usted vaya. Debo alejarme de Orán. Hay un hombre que…

—Acércate a la luz —Thor tiró de ella hacia la linterna que se encontraba al pie de la pasarela, pero Zara retrocedió, temerosa de ser reconocida.

—Por favor, ¿podríamos ir a un camarote?

El capitán titubeó y después asintió. Todavía asiéndola del brazo, la guió hacia el camarote principal y encendió las luces.

—¡Quítate eso! —ordenó.

Arrojando su bulto al suelo, Zara hizo lo que él le ordenó, revelando así su esbelta figura. Después se quitó el turbante, dejando que su rubia cabellera cayera sobre sus hombros.

—Eso pensé. Eres la chica del centro nocturno.

—Sí, tiene razón. Yo…

Thor no le dio tiempo, de finalizar su oración. Su rostro, se endureció al decirle:

—No pienses que puedes obtener, un viaje gratis; no llevamos pasajeros.

—Pero estoy dispuesta a pagar por mi pasaje; sé que su cocinero está hospitalizado, así que yo podría cocinar para ustedes; sé muy bien cómo hacerlo.

Thor rió con aspereza; sus facciones bronceadas por el sol, denotaban burla.

—Permíteme dudarlo. Además, ¿cómo supiste que el cocinero está hospitalizado?

—Tony me lo dijo. Por favor, tengo que alejarme de este lugar.

—¡No en mí barco! ¡De ningún modo! —asentó él—. Y en el futuro, aléjate de mi tripulación; recoge tus cosas y desembarca.

—Pero, ¡usted no entiende!, existe un hombre, un árabe, que me vio en el club nocturno y ahora me acosa, porque lo desairé. ¡Tengo que alejarme de aquí!

—Puedes tomar un autobús o un avión; hay muchas maneras de salir de Orán.

—Es que… no tengo dinero y…

—Pensaste que sería fácil, viajar gratis con nosotros. ¡Pues no es así! En este barco la tripulación es masculina, y no quiero a ninguna mujer, que los distraiga.

—Nunca haría eso. Realizaría exactamente, lo que usted me pidiera. Además, pienso desembarcar en la primera parada que

haga —prometió Zara, suplicante.

Pero él permaneció impasible y dijo, mofándose:

—Mujeres como tú, las hay en cada puerto. La respuesta sigue siendo: “no”. Toma tus cosas y vete.

Al ver que Zara no hizo el menor movimiento, él levantó el velo, el bulto y se los arrojó a las manos. Después, la tomó de la muñeca y se dirigió a la puerta.

—¡No! ¡Por favor! —Zara retrocedió, casi llorando.

—Ya me oíste, no puedes viajar en este barco.

Zara se sujetó del marco de la puerta y desde ahí, gritó:

—¡Tony! ¡Tony! ¡Ayúdame!

—¡Escúchame! —Thor Cameron, la empujó hacia afuera y ella quedó colgando, de un hombro.

Entonces, la cabeza despeinada de Tony apareció en el corredor.

—¿Me llamó Capitán?

—¡No!, regresa a tu camarote.

—Tony, soy yo. ¡No dejes que me eche! —gritó Zara, tratando de zafarse del capitán; pero él, la tenía controlada.

—Zara, ¿qué haces aquí?

—Tienes que ayudarme, estoy metida en un terrible problema.

—Que será peor, si no regresas a tu camarote —dijo el capitán, amenazando a Tony.

Thor cargó a Zara y la llevó hasta cubierta, pasando por donde Tony miraba, atónito. Ella le golpeo la espalda, tratando de zafarse.

—¡No puede hacerme esto! Usted es inglés, tiene que protegerme; no tengo a nadie más que pueda hacerlo.

Thor ignoró sus súplicas, cruzó la cubierta, bajó por la pasarela y arrojó a Zara sobre el muelle.

—Ahora ¡vete!

—¡Maldito desalmado! —ella lo pateó en las espinillas, pero como llevaba puestas sandalias, Thor ni se inmutó—. ¿Sabe a lo que me está condenando?

Tony se acercó con rapidez.

—¿Capitán? ¿Qué está pasando?

—Dale sus cosas —ordenó Thor Cameron.

Contrariado, Tony obedeció.

Zara tomó el velo y se lo puso de inmediato. Ya casi había amanecido y había gente a su alrededor, algunos de ellos mirando con curiosidad. El velo era, su único disfraz.

—¡No entiendo! ¿Qué sucede? —quiso saber Tony.

—¡Regresa a bordo!

—Pero yo…

—Dije, que regresaras a bordo. Y aléjate de esa mujer; es tan sólo una aventurera capaz de inventar cualquier cosa, con tal de

salirse con la suya.

Por un momento Tony titubeó, recorriendo con su mirada los ojos suplicantes de Zara y el gesto determinado, de Thor Cameron. Después asintió y regresó a bordo. El capitán se volvió y le habló a Zara:

—No sé cuál es tu juego, pero no lo vas a jugar en mi barco. Así que piérdete, y si tratas de subir a bordo de nuevo, llamaré a la policía.

Después de decir esto, se volvió y regresó a bordo al igual que Tony, y se quedó un momento en cubierta para asegurarse, de que Zara se alejara.

Capítulo 2

Zara permaneció en el muelle, apretó sus pertenencias contra su cuerpo y miró la silueta de Thor Cameron en el puente del barco, incapaz de creer que él había rechazado sus súplicas, de una forma tan desalmada. Se acercó al muro y se apoyó; sintió que sus últimas fuerzas la abandonaban. Zara estaba casi segura de encontrar resguardo en el barco; lo había imaginado desde que escapó del hotel y durante toda su ansiosa caminata, hasta el muelle. Nunca pensó que el capitán la rechazaría. Ahora ¿qué podía hacer?

Lo primero que se le ocurrió fue quedarse ahí, en caso de que el capitán se arrepintiera; pero desechó ese plan casi de inmediato; ningún hombre con esa determinación, iba a cambiar de idea. Trató de pensar, en una mejor solución. Temía regresar al centro del pueblo para investigar, si existía algún organismo británico que la pudiera auxiliar.

Ella no hablaba árabe y muy poco francés, así que si se dirigía a alguna agencia de información turística, tendría que encontrar a alguien que hablara inglés; además, era casi seguro que, Ali Messaad, tendría a alguien vigilando ese lugar.

Zara pensó también que, a falta de dinero, podía usar sus pies y caminar al poblado más cercano. Cuanto más pronto, mejor, ya que todavía era temprano y tenía la ventaja de que todos pensarían, que ella se encontraba en el hotel.

Por fin decidida, se inclinó para levantar el bulto que llevaba; pero se quedó inmóvil al darse cuenta de un pequeño movimiento, proveniente de una de las portillas cercanas a la popa. Dando un vistazo hacia la cubierta, se dio cuenta de que el capitán aún la miraba; aunque se volvió, cuando alguien se aproximó. Después de esto, Zara vio el rostro de Tony a través de la portilla; él le hizo una seña con la mano y después le mostró un papel con un letrero en letras grandes, que decía: “*Ve a la cafetería*“. Zara asintió con la cabeza, después le hizo otra seña y desapareció. Sintió su corazón latir con esperanza, pero mantuvo los hombros caídos mostrando desilusión, mientras se dirigía hacia la cafetería con lentitud.

El lugar estaba abierto; era uno de esos sitios que parecían no cerrar nunca. Había mesas bajo parasoles descoloridos y un exquisito aroma a café inundaba la brisa matinal. El aroma hizo que Zara deseara tomar una gran taza de ese delicioso café, pero no tenía dinero; así que buscó un rincón escondido en la penumbra. Ahí permaneció esperando a Tony, rezando por que éste no se tardara y tuviera nuevas ideas, acerca de cómo ayudarla.

Zara esperó largo rato; pasaron tres horas, antes de que Tony se reuniera con ella. Estaba segura de que Thor Cameron lo había

prevenido, de hablar con ella.

Tony se acercó caminando de manera indiferente y llevando, unas cartas en su mano; al cruzar la esquina donde se encontraba la cafetería, se aseguró de que no pudiera ser visto desde el barco, se detuvo y buscó a Zara, entre las demás personas.

—¡Tony, aquí! —lo llamó la joven.

—¿Has esperado todo el tiempo, aquí? —preguntó Tony al mismo tiempo que Zara se puso de pie, entumecida por la larga espera—. ¿Por qué no entraste en la cafetería?

—Por falta de dinero. Por favor, sé bueno y cómprame un refresco; estoy sedienta y acalorada.

—Claro —los dos entraron en la cafetería y Zara eligió una mesa en una esquina oscura, desde donde pudiera ver a los que entraban.

—Creo recordar que me dijiste, que tenías suficiente dinero —señaló Tony, después de comprar los dos refrescos.

—Así es, pero anoche mi bolso fue robado en el club, también mi chequera y mi tarjeta de crédito, así que, no tengo forma de obtener dinero.

—¿Acudiste a la policía?

—No, no pude —después, Zara narró todo lo que le había pasado, la noche anterior.

—Ese árabe —interrumpió Tony—. ¿No fue el hombre que te forzó, a sentarte en sus piernas?

Zara asintió y él agregó:

—Vi que le arrojaste algo en la cara. Me preguntaba qué era. Me imagino que no le gustó mucho.

—No, para nada. Y estoy segura de que fue él quien arregló, que mi bolso fuera robado y me echaran del hotel.

—¿También hizo eso?

—Sí —Zara le describió, cómo había salido a hurtadillas del hotel—. Por suerte tenía el velo; de otra forma, estoy segura de que me habrían descubierto, de inmediato y habrían informado a Messaad. Por suerte, pude cruzar el pueblo y llegar hasta el barco. Perdona si te metí en problemas, pero no tenía a dónde ir. Me imagino, que fue tonto, pero casi estaba segura que si se lo pedía al capitán, él me permitiría viajar con ustedes, por el simple hecho de que también son ingleses.

—¿Le contaste al capitán, lo que me dijiste a mí?

—Trate, pero, no quiso escucharme. No creo que me haya creído. En realidad, él no quería saber nada.

Tony se puso de pie con decisión.

—Regresaré al barco y hablaré con él. Cuando le explique todos los detalles, tendrá que dejarte viajar eón nosotros.

Tornándolo del brazo para calmarlo, Zara le dijo:

—Gracias Tony, pero creo que será inútil; dirá que te enredé con mis mentiras.

—Bueno, debe de haber alguna forma, en la que te pueda ayudar.

Tony se sentó otra vez; frunció el ceño, tratando de pensar en algo.

—Te podría llevar al aeropuerto en un taxi y comprarte tu boleto. Puedo usar mi tarjeta de crédito, y me podrías pagar en cuanto recuperes tu dinero.

—Gracias Tony —Zara sonrió—, te lo agradezco de veras, pero de nada serviría. Me temo que mi pasaporte también fue robado, así que no puedo salir del país, usando ninguna de las formas ortodoxas. Además, si Ali Messaad es tan importante y tiene tanto poder como el que aparenta, estoy segura de que tendrá vigilado el aeropuerto, al igual que la estación de autobuses. Con facilidad, me acusaría inventando algún cargo y me pondría, bajo su jurisdicción.

Los dos permanecieron silenciosos y deprimidos por un momento, hasta que Tony manifestó:

—EI barco parece ser, tu única esperanza.

—No, ya decidí caminar hasta el próximo poblado; de ahí…

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Tony—. Está a kilómetros de aquí; además, será muy fácil reconocerte aunque uses tu velo.

—Tal vez, si me pudieras prestar algo de dinero, podría tomar un autobús a Algeria. Allí, debe de existir una embajada británica y podré, pedir ayuda.

—¿Hablas árabe o francés? —inquirió Tony.

—No, pero creo poder arreglármelas, para hacerme entender.

Él, sacudió la cabeza con impaciencia.

—Espera un momento, déjame pensar —ordenó.

Zara obedeció y se sentó en silencio, empezando a sentir el cansancio de su mala noche. Su estómago le recordó que ya había pasado mucho tiempo, desde que inquirió su último alimento. Pero eso era, lo que menos le preocupaba.

—Tendré que llevarte a bordo, sin que nadie se dé cuenta.

Zara se quedó azorada.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí, sé de una manera.

—Pero, ¿y él capitán?

—Zarpamos con la marea nocturna y él tiene que ir a la oficina principal del muelle a pasar por la aduana, antes de navegar. Podemos aprovechar ese momento, para que subas a bordo.

—¿Estás seguro? ¿Y si alguien más, me ve?

Tony se puso pensativo.

—Llevas puestos pantalones de mezclilla debajo del velo,

¿verdad? Si te pones un suéter grueso y escondes tu cabello bajo una gorra, pensarán que eres uno de nosotros y que queremos comprar algunas cosas, de último momento; así que, podrás introducirte entre los cargueros.

—¡Tony, eres un genio! —exclamó Zara, con admiración.

Tony sonrió, contagiándose del entusiasmo de Zara.

—Creo, que lo podemos lograr. Ahora, veamos…

La expresión de Zara, había cambiado.

—No, no podemos. Lo que sugieres es maravilloso, pero no puedo permitir que lo lleves a cabo. Tendrías muchos problemas con Thor Camerón. Hasta podría hacerte abandonar el barco, si lo descubre.

Irguiendo los hombros de una forma muy masculina, él repuso:

—Bueno, eso es un riesgo que debo tomar. Por lo menos, estaré contigo si nos echa; además, estaremos en otro puerto. Estoy dispuesto a correr el riesgo, si tú también lo estás.

—Sí, claro, pero yo nada tengo que perder. ¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Los ojos de Zara brillaron, por el optimismo de Tony.

—Muy bien, en marcha. Pero tienes que prometerme que si me encuentran, tú negarás todo lo que sabes —le advirtió ella—. No tiene ningún objeto que te metas en problemas, sin necesidad.

Los dos discutieron sus planes más a fondo, con todos los detalles que pudieron prever.

Tony compró un suéter de manga larga y una gorra de marino, en una tienda cercana, Zara se arreglo el pelo de manera que lo único que quedaba a la vista, era la gorra. Él tenía que regresar al barco, ya que temía que el capitán sospechara algo. Le dio algo de dinero, con lo que Zara compró algo de comer y envió algunas cartas; después de esto, ella buscó un baño público en el que no hubiera dependientes y tuvo que esperar ahí, hasta que oscureció.

Cuando salió, el sol se había puesto. Zara tomó grandes bocanadas de aire fresco, jurando no volver a quedarse en un lugar tan maloliente, sin necesidad, por el resto de su vida.

Todavía temerosa de que Ali Messaad pudiera encontrarla, se dirigió a la cafetería cercana al muelle y permaneció en el mismo lugar donde había esperado a Tony, esa mañana. Cambió el velo por el suéter y la gorra; también untó un poco de tierra en su rostro para disimular la blancura de su piel, y después, con el corazón latiendo a más no poder, caminó por la penumbra, que proyectaba el muro del muelle. Había varios hombres sobre cubierta, Tony y el capitán entre ellos, pero no había indicios del carguero. Temerosa de que hubieran terminado de cargar, Zara se sentó a esperar; ideas de desesperación acudieron a su mente; se imaginó nadando

desesperada tras del barco, tratando de subir.

De pronto, se oyó el ruido estruendoso de un motor, y un gran camión se acercó despacio, al muelle. Se detuvo a un lado del barco y el capitán ordenó de inmediato, que cargaran lo más rápido posible. Observó que el trabajo se iniciara; después se puso una cazadora y bajó por la pasarela, pero en lugar de dirigirse a la oficina, se encaminó al lugar donde Zara se escondía. Ella corrió al otro lado del muro y, con pasos agigantados, caminó hacia el mar, con la cabeza inclinada para evitar ser vista.

Pudo oír los pasos de Thor Cameron, corriendo sobre los escalones de piedra; lo único que podía hacer en ese momento, era continuar fingiendo que se dirigía al mar, y esperar que él no la viera. Por un momento, él titubeó, pero después se alejó en dirección opuesta.

Zara permaneció donde se encontraba por algunos momentos, sintiéndose aliviada; pero recordó que todavía le faltaba, la parte más difícil: abordar el barco.

En realidad, fue más fácil de lo que se imaginó. Manteniéndose en la penumbra, corrió hacia donde se encontraba el carguero. Esperó hasta que no hubiera nadie, cargó sobre sus hombros una caja, de lo que parecían ser naranjas, y la subió por la pasarela, cubriendo su rostro con el brazo. Tony la esperó donde habían acordado y la llevó con rapidez, a la pequeña cabina bajo la cocina, donde el cocinero dormía habitualmente. Dejándola ahí, él regresó a su puesto sin haber sido notado.

Ese camarote se encontraba a estribor, lejos del muelle, pero Zara no se atrevió a encender la luz y tuvo que gatear, para acomodarse bajo la litera; se encogió lo más que pudo y acercó sus pertenencias, junto a ella.

Estaba muy oscuro y húmedo y Zara se alegró, de tener el suéter. El vaivén del barco era bastante extraño para ella. Los ruidos de cubierta podían ser escuchados con facilidad, por lo que se dio cuenta cuando el carguero se alejó. Esperó con gran ansiedad, a que el barco se pusiera en marcha. De pronto, la puerta se abrió con violencia y un hombre permaneció en el umbral. No podía ser el capitán; este hombre tenía piernas velludas y pies bastantes grandes; también usaba un par de viejas sandalias; debía de tratarse del mismo hombre con el que Tony tomaba el sol, la primera vez que ella subió a bordo. Zara se quedó inmóvil, resistiendo el deseo de enrocarse aún más. Pero él únicamente dio un vistazo y cerró la puerta. Poco después, los motores fueron puestos en marcha y el barco avanzó.

El ruido del motor duró muy poco, una media hora. Luego, las velas fueron izadas y el único sonido que se oía era el de la madera,

que crujía de vez en cuando; y a veces, el sonido de las velas al chocar con la brisa. Parecía que había mucho movimiento, pero por suerte Zara no experimentó mareo alguno. Incluso se las arregló para poder dormir unas horas, tan pronto como se hubo liberado de la tensión. Más tarde, el hambre y la sed la despertaron.

Tony le había advertido que debía permanecer oculta, por lo menos doce horas, hasta que fuera demasiado tarde, para regresar a Oran. Zara había decidido confiada, quedarse hasta que llegaran al siguiente puerto y después escabullirse, para evitar qué Tony se metiera en más problemas. No creyó haber dormido mucho, ya que todavía estaba oscuro afuera. Incapaz de soportar la incomodidad por más tiempo, salió de debajo de la litera y se arrastró hasta la cocina; tomó una lata de refresco, antes de regresar a su escondite.

Sintiéndose más segura, se recostó sobre la litera esta vez. Cuando se despertó por segunda ocasión, ya era el nuevo día.

Tony no le había proporcionado ningún tipo de receptáculo, así que ella sentía una gran necesidad de ir al baño. Cruzó las piernas con fuerza, para poder contenerse. Podía escuchar que en el camarote-cocina alguien cocinaba; también podía percibir el aroma, que pronto se tornó en el de algo quemado; esto fue secundado, por diferentes tipos de protestas. Quienquiera que fuese el cocinero, realmente se estaba enfureciendo.

Zara tenía que usar el baño. Cuando todo se calmó de nuevo, ella abrió la puerta y se asomó; el corredor estaba vacío, caminó con cautela hacia donde los baños se encontraban, en la parte trasera del barco, no muy lejos de donde ella estaba. Por suerte, no tenía que pasar por ninguno de los otros camarotes, así que llegó sin novedad. Los excusados estaban a un lado de las duchas; cuando terminó, ella miró éstas; se sentía muy acalorada y sucia. ¡Qué diablos!, pensó, y se introdujo en la más cercana, tirando su ropa al suelo. El agua estaba helada, pero se sentía de maravilla sobre su piel seca y agrietada. Zara encontró un pedazo de jabón y prosiguió con su baño; después cerró los ojos y dejó que el agua le cayera, como una cascada y la enjuagara.

—¿No oíste, cuando prohibí ducharse durante el día? Yo no doy órdenes por diversión. Yo… —los cortineros se movieron, cuando la cortina fue abierta de un tirón.

Zara se encontró de frente, con la mirada sorprendida del capitán. Pero después, los ojos de él bajaron y miraron, todo el cuerpo de la joven.

Arrebatándole la cortina, Zara la acercó a su cuerpo, para cubrir su desnudez.

—¡Largo de aquí! —le gritó.

—¿Qué diablos, estás haciendo aquí? —el capitán vociferó, al

mismo tiempo.

Por un momento sostuvieron sus miradas, pero él habló primero.

—Debí haberlo sabido. Sal de ahí de inmediato y vístete.

—No lo haré con usted aquí.

—Es un poco tarde, para empezar a ser puritana —replicó él, de manera burlona; pero de todas formas, se volvió y se dirigió al corredor.

Cerrando la llave de agua, Zara se sintió aterrorizada por unos momentos. Rezó para que él no diera marcha atrás y la regresara a Orán.

—Apresúrate —le gritó el capitán.

—Está bien, ya voy —Zara miró a su alrededor—. Disculpe, señor Cameron, capitán, ¿tiene una toalla, por favor?

Hubo una corta exclamación, pero después de un momento, él regresó con la toalla.

—Ahora, ¡apresúrate! —ordenó, sin despegar los dientes.

En sólo cinco minutos Zara se secó, se vistió y se dirigió al salón. El techo estaba hecho de paneles de cristal, por donde el sol brillaba con un gran esplendor. La luz caía exactamente, donde se encontraba el capitán. Él era alto y rubio; vestía una playera y pantalón corto; su cuerpo era delgado y bronceado. Su barba, por un momento, hizo que Zara recordara un vikingo, y se sintió mucho más atemorizada; en especial cuando se dio cuenta, del enfado encerrado de esos fríos ojos azules.

Tratando de olvidarse de esa imagen, Zara sonrió y dijo:

—Hola.

No dio resultado. El rostro de él se endureció, cuando dijo:

—¿Conoces el castigo por subir clandestinamente, en una embarcación?

—No quise hacerlo clandestinamente, fue su culpa, usted me obligó a hacerlo.

Él abrió sus ojos con sorpresa.

—Así que, yo te forcé a…

—Sí, porque si usted me hubiera escuchado y hubiera aceptado llevarme como parte de la tripulación, yo no habría tenido que subir a escondidas al barco.

—¡Y ahora resulta, que yo fui al culpable! —él se tornó más serio—. Supongo que Tony fue, quien te ayudó. Voy a tener que discutir un par de cosas, con ese muchacho.

—¡Se equivoca! —interrumpió Zara—. Tony no me ayudó. Yo me introduje, cuando estaban cargando.

—Y ¿esperas que crea eso?

—¡Es la verdad! No necesité ayuda, fue muy fácil.

—¿Dónde te escondiste al abordar?

—En el camarote del cocinero —admitió Zara—. Tony me contó que el cocinero estaba hospitalizado, así que pensé que ese sería el lugar ideal.

—Ya veo, y supiste dónde se encontraba por instinto, ¿verdad?

—No. Ya conocía el barco; Tony me lo mostró un día. Me dijo que era usual mostrárselo, a las personas que estuvieran interesadas. Ese día, había alguien más con él. Creo recordar que Tony me dijo, que se trataba del primer piloto. Si no me cree, le puede preguntar.

—Aunque parezca extraño, no lo creo. ¿Cómo supiste que los cargueros estarían aquí a cierta hora, si Tony no te informó?

—Todo el día estuve en el muelle, esperando una oportunidad —respondió ella de inmediato, tratándose de acercar a la verdad en lo posible—. Cuando oscureció, esperé al pie de los escalones; usted casi pasa sobre mí, cuando se alejó. Tan pronto lo hizo, yo cargué una de las cajas del camión y me dirigí al bote.

—Barco —él, la corrigió de inmediato.

—Perdón, barco.

—Así que tendré que hablar con el piloto, en lugar de Tony.

Zara pestañeó, no quería que nadie fuera castigado por su causa.

—Él no me vio.

—De verdad, que así lo espero —Thor se aceró mella, amenazándola—. Porque si descubro que alguien te ayudó, o fingió no verte abordar, esa persona se bajará en el siguiente puerto, que es donde tú te bajarás también. ¿Está claro?

Ella asintió, aliviada porque él no la regresaría a Orán.

—Sí, gracias.

Leyendo los pensamientos de la joven, él agregó:

—Si no fuera porque ya me retrasé cuatro días por la enfermedad del cocinero, sería un placer volver a entregarte a las autoridades en Orán. No sé en qué clase de problema te metiste allá, pero no me gusta la idea de usar mi barco para esconder criminales.

—No soy una criminal —protestó ella.

—Entonces, ¿cómo te describes?, ¿una prostituta común? —él la barrió con la mirada de un modo despectivo, en especial los senos, ya que llevaba puesta una playera que los revelaba, debido a que ella no estaba seca por completo.

—¿Cómo se atreve a llamarme así? No tiene derecho a insultarme.

Dando un paso adelante, él asentó:

—En este barco yo digo y hago lo que se me viene en gana, no lo olvides. Y todavía pienso que sedujiste a Tony, para que te ayudara.

—Yo no lo seduje —Zara negó furiosa—. Además, él no me ayudó, nadie lo hizo. A la única persona que le pedí ayuda fue a usted, y usted se negó.

Se dice que la mejor defensa es el ataque, y esta vez funcionó, porque después de estudiar el rostro enfadado de Zara, Thor retrocedió y pasando la mano sobre su barba, repuso:

—Muy bien, ahora tengo que decidir qué hacer contigo. Sé lo que me gustaría, pero, por desgracia, los barcos modernos no están equipados con planchas. ¿Cómo dijiste que te llamaste?

—Zara, Zara Beaumont.

Él murmuró disgustado; era evidente, que tampoco su nombre lo complacía.

—Es mejor, que continúes usando el camarote del cocinero — dijo, con brusquedad—. Y asegúrate de quedarte ahí, lejos de mi tripulación; en especial de Tony.

—Sí. Yo… —Zara estuvo a punto de ofrecer sus servicios en la cocina, pero pensó que era mejor no hacerlo—. Sí, está bien.

—Dame tu pasaporte.

—No lo tengo. Ya le dije que…

—¿Que no lo tienes? —Thor, hizo una mueca de incredulidad.

—Fue robado, junto con mi bolso. Todo mi dinero y mi tarjeta de crédito, fueron robados también; esa es la razón, por la que no pude tomar un avión. Se lo dije ayer cuando estaba a bordo, pero imagino que no se molestó en escucharme —finalizó ella, con amargura.

—¿Dónde están tus pertenencias?’

—¿Cómo? En el camarote. Pero yo… —Zara se detuvo cuando Thor se alejó y se dirigió al camarote, donde ella se había quedado la noche anterior. Abrió la puerta de un golpe, tomó el bulto que pertenecía a Zara, lo desató con rudeza y tiró el contenido sobre la cama; después, buscó entre las cosas.

—¡Oiga! —Zara protestó al ver que él arrojó una de sus zapatillas de baile, disgustado—. Tenga más cuidado, eso es todo lo que tengo en el mundo.

Pero Thor prosiguió, revisando todo. Buscó en todo el camarote para asegurarse, de que ella no había escondido nada; después, la miró con severidad.

—¿Te das cuenta de que si no posees pasaporte, pueden clasificarte como apátrida? Y no se te permitiría, bajar del barco. Esto podría tomar años y yo tendría, que soportarte a bordo.

Zara palideció, pero levantó la barbilla y repuso:

—Bueno, usted no tiene que preocuparse por eso; a mí tampoco me agrada mucho la idea de compartir el mismo barco, por más tiempo. Tan pronto como lleguemos a un puerto, donde pueda

probar mi identidad y conseguir otro pasaporte, me iré complacida.

—Pero mientras tanto, tengo que mantenerte aquí.

—Sí —dijo ella, con alivio—. Me temo, que sí.

Thor la miró con odio y se dispuso a irse; cuando estaba a punto de cruzar la puerta, Zara le preguntó:

—Por favor, ¿a dónde nos dirigimos?

—No a Inglaterra, si es lo que esperabas. Pero estoy seguro de que Tony ya te lo había dicho, nos dirigimos a Rodas.

—Sí, él me dijo eso, pero, ¿cuál es su primera parada?

—En primer lugar, no son "paradas", como tú les llamas, y en segundo, ya hemos perdido mucho tiempo; vamos, directo a Rodas.

Después, se volvió y salió.

Zara pensó, que buscaría a Tony para interrogarlo; ella esperaba que Tony hiciera lo que habían acordado y no admitiera la verdad. De todas formas, ella no podía hacer nada ya. Estaba hambrienta, se preparó un emparedado y una taza grande de café. Escuchó que en la cubierta alguien daba órdenes; después oyó la voz del capitán, informándoles de la presencia de ella a bordo.

El capitán no castigó a Tony; así que tal vez éste, había podido fingir. Zara así lo esperaba.

Después que terminó de comer, Zara limpió toda la cocina, que estaba por completo en desorden. Cuando terminó de limpiar y dejó todo reluciente, se dirigió a la escalera. Titubeó un momento, preguntándose si debía ir a la cubierta o no. Thor le había ordenado quedarse en el camarote, pero no podía ser durante todo el viaje. Además, ella había estado enclaustrada en el camarote lo suficiente. Zara decidió que si iba a romper algunas reglas, era mejor hacerlo desde el principio. Se dirigió a la escalera y después a cubierta. El sol del atardecer, daba a las tirantes velas un color oro profundo. El viento era limpio y fresco. Era un horizonte distinto al calor y los colores, que prevalecían en Orán; otro mundo, apartado del club nocturno y de las amenazas de Ali Messaad. Zara respiró larga y profundamente, sabiendo que no había ningún lugar mejor para ella, en ese momento. Algunas lágrimas de agradecimiento aparecieron en sus ojos, pero ella las limpió con rapidez y miró a su alrededor.

Tony le había dicho que la tripulación estaba compuesta de siete hombres y todos ellos, excepto el capitán, parecían estar sobre cubierta. Estaban hablando y riendo, pero cuando ella apreció, se detuvieron. Zara se dio cuenta, de que había visto casi a todos en el club. Acercándose al piloto, lo saludó y se presentó.

—Hola, soy Zara Beaumont. Espero no haber causado problemas, por abordar de una forma clandestina.

Él titubeó por un momento, después la miró con lástima y le

apretó la mano.

—He tenido días peores. Yo soy James Mackenzie, pero todos me llaman Mack —dijo esto en su acento irlandés, que hacía honor a su nombre. Él no le dio una calurosa bienvenida, pero al menos su mirada no denotaba enfado y ella comprendió por qué cuando él añadió—: Tony nos contó por lo que pasaste. Acércate, te voy a presentar el resto de los lobos de mar.

Entre la tripulación había un ingeniero, Ken, y el segundo piloto, un joven sueco llamado Arne Huss, quienes la saludaron de un modo amistoso. Al igual que lo hizo Tony y los otros dos contramaestres, Steve Johnson de Inglaterra y Pete Keats de Australia.

Zara recitó los hombres, para aprenderlos: Thor, Mack, Ken, Arne, Steve, Pete y Tony. Ella se sintió como *Blancanieves* conociendo a los siete enanos, y no precisamente, porque fueran bajos de estatura; al contrario, todos ellos eran altos y fornidos; lo cual era fácil de ver, ya que ellos solo vestían pantalones cortos. Zara imaginó que tal vez no usaban nada, al estar en alta mar; lo habían hecho por ella. Otra característica notoria era, que todos usan barba o se la estaban dejando crecer. Todos estaban alrededor de Zara, cuando Mack advirtió de repente:

—El capitán —e inmediatamente se dispersaron y se ocuparon, en otras tareas.

Thor había subido por la escalera de cámara y caminaba hacia ella. Entre los demás, él destacaba por su altura.

—Creo que te dije, que te mantuvieras alejada de mi tripulación —dijo cortante.

Zara levantó la barbilla.

—Necesitaba aire fresco. Usted no espera que me mantenga en el camarote, todo el tiempo, ¿verdad?

Él, frunció el ceño y dijo:

—He estado trabajando en un horario especial, para que puedas bañarte y hacer ejercicio a una hora conveniente. Acompáñame a mi camarote y te lo daré.

Ella lo siguió, obediente, a través de la cubierta y luego por la angosta escalera, que llevaba al camarote de Thor. Él ni siquiera la usó, únicamente se sostuvo de una cuerda y se deslizó hacia abajo. En cambio, Zara, falta de experiencia, se volvió y bajó la escalinata de espaldas. El camarote estaba muy arreglado y limpio; la litera, impecable y nada sobre ella. En la cabecera se encontraba una gran bitácora y una mesa, donde estaba la radio del barco. En un costado se podía ver una cortina, que mostraba la ducha privada del capitán. También había una mesa para escribir, con varias repisas conteniendo libros y, a lo largo de la litera, había un área para

sentarse y también una mesa. Zara pensó que la función de la mesa era en caso, de que el capitán deseara comer a solas.

Había una libreta para notas, sobre el escritorio. Thor la tomó, arrancó la primera hoja y se la dio a Zara.

—Tendrás que respetar, este horario.

Zara echó un vistazo a la lista y frunció el ceño.

—¿Sólo una ducha al día? ¿En este clima?

—E1 agua, es una de las comodidades más preciosas en un barco; la tripulación toma una ducha diaria y así, lo harás tú.

—Muy bien, bastante justo —ella continuó leyendo y vio que, subrayado, él había escrito que no debía salir de su camarote, durante ninguna de las guardias.

—¿Qué es una guardia? —preguntó, confundida.

—En un barco, el tiempo se divide en guardias, cada una de cuatro horas —explicó Thor—. Se le llama guardia a los hombres que están a cargo del barco, cuando los otros comen o duermen. En este barco se alternan cuatro horas de guardia, con cuatro de descanso.

—De esta manera, todos trabajan doce horas al día.

—Así es —dijo Thor, asintiendo.

—Y ¿usted? —preguntó Zara, con curiosidad.

—Yo siempre estoy vigilando —le informó, entrecerrando los ojos—. Así que no creas que te podrás introducir en ninguno de los camarotes, a mis espaldas.

Zara apretó sus dedos, en el pedazo de papel que estaba leyendo, para poder contener su furia.

—Creo que usted tiene, una idea errónea acerca de mí. Si fuera una prostituta, no hubiera tenido que huir de Oran. Le habría dado al árabe lo que quería, y punto final. Fue precisamente porque lo desairé, que se molestó y creó todos esos problemas, para que yo lo aceptara.

Thor la miró, de un modo escéptico.

—¿Estás diciendo, que eres inocente?

—Estoy diciendo, que no me vendo —repuso ella, sonrojándose.

—Pero no te importó seducir a Tony, para que te ayudara entrar a bordo —agregó él, sardónico.

—Yo no lo seduje y tampoco él me ayudó.

Los ojos de Thor, de un azul profundo como el mar, la miraron con fijeza. Zara trató de mirarlo, pero parpadeó y bajó la vista.

Él esbozó una sonrisa, confirmando lo que creía.

—Espero que trabajes, para pagar tu pasaje —dijo, con severidad.

—Yo ya me había ofrecido, a hacerlo.

Ignorándola, él continuó:

—Como puedes ver en la lista, tendrás que lavar los excusados y las duchas de la tripulación, después de que ellos las usen; ésto, mientras desayunan. Después, cuando ellos hayan terminado, tú podrás desayunar y al terminar, limpiarás la cocina. Esto se repetirá, durante la comida y la cena. Y puedes ejercitarte en cubierta, una hora por la mañana y otra por la tarde.

Zara miró la lista, con indiferencia. Él había perdido su tiempo escribiéndola, porque ella no tenía la intención de hacer lo que ahí decía. Haría todo el trabajo, pero de ningún modo se quedaría encerrada en su camarote, por el resto del día: en especial ahora que había tenido la maravillosa experiencia, de sentir la brisa en su cabello.

—¡A la orden, mi capitán! —repuso ella, con descaro y saludó.

Pero fue un gran error, ya que Thor, enfurecido, advirtió.

—Y anda con mucho cuidado, porque puedo hacer que tu estancia en este barco sea aún más desagradable, que en Orán.

Zara lo dudaba mucho, pero dijo con humildad:

—Lo siento, ¿cómo debo llamarlo entonces?

Él titubeó por un momento y después, contestó:

—Llámame capitán —volviéndose a su escritorio, tomó la libreta y un lápiz y se los dio, diciéndole—: Quiero que escribas aquí, toda la información que aparecía en tu pasaporte. Características personales, nombre y dirección de algún familiar, y, si recuerdas, dónde y cuándo fue expedido.

—Muy bien —ella tomó las cosas de su mano, sintiendo un leve roce.

—Me lo puedes dar mañana después del desayuno, para que pueda comunicarme al consulado británico en Rodas y pida una reposición.

—Gracias.

Zara se sentía extraña, al subir por la escalinata; en especial, porque sabía que Thor la miraba, y ella no lo hacía con mucha agilidad. Decidiendo que esa era su hora para ejercitarse, se sentó sobre una caja en la proa del barco, y dejó que la brisa levantara su cabello y el olor del mar, llenara su nariz. Thor la había seguido sobre cubierta, para evitar que la tripulación se acercara, y después ella se dirigió a su camarote, mientras ellos comían. Ella respetaría sus reglas por ahora y las empezaría a romper al día siguiente, decidió. De todos modos, le hubiera gustado hablar con Tony, y parecía que a él también, ya que pasó una nota debajo de su puerta:

“Dije lo que habíamos planeado y negué, haberte ayudado. El capitán estaba enfadado, pero no mencionó nada acerca de despedirme. Yo creo que ya nos lo quitamos de encima. Tony”.

Cosa que no hubieran hecho, si Thor hubiera descubierto la nota

y la hubiera leído, pensó Zara.

Zara destruyó la nota, y tiró los restos al excusado. Poco después, Steve llamó a la puerta para informarle, que ya habían terminado de comer. La cocina estaba en un completo desorden, y Ken, quien había sido elegido para cocinar, ni siquiera había lavado lo que usó. Zara procedió a limpiar, antes de prepararse una *omelette*.

Le hubiera gustado subir a cubierta y mirar las estrellas, pero, en vez de eso, tomó una revista de un montón que había en la cocina, se dirigió a su camarote y se dispuso a leer. Durante la noche, ella escuchó que algunos bajaron por sus gorras; pero después, todo se tranquilizó. Zara se recostó, estaba despierta, pensando que las chicas en el club nocturno, se dispondrían a hacer su segunda presentación. No sintió nostalgia. De repente, el mundo de la farándula, donde ella había sido empujada por una madre ambiciosa, y el único que ella conocía, parecía descarado y trivial. El encanto había desaparecido muchos años atrás, pero ella había continuado porque no tenía nada más que hacer, y siempre había una ilusión lejana de que algún día triunfaría, en un gran espectáculo o algo por el estilo. Ahora, había decidido que cuando regresara a Inglaterra, trataría de hacer algo nuevo. Solo Dios sabía qué, pero trataría.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que casi no escuchó, cuando la puerta del camarote se abrió; pero cuando percibió la luz proveniente del corredor, se volvió a mirar.

—¡Tony! ¿Qué haces aquí? ¡Es, una locura!

—¿Recibiste mi nota?

—Sí, pero no fue buena idea enviarla. Regresa a tu camarote.

—Pensé, que querrías hablar —él parecía herido, su voz sonaba extraña—. ¿Qué le dijiste a Thor?

Ella se sentó.

—Lo que decidimos, pero no creo que lo haya creído. Tal vez trate de sacarte la verdad, así que ten cuidado. Para empezar, creo que es mejor que regreses a tu camarote.

Zara no podía ver el rostro de Tony en la oscuridad, pero sentía que había un aire extraño a su alrededor; tal vez los otros lo habían obligado, a hacer lo que hacía.

—¡Vamos, vete!

Pero él no hizo caso, se acercó a ella tambaleándose y trató de abrazarla. Había estado bebiendo *whisky*, para darse valor.

—Tan sólo quería darte, un beso de buenas noches —tartamudeó, buscando los labios de Zara.

Ella trató de librarse, pero no pudo.

Exasperada, Zara dijo:

—Muy bien, un solo beso, por haberme ayudado; pero tienes que prometer que después, te irás.

Ella trató de que fuera un beso casual, pero Tony trató de acariciarla con pasión, al mismo tiempo que se posaba sobre ella y la recostaba sobre la almohada. Zara estaba en peligro de ser asfixiada, trató de quitárselo de encima y de pronto él retrocedió. Ella se sentó y respiró con profundidad, pero después las luces se encendieron y ella pudo ver que había sido el capitán, quien la había liberado de Tony y la miraba furioso.

Thor no dijo nada; no era necesario: su mirada le dijo todo.

Después sacó a Tony del camarote, dio un portazo y cerró con llave la puerta por fuera.

—¡Demonios! —exclamó Zara, furiosa y frustrada, y cubrió su rostro con las manos.

Capítulo 3

Thor no abrió la puerta del camarote de Zara, sino hasta la mañana siguiente. Ella se había levantado y vestido, hacía ya tiempo. Había escuchado a la tripulación tomando su desayuno, aunque notó que sus voces apenas eran audibles. Esperó que él la dejara salir para entonces; pero no lo hizo. Se ponía más nerviosa a cada minuto, pero se sentía enfadada consigo misma, por sentir temor. Después de todo, él no se la podía comer. Y él mismo había mencionado, que no había planchas en el barco. Pero Thor se había enfurecido de verdad, la noche anterior.

Cuando Zara escuchó pisadas, acercándose al camarote y después una llave dando vuelta, ella estaba sentada en la litera, con los ojos fijos en la puerta. Cuando Thor abrió la puerta, su rostro era frío y sin expresión.

—En mi camarote, en diez minutos —ordenó de manera cortante, y después se alejó.

Zara se lavó en segundos y fue a pararse afuera, de la cabina del capitán. Allí estaba Tony. Tenía muy mal aspecto, y se apoyaba en la pared, como si sus piernas no pudieran sostenerlo. Su cabello y su ropa estaban empapados, como si alguien hubiera arrojado una cubeta con agua sobre él. No era difícil adivinar, quién había sido.

—¿Qué pasó? —preguntó, tambaleante—. Casi no recuerdo nada.

—Estabas ebrio —dijo Zara, sin sentir pena por él—. Debes de recordar, que tomaste ayer por la noche.

—Solo tomé, un par de cervezas —afirmó Tony.

—Más el *whisky* —añadió Zara.

Él la miró, sorprendido.

—Pero yo no…

Tony no terminó, ya que el capitán abrió la puerta de su camarote y les indicó que pasaran.

Thor rodeó el escritorio. Era tan alto, que su cabeza casi tocaba el techo. Con ojos desdeñosos, miró a Zara primero y después a Tony. Zara levantó su barbilla, desafiante, pero Tony bajó su mirada, acobardado. Thor no se molestó en pedir explicaciones.

—Es obvio que mintieron —miró a Zara—. Tú no habrías podido subir a bordo sin ayuda de Tony, que fue quien te ayudó, tal como lo sospechaba. Tan pronto como lleguemos a Rodas, los dos tendrán que bajar.

—Pero eso no es justo —protestó Zara—. Tony estaba…

Thor la miró de una manera, que congeló sus palabras.

—¡Me importa un comino quién es culpable o quién sedujo a quién; no quiero a ninguno de los dos en mi barco; no deseo que el

“Espíritu” sea ensuciado, con basura como ustedes! Mientras tanto, los dos serán confinados a…

Una oleada de furia, hizo que Zara se adelantara y lo mirara con ojos que sacaban chispas, sobre su tez pálida.

—¡Espere un minuto! ¿Quién diablos se cree que es, para juzgarnos? El hecho de que sea el capitán de este barquito velero, no lo hace ser Dios todopoderoso; aunque usted así lo crea.

—¡Zara! —Tony le tomó la mano y trató de detenerla.

Era el turno de Thor para abrir los ojos, asombrado. Lo más probable era que nadie le hubiera hablado así, por años. Pero lo que más le molestó, fue el insulto a su precioso barco. Adelantándose, se apoyó en sus escritos y la miró furioso.

—Este barco, es uno de los mejores veleros en todo el mundo. Pero una miserable como tú no puede apreciar la belleza, al estar frente a ella.

Zara contraatacó, movida por una oleada de indignación.

—Y un marinero de agua dulce tampoco puede apreciar la verdad, al tenerla enfrente.

—¡Marinero de agua dulce! ¡Tú…! —Thor no pudo controlarse y trató de acercarse a ella, pero un fuerte golpe en la puerta los interrumpió y Mack, el piloto, entró—. ¿Qué diablos quieres? —preguntó Thor, con violencia.

—Lamento interrumpir, capitán, pero hay algo que debe saber.

—Más tarde.

Desobedeciendo su valentía, Mack dijo:

—Pero es concerniente a Tony. Descubrí que su cerveza, fue mezclada con *whisky* anoche.

Thor se volvió y lo escuchó; su ceño se tornó severo.

—¿Estás seguro?

—Sí; sabía que era muy extraño, que Tony bebiera; así que, investigué un poco.

—¿Quién lo hizo?

—Prefiero no decirlo, capitán; se supone, que era tan sólo una broma.

—¿Ah, no? —la mirada de Thor, se profundizó y Zara pensó por un momento, que no lo creería; pero era evidente que confiaba en él, y le dijo—: Muy bien, te quiero ver en mi camarote, en media hora.

—Sí, mi capitán —el piloto se retiró.

Thor se volvió y miró a través de la ventana, por un momento. Zara lo observó desesperanzada; él estaba tan enfadado que ella no creía que la intervención de Mack, pudiera hacer alguna diferencia. Pero cuando él los miró otra vez, la furia en sus ojos se había esfumado; aunque todavía, se percibía su disgusto. Dirigiéndose a

Tony, dijo:

—Parece ser, que eres una doble víctima; de los engaños de esta chica y de la idea que tus compañeros tienen, del humor. Pero me mentiste acerca de la ayuda que le prestaste, para poder subir a bordo; así que tu permanencia en este barco dependerá, por completo, de tu comportamiento durante el resto del viaje. Y hasta que lleguemos a Rodas, tendrás que desempeñar los peores trabajos a bordo. ¿Tienes algo que agregar?

—¡No! —Tony suspiró, aliviado—. Lo siento, capitán. No tendrá, ninguna otra queja de mí.

—¡Así lo espero! Ya te puedes retirar.

Tony titubeó, miró a Thor y después a Zara.

—Capitán, tampoco fue culpa de Zara, ella estaba…

—Dije, que te podías retirar —interrumpió Thor.

—Sí, capitán —Tony se volvió y se alejó.

Dirigiéndose a su escritorio otra vez, Thor enfrentó a Zara, quien por instinto levantó sus hombros, lista para el ataque.

No se equivocaba, Thor dijo con fuerza:

—Sabía que causarías problemas, desde la primera vez que te vi. Por eso me negué a tenerte a bordo, desde la primera vez. Y tenía razón; has estado en el barco por solo dos días y ya hiciste, que la tripulación se divida.

—No fue mi culpa, yo…

—*Claro que fue tu culpa* —gritó él, haciéndola saltar—. Eres una mujer, ¿o no?, eres atractiva, ¿verdad? No se necesita nada más, en especial con alguien tan joven e inexperto como Tony; así que, no puedes tratar de culparlo a él.

Él la miró, dándole la oportunidad de hablar, pero ella no tenía nada que decir. Parte de lo que él decía era verdad; ella se había atrevido a usar a Tony, en su desesperación por huir de Orán.

—Continuarás ajustándote a tu horario y desempeñando, las obligaciones que te asigné; pero de hoy en adelante, te encerraré en tu camarote cada noche.

—¡No puede hacer eso! ¿Qué tal si enfermo, o algo pasa?

—Mala suerte.

—¿Y si el barco, se hunde?

Thor hizo una mueca sardónica, ante tal imposibilidad.

—Entonces, te garantizo rescate —repuso él, con burla—. Ahora, sal de aquí, y recuerda que si te atreves a salir de tu camarote una vez más, te encerraré durante todo el viaje. Y no pienses, que no lo puedo hacer. Porque yo puedo hacer lo que me plazca, en este barco; y encerrarte para quitarte de en medio, sería un gran placer para mí.

Reconociendo una voluntad indomable, Zara prefirió no tratar

de razonar con él, y abandonó el camarote.

Tony la esperaba en el corredor, ansioso.

—¿Qué te dijo?

—¿Qué te imaginas, Tony? —repuso ella, furiosa—. Me va a encerrar todas las noches, para que ustedes, marinos deseosos, no puedan atraparme. Me siento, como un animal enjaulado.

Tony se ruborizó.

—Lamento mucho lo que pasó, Zara, si no me hubieran hecho beber *whisky*, yo no habría… bueno… tú sabes…

—No te habrías atrevido —terminó ella por él, y después se sintió avergonzada, por la forma en que lo hizo sentir—. Oh, Tony, no te preocupes. No fue tu culpa. Me imagino que pensaron emborracharte y después reírse mucho, por lo que te habías atrevido a hacer; pero, por lo menos, lo confesaron; eso te da, otra oportunidad. A menos que el capitán cambie de parecer, claro.

—No lo hará —dijo Tony, optimista—. El capitán, siempre es muy justo.

—Bueno, por lo menos no nos echó al mar en un bote —Zara asintió.

—Pensé que él mismo te arrojaría por la borda, cuando lo llamaste "marino de agua dulce" —dijo Tony, asombrado—. Si alguno de los hombres le hubiera dicho eso, él lo habría golpeado.

Tony se sentó en una banca y se llevó, las manos a la cabeza.

—Dios mío, me siento terrible.

—¿Tienes resaca?

—Siento que la cabeza, me va a explotar.

—¿Ya desayunaste? —preguntó Zara, sonriendo.

—No, no pude comer nada —repuso él, encogiéndose de hombros.

—Eso es ridículo —dijo con brevedad—. Te sentirás mucho mejor, después de comer algo. Te lo garantizo.

Ella preparó *omelettes* de queso y pan integral recién horneado; cuando sirvió, Tony recobró su apetito y tomó sus cubiertos. Zara se sentó al lado opuesto, pero en ese momento, Mack entró.

—¿Están preparando café?

—Yo te preparo un poco —ofreció Zara.

—Gracias por rescatarnos —expresó Tony—. El capitán me iba a enviar a casa, tan pronto como llegáramos a Rodas.

El piloto miró sus platos.

—Eso tiene, muy buen aspecto.

—¿Por qué no te comes el mío? Yo puedo preparar otro, al instante —ofreció Zara, con diplomacia.

Ella no tuvo que repetirlo; Mack se sentó y devoró la *omelette*.

—Esta es la mejor comida que he tenido, desde que llegamos a

Orán. Los integrantes de la tripulación, son bastante malos cocinando, y Ken parece ser el peor. ¿Te gustaría hacer ese tipo de trabajo?

—Yo misma, me ofrecí a hacerlo —repuso Zara al mismo tiempo que se sentaba, para comer su *omelette*—. Pero el capitán, no aceptó. No quiero, desobedecerlo.

—No, nadie quiere eso —Mack pasó la mano sobre su barba, pensativa—. ¿Qué te parece si cuando Ken esté cocinando, tú le das una mano?

—Me parece una idea, muy diplomática —Zara sonrió—. Pero creo que es mejor que Ken continúe cocinando, para el capitán.

—Oh, sí, claro. Te entiendo —Mack titubeó y después, se encogió de hombros—. Bueno, ya veremos.

Mack regresó a cubierta y Tony señaló:

—Supongo, que debo empezar a trabajar —en su voz no había entusiasmo alguno—. Tengo que limpiar, los barriles.

—Leí algo acerca de eso, suena asqueroso.

—Lo es —asintió él.

—Bueno, puede esperar unos diez minutos. Toma otra taza de café.

Zara, sirvió café para los dos.

—Ahora, cuéntame algo del “Espíritu del Viento”, ¿cuánto tiempo has estado en él?

—Ella —corrigió Tony—, las embarcaciones, son siempre femeninas.

—Y sus tripulaciones las quieren más que a sus esposas, me imagino —agregó Zara, con desdén.

—Bueno, los barcos siempre son hermosos, mientras que las esposas envejecen y engordan —dijo Tony riendo, y luego esquivó una cuchara, que Zara le arrojó—. Yo he estado abordo por sólo dos meses. Estuvimos en Francia por un tiempo, grabando un comercial; después, nos dirigimos hacia acá; tenemos un contrato para filmar en Rodas. Antes de eso, todavía estaba estudiando.

—¿Y el barco? ¿Qué clase de barco me dijiste que era, la primera vez que estuve a bordo?

—Es un barco de tres mástiles, completamente equipado. Esto significa que posee velas cuadradas, en los tres mástiles; es el mejor diseño, para este tipo de barcos —añadió, orgulloso.

—Y es una réplica, de un viejo barco.

—Mejor no comentes eso, en presencia del capitán; este barco, es la niña de sus ojos.

Escucharon un ruido, proveniente de la escalinata y dirigieron la vista a la entrada, pero no era nadie; así que, suspiraron aliviados.

—Háblame, acerca del capitán —pidió Zara, invitante—. ¿Ha

sido capitán por mucho tiempo?
—Sí, ha sido capitán por varios años; pero no siempre de este barco. Creo que en ocasiones capitanea otros barcos, que pertenecen a la compañía, y otras veces está de base en Londres, por periodos bastante largos. Pero en realidad, yo no sé mucho acerca de él. Debes preguntarle a Marck; él, lo conoce mejor.
—Thor Cameron —musitó Zara—. No es un nombre inglés, muy usual.
—Él, no es inglés. Su padre era escocés y su madre, danesa.
—Ya veo. Eso debe de ser —dijo Zara, pensando en la altura de Thor y su cabello, rubio rojizo.
Pero Tony, preguntó.
—¿Te refieres, a su seguridad y autoridad?
Zara supuso, que Thor tenía esas cualidades; aunque la mayoría de las veces que ella lo había visto, había estado tan enfadado que ella no tuvo la oportunidad de notar, otras características de su personalidad.
—¿Te agrada? —preguntó ella, con curiosidad.
Tony no titubeó, al responderle.
—¡Claro!, el desempeña muy bien su trabajo y es muy astuto. Yo sé que no es de tu agrado, pero el capitán de un barco tiene que ser estricto.
—Sí, pero no debe olvidar su humanidad.
—Es muy humano, la mayoría de las veces —Tony sonrió—. Tal vez, odia a las mujeres.
—No me extrañaría. Me imagino, que no es casado.
—No, ninguno de nosotros lo es. Mack estaba casado, pero su esposa le pidió el divorcio, ya que él se pasaba en el mar la mayor parte del tiempo.
—¿Por qué se lo dio?
—El mar te apasiona. Es, como si se metiera en tu sangre —respondió Tony, encogiéndose de hombros.
—¡Así que esa es la razón, por la que estás empapado!
—Qué comentario, cuando me siento tan mal —dijo él, suspirando—. Voy a cambiarme, para empezar a limpiar esos barriles.
Zara no se ofreció para ayudarlo. Apoyó los codos en la mesa y sonrió, al verlo marcharse.
En ese momento, Thor eligió dirigirse a la cocina. Él, miró alrededor.
—Te ordené, mantener ese lugar limpio —dijo gritando—. No que te sentaras a soñar, como quinceañera enamorada. ¡A trabajar!
—Está bien, está bien, cálmese —repuso Zara y se levantó, de inmediato.

Él se quedó mirándola, cuando empezó a poner los platos en el fregadero. Casi todo el desorden había sido hecho por Ken cuando cocinó, sirvió el desayuno y ni siquiera, se molestó en limpiar. Pero Zara sabía, que no tenía objeto decírselo al capitán. Él la observó por un momento y después, se sirvió un poco de café; al beberlo, hizo un gesto de disgusto. Era el resto del café que Ken había preparado y tal vez ya estaba, demasiado cargado.

—¿Ni siquiera puedes preparar, un buen café? —Thor carraspeó y lo tiró, en el fregadero.

Después se retiró y la dejó trabajando. Por suerte, la cocina no era una réplica de un barco antiguo. Contaba con todos los artefactos modernos; desde una lavadora de platos hasta una secadora, pasando por una lavadora de ropa y un horno de microondas. También tenía un refrigerador y un pequeño congelador. Asimismo, había un congelador mucho más grande debajo de la bodega, junto a una alacena que contenía más comida y un lugar, donde había repuestos de velas. Cuando terminó de limpiar la estufa, Zara se arrodilló y lavó el suelo. Cuando Thor regresó a supervisar su trabajo, ella se encontraba en esa posición. Él asintió, aprobando lo que veía; era evidente que consideraba esa posición suficientemente humilde, para una mujer.

Al terminar con la cocina, Zara consultó su lista. Tenía que limpiar los camarotes de la tripulación y cambiar las sábanas, si era necesario. Se preguntaba si el camarote del capitán estaba incluido. Decidió que era mejor mantenerse lejos de él, así que fue a limpiar los dos camarotes, que se encontraban al frente.

Al abrirlos, notó un fuerte olor a humedad. Abrió las escotillas, tomó todas las sábanas, toallas y ropa que encontró esparcida y las llevó a lavar. Después tomó las cuatro bolsas para dormir y las llevó a la cubierta, para orearlas.

Peter Keats, el australiano, estaba al timón y levantó el brazo para saludarla, y en las alturas, cerca de la punta del mástil principal, se encontraba Steve Johnson vigilando. No había nubes en el cielo, y el mar estaba vacío, sin ninguna señal de tierra firme u otras embarcaciones.

—Pensé que el mar, estaría lleno de barcos —expresó, dirigiéndose a donde se encontraba Pete y sosteniendo aún, las bolsas para dormir—. En Oran, siempre había cargueros en la bahía.

—Ellos cuentan con motores y pueden tomar una ruta directa; nosotros tenemos que navegar, con la ayuda de los vientos. Más o menos en tres semanas, con buen clima y corrientes de aire, llegaremos a Rodas.

—¿Tanto tiempo? —se sorprendió la joven.

—No te preocupes; pronto estarás en tierra firme. Estamos

viajando a cinco nudos, buena velocidad para el “Espíritu” —respondió él, confundiendo su exclamación con impaciencia.

Tres semanas, pensó Zara, levantando su rostro a la brisa, inconveniente como un crucero bajo el sol. Eso no era ningún problema. Pero, por desgracia, en ese tiempo era muy probable que hubiera problemas, a causa del capitán, quién, si descubriera que ella hablaba con Pete, la acusaría de tratar de seducirlo también. Así que bajó. Buscó un lugar para colgar las bolsas de dormir, pero al no encontrar nada apropiado, ató un cordón entre los dos mástiles y colgó ahí las bolsas de dormir. Después de admirar su trabajo por un momento, continuó limpiando los camarotes.

Había pasado una hora, cuando un bramido se escuchó en todo el barco. Zara reconoció la voz del capitán y supo por instinto, que se había metido en problemas otra vez. Tenía razón. En menos de un minuto Mack bajó y le informó, que el capitán la quería ver en cubierta.

—¿Ahora qué? —Zara preguntó aprehensiva, pero Mack se encogió de hombros y le señaló el camino, para que fuera antes que él. Zara lo miró con sospecha; pensó que él, estaba conteniendo la risa.

Thor caminaba con impaciencia sobre la cubierta, y el resto de la tripulación también se encontraba ahí, tratando de mostrar indiferencia. Él se volvió, cuando subió la escalinata.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó, señalando las bolsas para dormir.

Zara se sentía harta de ser molestada, con tanta insistencia, decidió responder algo simple:

—Bolsas para dormir.

Acercándose a ella, Thor colocó sus manos en la cadera, la miró mofándose y dijo:

—Ya sé lo que son. Yo…

—Entonces, ¿para qué me pregunta? —repuso ella, interrumpiendo.

—¡Cuidado con lo que dices! —él entrecerró los ojos—. Quiero saber, qué diablos hacen en la cubierta.

—Pensé que eso, era obvio. Se están oreando.

—¿Oreando?

—Sí, huelen mal. Los camarotes huelen mal. De hecho, todo el bote huele mal.

—Barco —la corrigió Thor al mismo tiempo que la miraba retroceder, por su respuesta tan vehemente. Detrás de él, uno de los miembros de la tripulación se rió y Thor se volvió.

—Y ustedes, si no tienen nada que hacer, yo les buscaré algo.

Los marinos se ocuparon en algo de inmediato, pero se las

arreglaron para no alejarse mucho y poder oír, todo lo que se decía. Thor los siguió con la mirada, pero después se volvió a Zara.

—¿Qué quieres decir, con exactitud?

—Los camarotes, están húmedos.

—¿Quieres decir, que los hombres no los mantienen limpios?

Zara era consciente de los oídos que la escuchaban y señaló:

—Los camarotes son muy pequeños y no pueden ser aireados, correctamente. También sus ocupantes dejan que la ropa húmeda, se seque dentro; necesitan ser oreados, y eso es precisamente, lo que estoy haciendo.

—El toque femenino —repuso Thor, sarcástico.

—¿Y qué tiene de malo? —replicó Zara.

—Nada. Sólo que no pensé que fueras, ese tipo de mujer; no la típica ama de casa.

—¿Tiene que insultarme, en cada oportunidad que se le presenta? —protestó Zara, con el rostro enrojecido por el enfado.

—¿Qué esperabas, con la clase de vida que llevas?

Zara sintió que su piel se quemaba, pero sabía que de nada serviría discutir con él. Si ella se exaltaba más, le daría la oportunidad y la excusa que Thor quería, para encerrarla todo el día en su camarote.

Aguantando su justificado enfado, ella preguntó:

—Quiere que continué limpiando los camarotes, ¿o no?

El capitán la miró por un momento y después, asintió.

—Sí, continúa, pero retira las bolsas de dormir y las sábanas de la cubierta. Y no se te ocurra volver a convertirla, en lavandería china.

—Entonces, ¿cómo quiere que las oreé?

—Usa tu iniciativa, y si es demasiado difícil para ti, habla con el piloto —finalizó, exasperado, dándole la responsabilidad a Mack.

Zara se dispuso, a bajar las bolsas de dormir. Estaba furiosa.

—Yo quito la cuerda —dijo Mack, haciéndolo y enrollándola de nuevo.

Ahora que Thor se había ido, el piloto reía abiertamente.

—¿Se puede saber, qué es tan gracioso? —demandó Zara, cortante.

—Lo siento —Mack trató de ponerse serio, pero no pudo—. Si hubieras visto la cara del capitán, al ver las bolsas colgadas ahí…

—Creo, que todo ésto te divierte mucho —dijo, acusadora.

—Bueno, ciertamente el viaje ha sido mucho más divertido contigo abordo, y sólo has estado aquí dos días.

—Y ya estás ansioso, por ver lo que sigue —repuso Zara, irónica. Tenía resentimiento, pero recordó que Mack intervino para ayudar a Tony, y se dio cuenta de que su posición era difícil, siempre entre

la tripulación y el capitán—. Pensé que en la actualidad, las tripulaciones eran mixtas —dijo, suspirando.

—Algunas lo son, pero el capitán siempre insiste en tener una formada de hombres solamente; por lo menos, ahora.

—¿Ahora? —Zara lo miró con curiosidad. Entonces ¿tenía tripulaciones mixtas antes?

—Tuvo una mala experiencia —respondió Marck, después de titubear.

—¿De veras? ¿Qué clase de experiencia?

Mack se encogió de hombros, de una manera vaga.

—Yo no navegaba con él en ese tiempo; es mejor que regreses a tus tareas —recomendó.

Zara obedeció, pensando que, aunque Mack no hubiera estado con el capitán en ese tiempo, era obvio que sabía todo acerca de esa "mala experiencia". Una frase muy conveniente que podía significar todo, desde un mareo hasta… Zara imaginó muchas cosas. Lo que hubiera sido, era obvio que había repercutido en la relación de Thor con las mujeres; en especial, si había prohibido una tripulación mixta. Intrigada, decidió investigar lo que había pasado. Podría tratar otra vez con Mack, o si él no le decía nada, ella intentaría obtener información, de los otros miembros de la tripulación.

Cuando terminó de limpiar los camarotes, tenían mejor aspecto y olían mucho mejor. Ella había doblado toda la ropa, que encontró esparcida y la había acomodado en su lugar; también había ordenado libros y revistas, en las repisas; los zapatos y botas ahora ocupaban una sola hilera, y la ropa mojada, estaba colgada en ganchos.

Zara miró su trabajo con satisfacción y se dirigió a la cocina a preparar emparedados, para la comida de la tripulación. Cortó grandes rebanadas de pan fresco y queso. Cuando Ken apareció en la puerta, ella casi había terminado y él miró los emparedados apilados, con alivio.

—¡Perfecto! Me entretuve en el cuarto de máquinas y olvidé la hora. Se los llevaré enseguida.

—¡Un momento! Tienes que prepara la comida del capitán.

—¡Oh! —él hizo una mueca—. ¿No lo puedes hacer tú, Zara?

—¡No! Recuerda lo que dijimos.

—Muy bien, pásame el pan.

El empezó a cortar rebanadas disparejas, manchando el pan con la grasa que corría por sus dedos. Trató de untar un poco de mantequilla y después añadió una rebanada de queso demasiado pequeña, para tanto pan; cuando terminó, puso todo en un plato.

—¿Ya terminaste? —preguntó Zara, incrédula. Los emparedados que ella había preparado eran bastante grandes, pero, en

comparación con los de Ken, eran pequeños.

—¿Siempre preparas los emparedados así?

—No, es que tengo prisa —tomó una cerveza y el plato y le dijo a Zara—: voy a llevarle esto al capitán —salió rápidamente.

El resto de la tripulación que no trabajaba en cubierta, fue por platos y tarros. Todos comieron con aprecio, siempre hambrientos, y Ken se les unió al instante.

—Zara, si yo fuera el capitán, te contrataría de por vida —le dijo Arne Huss, el segundo piloto, con su marcado acento sueco.

Permanecieron en el salón hasta que fue hora, de relevar la otra guardia. Después, ella distribuyó más emparedados, para los hombres que no habían comido. Tony estaba entre ellos; parecía recuperado, pero estaba lleno de mugre, proveniente de los barriles. Zara lo obligó a lavarse y cambiarse, antes comer; a él no le complujo mucho eso, pero lo hizo; además, Zara guardó algunos emparedados para él.

Zara se dirigió a limpiar otro de los camarotes, pero al pasar por uno que ya había limpiado, lo miró sorprendida. Era el camarote que Tony compartía con Steve. Tony había tirado su ropa sucia al suelo, sacó toda la ropa que ella acomodó en el armario al buscar ropa limpia, ensució la almohada limpia con sus mugrosas manos, se secó la sucia cara con una toalla limpia, y para cerrar con broche de oro, arrojó sus zapatos al suelo. Zara permaneció en la puerta, inmóvil, después suspiró y se rió al darse cuenta de que era típico que Tony, desarreglara todo en cuestión de minutos. ¿Por qué los hombres, en especial los más jóvenes, gustaban de vivir en la suciedad?

—Pensé que limpiarías los camarotes. Parece un muladar.

Casi sin poder creerlo, Zara se volvió y vio que el capitán estaba junto a ella y observaba el camarote.

—Eso es precisamente, lo que hice —repuso indignada—. Estaba limpio, hasta hace una hora.

—¡El toque femenino! —se burló Thor—. ¡Vuelve a limpiarlo, y esta vez hazlo bien!

Él se alejó, y Zara deseó tener algo puntiagudo, para poder clavárselo en la ancha espalda.

—¡Demonios! —exclamó, entre dientes—. Le daré una lección a ese arrogante cerdo, que odia a las mujeres.

Tratando de calmarse, limpió el camarote de nuevo. Cuando terminó, limpió el de Mack y Arne, después, el suyo. Luego, tuvo que interrumpir su trabajo para preparar la cena. Pero, por lo menos, se desquitó trabajando y pudo sentarse con los otros, a cenar. La comida de Thor fue preparada por Ken y llevada a su camarote. Pensándolo bien, Zara se dio cuenta de que no era

necesario vengarse del capitán; él pagaba lo que hacía, comiendo ese tipo de comida a diario.

Cuando los marinos no trabajaban, descansaban en el salón. Cuando Zara terminó de limpiar la cocina, se les unió y los encontró jugando póker.

—¿Quieres mirar? —preguntó Arne, haciendo lugar para ella.

—Me gustaría jugar, pero no tengo dinero.

—¿Sabes jugar póker?

Zara sonrió y asintió.

—Es increíble, todo lo que puedes aprender tras bambalinas.

—Yo te presto dinero —dijo Arne, acercándole algunas monedas.

—Pero no te podré pagar, si pierdo.

—Tal vez tengas suerte —repuso él, encogiéndose de hombros.

Las cartas se repartieron y Zara notó que ella y Arne jugaban con monedas suecas, Pete, con australianas, y Steve y Ken, con inglesas, pero a nadie parecía importarle. A Zara le encantaba jugar cartas, y había aprendido a observar a la gente, mientras jugaba; ella podía entender el lenguaje corporal y podía darse cuenta, cuando alguien trataba de fingir. Se dio cuenta de que Ken siempre frotaba su nariz, si tenía una buena mano; la cara de Pete palidecía y era fácil saber, que su juego era bueno. Sin embargo, Arme y Steve eran más experimentados y no era tan fácil saber. Las apuestas eran bajas, pero Zara empezó a ganar poco a poco, y el montón de monedas que tenía frente a ella empezó a crecer, sobrepasando lo que Arne le había prestado. A ella no le interesaba, ya que no pensaba tomar el dinero y su intención era devolverlo, al final del juego.

—¡Eres muy afortunada! —exclamó Ken, después que ella había ganado otra mano. Esta es la cuarta vez, que haces eso.

—En realidad, no. Lo que pasa es que ustedes siempre… —su voz se apagó, al notar que Thor había entrado al salón. Él se detuvo un momento para mirarlos y después, se dirigió a la cocina. Zara escuchó que la puerta del refrigerador se abría y se rió en su interior, preguntándose si Thor quería comer algo decente.

Arne ganó la siguiente mano, y a la siguiente, Zara repartió las cartas y vio que Ken se frotaba la nariz. Después se concentró en el juego, sin darse cuenta que Thor se encontraba muy cerca de ella, observando el juego. Después, Ken arrojó sus cartas y se quejó al darse cuenta, que ella lo había engañado.

—¡Es increíble! —exclamó—. ¡Me has ganado todas las manos! Si no empiezo a ganar la siguiente mano, tendré que salirme del juego —agregó, mirando sus monedas, que desaparecían poco a poco.

—‘Si no aguantas el calor, sal de la cocina! —dijo Steve, burlón. Pero agregó, al momento que Zara recogía sus ganancias—: Pero, fue un buen truco, parece que siempre sabes, si tenemos una buena mano. Debes de ser una jugadora con mucha experiencia.

—En realidad, no lo soy —dijo Zara riéndose—. Lo que pasa es que tú y Ken, no tienen mucha experiencia. Miren…

Ella guardó silencio, cuando sintió una mano sobre su hombro. Volviéndose, vio a Thor parado frente a ella. La mirada con desdén.

—Quiero hablar contigo. Sube a la cubierta —ordenó.

Zara lo miró. Aún tenía las cartas en su mano; se preguntaba, qué diablos había hecho esta vez. Reacia a dejar la seguridad que sentía en el salón, preguntó:

—¿Por qué?

—¡Muévete! —gritó Thor; ella soltó las cartas y se puso en marcha, de inmediato.

Lo siguió a través de la escalinata; pero una vez en cubierta, Thor la tomó del brazo y la llevó a la proa, lejos del timonel. La noche era tibia y despejada, las estrellas brillaban como diamantes en la oscuridad, pero Thor no miró al cielo; tiró de Zara con fuerza para que estuviera de frente; después le dijo:

—Tal parece que tus talentos son ilimitados, si les puedes llamar así.

—¡No sé a qué se refiere! ¡Y me está lastimando el brazo! —protestó Zara.

—¡Qué bueno! —él la apretó más—. Me refiero, a que también eres una tahúr.

—¡No sea ridículo!

—¿No! ¿Y cómo haces para ganar con tanta frecuencia, y con una mano a la que nadie apostaría? Y no trates de negarlo, te estuve observando.

—Simple, le tomo la palabra a Ken. Él…

—¡Mentirosa! Tú repartiste esas cartas y sabías, lo que él tenía. No eres más que una aventurera, barata y tramposa.

—¡No soy tramposa! —alegó Zara, furiosa.

—;No podrás estar en mi barco! Irás al salón y devolverás, cada centavo que estafaste a mi tripulación. Y esta será tú última partida de cartas, o de cualquier otro juego. ¿Entiendes? —la sacudió con fuerza.

—¡No soy tramposa! —repitió Zara, con vehemencia.

—Díselo a los marinos —Thor se rió con desprecio—. Es mejor que te metas en la cabeza, que no te vas a salir con la tuya en este barco. Puede que engañes a la tripulación, pero no a mí.

Después, la empujó.

—Ahora, baja y devuelve el dinero, todo, y si tratas dé quedarte

con algo, yo lo descubriré y haré que te arrepientas.

No tenía objeto discutir. Zara lo miró con odio, después se volvió y trató de caminar de la manera más digna que pudo. Al bajar de la cubierta, se detuvo para recobrar algo de calma, pero su voz se tornó seria cuando entró en el salón y anunció:

—Estoy cansada, creo que me voy a retirar —puso todo el dinero, en el centro de la mesa—. Divídanlo entre ustedes.

—No podernos hacer eso. Tú lo ganaste con honradez —protestó Pete.

—Sí, lo sé. Pero es su dinero. No tenía pensado quedármelo. Buenas noches.

Ella se alejó, antes que pudiera decir otra palabra; tomó una ducha antes de irse a la cama. Después de unos diez minutos, alguien golpeó la puerta con fuerza.

—¿Sí?

Pero Thor no contestó; cerró la puerta con llave y se alejó.

Zara se recostó en la litera, convencida que ese había sido el peor día de su vida. Ali Messaad era una amenaza de la que ella había querido huir, pero ahora, en comparación con Thor, parecía que aquél hubiera sido un juego de niños.

Capítulo 4

Zara se las arregló para mantenerse, sin problemas los siguiente días, evitando estar a la vista de Thor. Aprendió la rutina del capitán con la ayuda de Tony, y se aseguró de estar siempre en otro lugar. Pero todos los días, Thor inspeccionaba el barco. Acompañado por Marck, revisaba el barco de un modo minucioso, desde la torre de vigía hasta el cuarto de máquinas, asegurándose de que todo estuviera en perfecto orden. Sus inspecciones incluían los camarotes, los baños y, claro está, la cocina; así que él sabía que Zara había cumplido con su trabajo, pero a él lo eludía como un fantasma. Era evidente que su trabajo era satisfactorio, porque él no había gritado otra vez.

Complacida por haber encontrado un modo, de mantenerse fuera de problemas, Zara le puso atención a otra cosa más personal, su ropa, o más bien, la falta de ella. Había llevado muy poca ropa consigo, así que usaba sus pantalones de mezclilla permanentemente; además, ya estaban muy gastados por toda la limpieza que hacía a diario, y también eran bastante calientes. Tony le dio una playera, así que no tenía que usar el suéter todo el tiempo. También tenía una muda de ropa interior, pero tener que usar los pantalones todo el tiempo, era un fastidio. Zara miraba con envidia a los hombres de la tripulación vistiendo trajes de baño o pantalones cortos. Hasta el capitán se quitaba su camisa blanca al estar sobre cubierta, aunque él siempre vestía pantalones cortos blancos, en lugar de los de colores que los otros preferían.

En un día bastante caluroso, Zara sudó tanto que su piel se empezó a irritar; desesperada, buscó algo que pudiera ponerse y llegó hasta el armario, donde guardaban las banderas. Revolvió todo, encontró una de buen tamaño y la convirtió en la parte inferior de un bikini, atando los sobrantes de tela sobre sus caderas. Sintió un gran alivio, suspiró satisfecha y metió sus pantalones a la lavadora, aunque no le hubiera importado echarlos sobre la borda.

Pete silbó muy fuerte al verla, Pero Tony y Steve, después de mirarla de una forma bastante apreciativa, no comentaron nada; después de todo, ellos habían visto sus piernas cuando bailaba en Orán. Por desgracia, Thor eligió hacer su inspección una hora más temprano al día siguiente; cuando él y Mack se dirigieron a la cocina, Zara aún estaba ahí. Ella tenía puesto el delantal del cocinero y preparaba las verduras para la cena. Se volvió para saludar, pero, sorprendida al ver al capitán, dejo caer una bolsa de chícharos congelados que tenía en la mano; los chícharos, se esparcieron por todo el piso.

Thor la miró con la expresión que reservaba, para tontos y

mujeres torpes; después levantó las cejas, al ver que ella se quedaba quieta.

—Bueno, no te quedes parada, recógelos.

—Yo… lo haré en un momento; tengo que ver que el agua, no hierva demasiado.

Los ojos de Thor se entrecerraron.

—Te dije, que lo hagas ahora. No quiero que nadie se caiga y se rompa, alguna pierna.

Zara asintió y trató de hacerlo sin volverse; pero la alacena donde guardaban el recogedor y la escoba, estaba detrás de ella, así que no había modo de hacerlo sin darle la espalda al capitán. Sabiendo que no había otro modo de evitar otra explosión de Thor, ella suspiró y se volvió, abrió la alacena y se inclinó para tomar las cosas.

Por un momento hubo un silencio, pero después Mack se rió a carcajadas. Ella se volvió y lo vio apoyado en la pared y temblando, por tantas carcajadas; hasta Thor tenía cara de risa. Éste trató de ponerse serio cuando ella los vio, pero no pudo; se volvió y salió de la cocina, a grandes zancadas. Mick lo siguió de inmediato y Zara permaneció sorprendida, escuchando el eco de las carcajadas de los dos hombres, que se oían en todo el barco.

Zara estaba desconcertada, sin saber cómo debía sentirse. Debería estar contenta, ya que Thor no se enfureció con ella otra vez; pero no estaba muy segura, de que le gustaba que se riera de ella. Se levantó y trató de ver lo que era tan gracioso para ellos, pero la parte del bikini que ella podía ver, estaba bien. Se disgustó por la falta de un espejo donde pudiera verse por completo, y se dirigió a los lavabos; estos contaban con un pequeño espejo, que los hombres usaban para afeitarse. Ella se paró sobre una caja y trató de ver por encima de su hombro, pero era necesaria otra caja. Estaba colocándola cuando Tony entró.

—¿Qué locura estás haciendo?

—¿Puedes ver algo gracioso, en mi bikini?

Asombrado, pero contento, Tony se acercó para mirar el bikini.

—No, no veo nada raro.

—No me refiero a algo raro, sino chistoso.

Tony miró otra vez.

—No, yo lo veo bien.

—Entonces, ¿por qué diablos…? —ella no terminó, pues el capitán entró en ese momento.

Su rostro se transformó al verla sobre las cajas, y esta vez no era porque quisiera contener la risa. Tony, cobardemente, salió sin hacer ruido. Zara miró a Thor, indignada.

—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber.

—¿Tenías que sacrificar una bandera, convirtiéndola en eso?

Sus palabras fueron rudas, pero su voz no era apropiada para lo que dijo.

Zara sabía, que él trataba de controlar su sentido del humor.

—Fue todo lo que pude hallar. Tenía que encontrar algo que ponerme. Ya no soportaba, los pantalones de mezclilla.

Thor se puso serio.

—¿No tienes más ropa?

—No, tuve que dejar mis pertenencias en Orán, cuando escapé del hotel.

—¿Por no haber pagado la cuenta?

—Mi bolso fue robado y no podía disponer de dinero, como se lo dije antes —repuso Zara, muy molesta.

Era evidente que Thor todavía no creía su historia, pero dijo:

—Ya veré que te den algo de ropa. ¿Sabes coser?

—Sí —Zara se bajó de la cajas y él con rapidez, se acercó para darle una mano, pero de pronto retrocedió y la dejó hacerlo sola.

Él se movió y se alejó, pero Zara lo llamó.

—¿Capitán?

—¿Si?

—¿Qué fue tan gracioso?

—Deberías aprender a leer, las banderas para señales —con eso, se marchó.

Había pasado una hora y más cuando Mack entró en la cocina, cargando una pila de ropa para ella.

—El capitán te envía esto. Hay alguna ropa que tal vez te quede; también algunas telas, con las que puedes hacer más. También me dijo que puedes usar la máquina de coser, que Arne usa para arreglar las velas. Pregúntale, cómo se usa.

—¡Qué bien! —Zara tomó la ropa y empezó a revisarla. Además de los cortes de tela azul y blanca, había varias playeras con el nombre del barco impreso. También había un rebozo, y, cosa rara, un vestido ligero de mujer.

—El capitán dijo que, si quieres, puedes alterar la ropa.

—Muy bien. ¿Mack?, me imagino que tú sabes cómo leer, las banderas de señales.

—¡Claro!, pero yo no te voy a decir nada —repuso, riéndose.

—Mack, ¡no es justo!

—Pregúntale a Arne, cómo usar la máquina de coser —finalizó, riéndose todavía.

Cuando Mack se retiró, Zara llevó la ropa a su camarote, preguntándose de dónde había salido el vestido; se lo probó, pero era demasiado grande y tendría que reducirlo un poco, pero se puso el rebozo en lugar del bikini.

Miró la bandera con la que había hecho el bikini y trató de pensar en lo que probablemente significaba; pero ni siquiera estaba segura, de cuál era el lado correcto.

Por lo regular, Thor comía solo en su camarote; pero esa noche decidió comer en el salón con la tripulación. Debió de haber reprendido a Ken, acerca de la comida quemada, porque esa noche Ken le sirvió una chuleta, que casi estaba cruda. El resto de la tripulación comió un exquisito asado a la cacerola, que Zara había preparado; acompañado con papas y seguido, por panecillos de fruta. El postre de Thor consistió, en un pequeño pedazo de budín de arroz.

Thor miró que Zara servía el asado y después iba a la cocina, a por pan caliente y regresaba; otra vez, ella se fue a la cocina, pero cuando él se dio cuenta de que no volvía, la llamó.

—¿Me llamó? —preguntó Zara, casi segura de que él se quejaría de la comida, pero Thor dijo:

—¿No pusiste un plato para tí?

—Oh, no. Yo siempre cómo, cuando todos terminan.

Para su sorpresa, Thor declaró:

—Tal vez te colaste para viajar en el "Espíritu", pero eso no te convierte en la doncella. Siempre y cuando estés a bordo, serás parte de la tripulación y eres igual que todos. Así que, trae un plato y siéntate.

—¡A la orden, mi capitán! —dijo Zara, confundida, y fue por un plato.

Había un lugar a lado de Thor, pero cuando Zara regresó, prefirió estar apretada entre Tony y Pete.

—Es mejor que esté, cerca de la cocina —explicó, a los pocos que escucharon.

Zara pensó que la presencia de Thor intimidaría a la tripulación; pero ellos continuaron hablando y bromeando, como siempre lo hacían. Mientras comían, Zara notó que el barco se movía más de lo usual; hasta tuvo que detenerse, cuando sirvió los panecillos. El vaivén era tan fuerte, que algunos cayeron a la mesa. Zara miró a Thor esperando que la reprendiera por su torpeza, pero él no le dijo nada; solo miró el plato con budín de arroz, que Ken puso enfrente de él. Por lo general se piensa que cualquiera puede preparar arroz enlatado, pero hasta eso había echado a perder Ken. Thor lo miró y lo apartó sin probarlo, y le dijo a Mack:

—El viento está arreciando. Estamos entrando a la tormenta, que pronosticaron.

—¿Quiere que tome el timón, capitán?

—No, tenernos tiempo. Termina de comer —finalizó y vio cómo Mack, se servía otro panecillo. Después, miró a Ken.

—Apuesto a que tú, no preparaste los panecillos —dijo, serio.

—Mmm… no, dejé que Zara preparara eso, ella necesita practicar.

Cuando dijo eso, algunos de los hombres se atragantaron y otros, trataron de ocultar la risa.

Thor miró a Ken, con burla.

—Parece que Zara ha estado "practicando", con mucho éxito.

Mack, como siempre, con mucho tacto, cambió la conversación y le preguntó al capitán si sabía qué actores tomarían parte en la película, que filmarían en Rodas.

—Los usuales, me imagino; un actor joven inexperto y otro más maduro, con experiencia. Esa parece ser la regla, en estos tiempos —contestó Thor.

—¿Y quién hará la parte femenina? —preguntó Zara, sin poderse resistir.

—No tengo idea —respondió Thor, mirándola—. Pero entiendo que van a hacer algunos cambios, para que el barco parezca pertenecer al siglo dieciséis. Esto tomará algunos días; tenemos que vigilar a los carpinteros muy de cerca, para asegurarnos de que no dañen el "Espíritu".

—¿Sobre qué es la película? —preguntó Zara, curiosa.

—Es acerca de la toma de Rodas, por Suleimán el Magnífico. Pero creo que el tema principal, son los caballeros sitiados en la fortaleza.

El vaso de Thor resbaló, a causa de una fuerte sacudida del barco.

—Con permiso, creo que debo echar un vistazo en la cubierta.

Limpiar el salón y la cocina se convirtió casi en un juego, por el vaivén del barco.

Los marinos que estaban en receso, se sentaron en el salón; pero Tony, empezó a ponerse verde.

—Pensé que en el Mediterráneo, no había tormentas —se quejó.

Mack, soltó la carcajada.

—Esto no es una tormenta, es un ligero balanceo. Debiste ver algunas de las tormentas reales, por las que este barco ha pasado.

Después se levantó y le puso una mano en el hombro de Tony, para confortarlo.

—No te preocupes, ya te acostumbrarás al movimiento.

El barco se balanceó, otra vez; Tony se quejó y corrió, a los *migitorios*. Zara lo miró, apenada. Como nunca antes había estado en altamar, ignoraba si ella sería un buen marino o no; pero ahora estaba muy complacida de ver que, en efecto, lo era. Tan pronto como terminó de limpiar la mesa, se dirigió a cubierta, usando la excusa de deshacerse de una cubeta de desperdicios. Aún no había

oscurecido por completo, pero el cielo estaba tan nublado y gris, que se ennegreció bastante el ambiente. El viento soplaba tan fuerte, que las velas crujían como látigos; pero no hacía frío, ni llovía.

Cuando Zara salió a la cubierta, el viento le arrancó los pasadores que usaba para mantener su cabello recogido y le hizo aparecer, una melena dorada de seda. También, el rebozo que usaba como falda se le pegó tanto, que la forma de sus bien torneadas piernas era fácil de ver; el viento ayudó también a subirlo, arriba de sus rodillas. Zara se concentró en la cubeta que llevaba. Con mucho cuidado, se acercó a la orilla y después se inclinó, para arrojar el contenido de la cubeta.

Al momento de hacerlo, sintió que dos manos la tomaban de la cintura y tiraban de ella con fuerza. Perdiendo el equilibrio, cayó en los brazos del hombre.

Por un momento pensó que se trataba de Mack, pero la altura de los hombros en que ella se apoyaba, le hizo darse cuenta de que se trataba de Thor. Él la enderezó, pero la mantuvo asida con fuerza del brazo.

—¡Tonta! ¡Pudiste haber caído al mar! —él gritó, no sólo por el disgusto, sino también, para que Zara pudiera escucharlo. Después, tiró de ella, pasó la escotilla principal y entró en la cabina, en medio de su camarote y la cocina.

Él encendió la luz para alumbrar la bitácora, pero el resto del camarote permaneció en penumbra.

—¿No tienes sentido común? ¿Cómo se te ocurre inclinarte sobre la barandilla, en medio de un viento como éste? —dijo Thor, con enfado. Pero, después de unos instantes, él mismo respondió—: ¡No! ¡Claro que no lo tienes! Debí saber que harías algo estúpido, como esto. De ahora en adelante, te quedarás abajo.

—¡No puedo estar abajo, todo el tiempo! Necesito aire fresco…

—No, durante una tormenta —repuso él, de inmediato.

—Pero usted deja, que los hombres estén en cubierta.

—Eso es diferente. Ellos, pertenecen a la tripulación.

Aprovechándose de la oportunidad, Zara dijo triunfante:

—Durante la cena usted dijo que, mientras estuviera a bordo, sería tratada como miembro de la tripulación.

—Típico de una mujer. Dale una mano, y querrá el brazo.

—Pero fue usted, quien lo dijo.

—Me refería, en lo relacionado con las comidas. Mira, los hombres han sido entrenados y saben cómo comportarse en la cubierta; ellos saben todo, acerca del equipo de esta embarcación. También saben que, en caso de tormenta, deben atarse ellos mismos, al barco. Si te hubieras caído, te habrías ahogado —dijo

con brutalidad—. No habría sido posible bajar un bote y salvarte, a tiempo.

Su rostro estaba sombrío y parecía preocupado.

—Lo siento —dijo ella, arrepentida de verdad—. Tan sólo trataba de que los desperdicios no regresaran al barco, debido al viento.

—¿Quién te enseñó eso? —preguntó él, levantando las cejas.

Zara sonrió, la seriedad se había esfumado de su rostro.

—Yo sé todo lo concerniente a veleros; he leído todos los libros, de la serie *Hornblower*.

Thor sonrió, también divertido, pero agregó:

—Parece que la teoría y la práctica, tendría ya bastante tiempo. Zara, desconoces las reglas, tú debes…

—Entonces, enséñeme —interrumpió ella, ansiosa—. Déjeme ser en realidad, parte de la tripulación. Yo no me mareo, como Tony. Podría reemplazarlo durante su guardia, o ser útil cuando usted necesite más ayuda —agregó, persuasiva.

—Zara, eres una chica; no tienes fuerza suficiente para soportar el viento. Además… —hizo una pausa, para enfatizar sus palabras —. No valdría la pena entrenarte, ya que abandonarás el barco, tan pronto como lleguemos a Rodas.

Zara bajó su mirada, olvidando su entusiasmo.

—Sí, claro.

Ella se dirigió a la puerta, pero Thor le habló:

—¿Zara?

—¿Sí? —levantó el rostro, esperando que Thor hubiera cambiado de opinión, pero él la miraba con burla.

—¿Qué le pasó a la cubeta?

—¿La cube…? —Oh… —se sonrojó—. Creo, que también la arrojé al mar.

—¿Comprendes, a qué me refiero? —incrementó, su burla.

—Fue su culpa, al tomarme con tanta fuerza, tiré la estúpida cubeta; a cualquiera le hubiera pasado —después, agregó, levantando su rostro—: Descuéntelo, de mi salario.

Pero después echó a perder el efecto, diciendo:

—No lo digo porque me pague, claro —y salió del camarote.

En el salón, cuatro miembros de la tripulación jugaban cartas, pero Zara no sentía deseos de jugar; no lo habría hecho, aunque se lo hubieran permitido. En lugar de eso, se dirigió a su camarote y se recostó. Su cabeza estaba tan revuelta, como el mar. No sabía en realidad, por qué le había pedido a Thor que la entrenara; fue tan sólo un impulso. Pero debió saber, que él se negaría. El barco se agitó y Zara se acomodó, en la dura litera. Le hizo recordar la dureza del hombro de Thor y la fuerza de sus manos, que la habían

alejado con facilidad, de la barandilla.

La tormenta arreció durante la noche, y a la mañana siguiente, estaba lloviendo bastante. Los hombres que bajaron de cubierta, vestían botas a prueba de agua y las hubieran arrojado al suelo si Zara no les hubiera gritado, que las pusieran en el baño. Tony no apareció para desayunar y Zara lo encontró recostado en su litera, compadeciéndose y deseando, no haberse unido a la tripulación.

—Y pensar que mi mamá estaría cuidándome ahora mismo, haciendo todo lo que yo le pidiera —dijo él, con franqueza—. Ella no quería, que me hiciera a la mar.

—Ah, ¡qué muchacho! —repuso Zara, sin sentir pena por él—. Apuesto a que eres hijo único, ¿verdad?

—Bueno, sí, en realidad sí. ¿Y tú?

—Por desgracia, yo también.

Tony, la miró sorprendido.

—A mí no me molesta ser hijo único, a pesar de ser consentido. ¿Te habría gustado, tener hermanos?

—Bueno, si eso se hubiera significado que mi madre, tuviera a alguien más a quien depositar todas sus frustradas ambiciones, sí, me habría gustado.

—¿Y tu padre?

—Oh, él nos abandonó, cuando yo todavía era muy pequeña.

—Pero, ¿no tienes ninguna relación con él? —preguntó Tony, alarmado.

Ella negó con su cabeza, comprendiendo que Tony nunca entendería.

—No, nunca lo he visto, ni he oído nada acerca de él —cambiando el tema, ella le preguntó—: ¿No vas a desayunar?

—En definitiva, no —dijo, recordando lo mal que se había sentido la noche anterior—. Me quedaré aquí hasta que la tormenta pase y me bajaré de este barco, tan pronto como toque tierra firme.

—Entonces, permanecerás aquí por largo tiempo, oí que Mack dijo que la tormenta duraría una semana —repuso Zara, molestándolo un poco.

Zara salió y continuó con su trabajo, pero pronto se enfrentó a un problema. Durante su estancia en el barco, ella había limpiado todos los camarotes, excepto el del capitán. Se suponía que también debía limpiarlo, pero se sentía reacia a hacerlo. Aparte de ser el lugar que él usaba para reprender a la tripulación, el camarote de Thor también parecía un sitio muy privado, en el que ella no quería ser una intrusa. Pero era obvio que alguien tenía que limpiarlo, y ella era la más indicada para realizar esa tarea. Sin embargo, no podía entrar sin permiso; así que, en lugar de evadirlo, tuvo que buscarlo para hablar con él.

Él estaba en cubierta, a lado de Arne, quien dirigía el timón.

Sobre la cubierta, se habían atado cuerdas de lado a lado para que, en caso de perder el equilibrio, los marinos pudieran asirse y evitar resbalar. Zara recordó lo que Thor le había dicho, y ató una cuerda de nilón alrededor de su cintura antes de salir a cubierta, y la enganchó a una de las cuerdas de la cubierta. Tony le había prestado su equipo para la lluvia, así que lucía toda amarilla de pies a cabeza; sólo su cara y sus manos estaban descubiertas. Por un momento, se quedó quieta observando los mástiles que parecía que se iban a quebrar, por la fuerza del viento. El barco se balanceó y una ola cayó sobre cubierta, casi tirando a Zara. Ella se asió a la cuerda y dio una fuerte carcajada; la experiencia había sido emocionante, y estaba fascinada.

Seca y tibia en su interior, Zara se volvió y miró el imponente mar, gris y terrible. Era difícil creer que tan sólo hacía dos días, el mar había sido azul y había estado tranquilo.

Ahora, las olas se rompían con furia sobre cubierta; casi como si una fuerza maligna, estuviera determinada a destruirla.

A Zara siempre le había parecido que el barco era majestuoso y gigantesco, pero, de repente, le parecía que el "Espíritu del Viento" se había achicado en medio de ese mar, profundo y enorme. Zara se volvió en contra del viento y se dirigió hacia el timón.

—¿Qué pasa? —preguntó Thor y al verla, hizo un gesto de asombro—. Zara, ¿qué diablos haces aquí? '

—Estoy bien atada a la cuerda —señaló ella.

—Sí, muy bien —asintió él—. ¿Qué quieres?

—¿Le parece bien, si limpio su camarote hoy?

—¿Viniste hasta acá, sólo para preguntarme eso?

—Sí, claro —contestó Zara y se volvió para regresar, pero Thor la alcanzó.

—¿Estás bien? ¿No te sientes mareada?

—¡No!, estoy bien —gritó ella, y de repente le sonrió—. ¿No es maravilloso?

Él abrió más sus ojos, pero después asintió y, sonriendo, dijo:

—Sí, pero éste, es el reverso de la moneda.

El camarote de Thor estaba meticulosamente arreglado, y había muy pocas cosas fuera de lugar; algunas cosas del baño privado y varias novelas, junto con los manuales del barco y libros, acerca del mar. No había fotografías, y las únicas imágenes en la pared, era de veleros.

Zara pensó que Thor era un hombre enamorado de su trabajo y obsesionado, por él. En cierto modo, parecía estar muy solitario. Todos los demás tenían, fotografías de seres amados en sus camarotes, o por lo menos, carteles que alegraban las paredes. En el

de Thor no había nada, como si él no tuviera otra vida personal. Ella se preguntó qué hacía Thor, cuando el “Espíritu” se encontraba anclado en su puerto, en Bristol. ¿Se quedaba a bordo? ¿Vivía en él? ¿O acaso tenía un hogar, en algún puerto? Zara trató de imaginarse a Thor viviendo en Bristol, pero no pudo; la única forma en la que podía imaginarlo era como lo había visto, en la cubierta del barco.

Zara trató de pensar, en lo que estaba haciendo; pero este camarote era el más fácil de limpiar y no le estaba tomando mucho tiempo hacerlo, a pesar del balanceo del barco. Ella se encontraba de rodillas, limpiando debajo de la litera, cuando el barco se sacudió con tal violencia que ella rodó por el suelo y terminó, debajo del escritorio. Se afianzó de uno de los cajones del escritorio, pero en ese momento el barco se enderezó y la joven no pudo evitar que, el cajón se abriera por completo, y su contenido se esparciera por el suelo.

Zara dio un grito de enfado y empezó a levantar los papeles de prisa; no sería muy extraño que, con su suerte, Thor entrara en ese momento y pensara que estaba espiando entre sus cosas. La mayoría de los papeles, eran ordinarios: sobres, papel para notas, bitácoras viejas; pero también había un pequeño paquete de cartas, algunas todavía en sus sobres.

Las levantó de prisa, Zara no pudo evitar darse cuenta, que las había escrito una mujer; tenía estampillas danesas. Zara las colocó en el cajón y puso éste en su lugar, después continuó su trabajo; pero no podía apartar su mente de las cartas, preguntándose quién se las había escrito. La madre de Thor era danesa, recordó; tal vez eran de ella. Zara trató de resistir la tentación y casi lo logra, pero finalmente abrió el cajón y tornó una de las cartas. Estaba escrita en un idioma desconocido para ella, que imaginaba era danés; la firma era un garabato que podría ser cualquier cosa, pero, en definitiva, no parecía que dijera “mamá”.

Cuando escuchó las voces de los marinos de la primera guardia, metió la carta en el sobre con rapidez, la puso en el cajón y tomó sus utensilios de limpieza. Se sonrojó y salió de prisa del camarote, sin volverse en caso de que Thor la estuviera observando; pero cuando llegó a la cocina, dio un vistazo y suspiró aliviada, al ver que se trataba de Arne y Steve.

Aún era temprano para preparar la comida. Después de mirar su reloj, decidió tomarse un descanso y se sentó a disfrutar, de una taza de café. Sus manos todavía temblaban y su corazón latía con fuerza. Por lo regular, ella no hubiera ni siquiera soñado con mirar la correspondencia ajena. Pero Thor era una persona tan enigmática, tan misteriosa, que ella deseaba saber qué lo había hecho odiar a las mujeres.

Pero ella estaba sorprendida de su propia audacia, por atreverse a mirar las cartas; sabía que estaba mal y, además, estaba temerosa del impulso, que movió su curiosidad.

La tormenta continuaba. Thor ordenó que los motores se pusieran en marcha; lo cual significaba que Ken estaría en el cuarto de máquinas. Zara preparó emparedados de salchichas calientes, para la comida y le pidió a Arne que informara el capitán, que estaban listos. Thor bajó un poco después y se dirigió a su camarote, antes de ir a la cocina. Llevaba puesto un suéter de cuello alto, con las mangas arremangadas. Mirándolo, Zara decidió que él no podía ser nada mejor que un marinero. Era, el papel perfecto para él.

Tony tampoco había aparecido para la comida, lo cual indicaba que todavía estaba enfermo. Ken se encontraba abajo, en el cuarto de máquinas. Arne y Steve habían ido a descansar, y Mack y Pete se encontraban sobre cubierta, dirigiendo el barco. Thor comió su emparedado, disfrutándolo, y Zara no lo interrumpió, sino hasta que terminó.

—¿Le gustaría otro?

—Sí, por favor. Los haces muy bien. Y también hiciste un buen trabajo, limpiando mi camarote, gracias.

Zara se estremeció y casi tira las salchichas, pero por suerte estaba de espaldas a Thor, así que él no pudo ver cómo se sonrojó.

—¿Dijeron en el reporte del tiempo, cuanto durará la tormenta? —preguntó Zara, al fin.

—Por lo menos, otras doce horas. No es muy común que duren tanto en esta área; pero el tiempo ha cambiado mucho en este verano —él sonrió y añadió—: Por lo menos, las tormentas mantiene a los cruceros anclados.

—¿No le gustan los cruceros?

—Tan sólo son hoteles y casinos flotantes; la gente come hasta enfermar y las mujeres se visten como para "matar", queriendo que les tomen una fotografía con el capitán durante el cóctel.

Zara se rió de la descripción, mientras removió las salchichas.

—Me imagino, que no le gustaría capitanear uno, ¿verdad?

—¡Dios me libre! ¡Y que me dé un velero, todo el tiempo!

—En este momento, estamos usando los motores —señaló Zara.

Pero Thor se dio cuenta del tono burlón que ella empleaba, y respondió con mofa también:

—Sí, es verdad. Pero, ya nos retrasamos para nuestro compromiso en Rodas y, con vientos como este, necesitamos cierta ayuda. ¿Cómo sigue Tony?

—Se está mejorando. Creo que comió algo, que le cayó mal —repuso con tacto.

—Debe de estar deseando no haber abordado nunca, este barco. Voy a ir a verlo más tarde; es tiempo, de que esté en su puesto. Necesito tres personas, en cada guardia.

—Yo puedo reemplazarlo, en su guardia —dijo Zara, ansiosa, pero ya sabía lo que Thor pensaba acerca de ese tema; así que se preparó para oír, otro discurso antifeminista.

Ella le acercó el emparedado, con la vista baja, pero Thor se volvió y la miró.

—¿De veras quieres hacerlo? —preguntó, pero sacudió la cabeza al decir—: He conocido a otras que también querían hacerlo, pero nunca terminaron su preparación; siempre terminaban confundidas.

—¿Confundidas? ¿Cómo?

Él la miró con burla.

—Siempre se enamoraban o coqueteaban con los hombres, creando fricciones entre ellos.

—¿Es esa la razón, por la que no acepta mujeres en su tripulación?

—Una de las razones.

Zara se preguntaba cuáles eran las otras, pero le dijo:

—Si le garantizo no coquetear ni enamorarme, ¿me permitirá tomar el lugar de Tony, hasta que él se sienta mejor?

—Lo dices como si cualquier mujer, pudiera garantizar eso. ¡No!, haré que Tony se levante más tarde —repuso, riéndose.

Pero cuando Thor terminó de comer y fue a ver a Tony, llamó a Zara y le pidió llevar el botiquín de primeros auxilios, del barco.

—Realmente, le afectó —la informó, cuando ella regresó—. Le pondré una inyección, que espero lo ayude; pero tendrá que quedarse en su camarote, hasta que la tormenta pase.

Sacando una jeringa y llenándola del líquido que iba a inyectar, miró a Zara y le pidió ayuda.

Ella aceptó.

—Muy bien. Sostén el brazo de Tony, mientras yo lo inyecto.

Tony se sentía demasiado mal, como para oponerse; dejó que Zara lo sostuviera y Thor buscó una vena, donde poder inyectarlo; un trabajo complicado, bajo las circunstancias.

—Vamos, hijo —dijo Thor, y Zara se impresionó al ver la suavidad, con la que trataba a Tony—. Pronto, te recuperarás.

La aguja entró en la vena de Tony y Zara sintió palidecer; pero ella apretó sus dientes y no se volvió.

—¡Bien hecho! —exclamó Thor, pero Zara no sabía a quién se lo decía, si a ella o a Tony, o tal vez a los dos. Thor se levantó—. Cúbrelo y mantenlo caliente; un trago de *brandy* le haría bien. Voy a la cabina para investigar nuestra posición y obtener, el último reporte del tiempo.

Zara hizo lo que pudo por Tony y le dio un poco de *brandy*, que tomó de una botella que había visto al lado de la cómoda, en el camarote de Thor. De regreso se asomó a la cabina, pero el capitán no estaba ahí; ya había subido a cubierta.

El trabajo en cubierta era tan agotador, que las guardias se redujeron a dos horas. Cuando Mack y Steve bajaron, sólo tomaron café mezclado con ron y se fueron, a dormir. Zara preparó una gran olla de sopa condimentada y espesa, para que los marinos pudieran servirse lo que quisieran, pero, aparte de eso, no había mucho más que ella pudiera hacer. Aparte del terrible sonido de las olas al romperse sobre cubierta y los crujidos de la madera, el barco estaba calmado. La cabina se encontraba a un lado de la cocina, y Zara creyó oír algo. Una luz se encendía de manera intermitente y se podía escuchar, un fuerte zumbido. Como ella no sabía nada de radios, pensó que probablemente, otro barco estaría enviando un mensaje de auxilio. Se dirigió al camarote de Mack y le dijo lo que pasaba. Sin conocer las preconcebidas ideas del capitán, acerca de las mujeres, Mack le dijo:

—¡Sube y dile al capitán!

Zara se puso la ropa impermeable de Tony, con rapidez y subió a cubierta. El cielo estaba tan nublado, que había completa oscuridad. Las olas bañaban constantemente la cubierta. La única luz que había, era la del mástil principal. Thor estaba ascendiendo por el mástil, pero al verla, bajó.

—¡Mack me dijo, que lo llamara! —gritó Zara—. ¡Alguien trata, de comunicarse por la radio!

—¡Bien! —él miró a Pete, en el timón y después, se volvió a ella —. ¡No puedo dejar a Pete solo! —gritó—. ¿Te quedas con él?

Ella asintió, con la cabeza.

—¿Debo subir al mástil?

—¡No! ¡Por Dios, solo quédate con él, en caso de que necesite irme a buscar! No tardaré.

Zara se quedó a lado de Pete, afianzada a la cuerda y manteniendo el equilibrio, agarrando el mástil. Era imposible, tener una buena vista desde la cubierta; por un momento se encontraban en la cresta de una ola, y al minuto siguiente el barco caía en un ángulo, que parecía de noventa grados, estrellándose en el cuerpo de las olas. Era imposible no sentirse aterrorizado, pero, en cierto modo, era también muy emocionante.

Una gran ola los golpeó de repente. Pete perdió el equilibrio y cayó a un lado; soltando el timón. Este giró tan rápido como una ruleta. Zara lo pudo detener haciendo palanca con uno de sus hombros, hasta que pudo asirse bien, pero, ¿de qué servía?, ella no sabía, para qué lado debía moverlo.

—¿Estás bien? —le gritó a Pete.

Poco a poco, él se puso de pie; era obvio que estaba atontado por el golpe, pero se las arregló para llegar hasta ella. Entre los dos pudieron controlar el barco y volverlo, a su curso.

Thor regresó, casi de inmediato. Se dio cuenta de la situación y de lo que le había pasado a Pete y lo mandó abajo, de inmediato; después miró a Zara, preocupado y le dijo:

—Me temo que tendré que pedirte, que te quedes conmigo aquí.

Ella se limpió la cara, tratando de secarla.

—¿Era una emergencia, por la radio?

—Sí, pero otro barco los está ayudando.

Zara asintió y asumió su posición, al lado izquierdo de él; donde sólo tenía que volverse para ver el perfil poderoso de Thor, al luchar contra la tormenta. Un extraño sentimiento de alegría se posesionó de ella, y sonrió, mientras la tormenta continuaba.

Capítulo 5

Durante la tormenta, hubo una terrible y sonora ráfaga, y después, pareció aminorar. Terminó de llover y el sonido del motor, fue audible otra vez, constante y poderoso. El cielo se despejó un poco, pero ya estaba anocheciendo, así que se oscureció de nuevo; sólo que esta vez estaba claro y se podían ver, las estrellas.

—Hemos salido de la tormenta —dijo Thor con satisfacción, mirando al cielo—. Por favor, baja y dile a Mack que envíe a dos hombres, para que icen las velas. También dile a Ken, que puede apagar los motores.

—Muy bien, capitán.

Ella se dispuso a quitarse la cuerda que tenía atada a la cintura, pero Thor recomendó:

—Es mejor que no te la quites, la cubierta está aún bastante resbalosa. Y, Zara…

—¿Sí? —asiéndose del mástil, ella se volvió hacia el capitán.

—Estuviste muy bien —dijo él, casi con dureza—. Quédate abajo y descansa; debes estar rendida.

—Usted también. No ha dormido, desde que la tormenta empezó.

—Yo estoy acostumbrado —respondió, encogiendo los hombros —. Pregúntale a Mack acerca de Pete e infórmame, de cómo sigue.

—Muy bien.

Zara se alegró de bajar; la tormenta había estimulado sus sentidos, pero ahora que había terminado, se sentía exhausta y hasta se tambaleó un poco, al bajar la escalinata. Encontró a Mack en la cabina, sentado frente a la radio.

—¿Rescataron la embarcación, que estaba en problemas? —preguntó Zara.

—La tripulación tuvo que abandonar el barco, pero un carguero los rescató —respondió, asintiendo—. ¿Quiere el capitán que suba?

—Sí, quiere que mandes a dos hombres, para que icen las velas. Y también quiere saber, cómo está Pete.

—Se lastimó el brazo. No estoy seguro, de si lo tiene roto o no; tendremos que esperar, hasta que lleguemos a Rodas.

—¡Es terrible!, deberían tener un doctor, a bordo.

Mack se rió.

—No existen suficientes doctores, para cada embarcación que se hace a la mar —apagó la radio y fue a buscar a alguien, que le ayudara con las velas, mientras que Zara se quitó la ropa mojada y fue a darle a Ken, el recado del capitán.

En la cocina, la sopa había llegado a su fin, y la olla estaba sobre la estufa, pero, por lo menos, todavía quedaba un poco de café. Zara

se lo sirvió y lo tomó, sintiéndose mejor casi de inmediato. Después fue a ver a Tony y a Pete; los dos dormían. Pete, con un cabestrillo en el brazo. Zara pensó que Tony empezaría a sentirse mejor, ahora que la tormenta había pasado; pero Pete estaría preocupado hasta que le tomaran una radiografía para asegurarse, de que su brazo no se había roto.

Sintiéndose conmovida, Zara preparó huevos con jamón y se los llevó a Thor; él estaba en su camarote. Cuando llamó a la puerta, la respuesta de Thor sonó impaciente y cansada. Estaba sentado ante su escritorio, escribiendo en el cuaderno de bitácora; sus ojos estaban irritados y se les veía, muy fatigados.

—Pensé que estaría hambriento; no ha comido desde la hora del almuerzo.

—Gracias, es muy acertado de tu parte —dijo, sorprendido.

Él quitó algunas cosas del escritorio, para poder colocar la bandeja. Zara se reclinó para depositarla en el mueble. Ella pensó que Thor había tomado una ducha, pues olía fresco y limpio, y su cabello claro brillaba. Zara sintió un momentáneo y estúpido deseo de tocarlo, acariciar el cabello que caía sobre su frente y recorrer los labios de él, con sus dedos.

Ella se apartó de pronto, tratando de sacudir lo que sentía.

—Tony y Pete, están dormidos.

—Sí, ya los vi. ¿Tú también dormiste?

Zara asintió; sentía la garganta seca.

—Bueno, buenas noches, capitán.

—Buenas noches, Zara, y gracias.

¿Por la comida?, se preguntaba ella, mientras caminaba hacia su camarote.

¿Por haberse quedado con él sobre cubierta, durante la tormenta? Pero una cosa era cierta, él no le agradecería el repentino deseo, que la había sacudido de repente. Era la soledad, pensó desesperada, o tal vez el hecho de que lo vio tan fatigado. Sí, eso era, sus instintos maternales que afloraban. Sin embargo, después de un momento, Zara se dio cuenta de que no había sentido nada maternal, al estar cerca de él.

Lo deseaba. Deseaba al único hombre que, en definitiva, no estaba interesado en ella. De toda la tripulación, Pete era probablemente el mejor parecido, con su pelo y sus ojo s negros. Pero Thor, con su reacia personalidad, era el que la había atrapado. Aunque tal vez no era eso, quizás era lo difícil de su relación lo que la atraía; su actitud antifeminista, que la intrigaba. Posiblemente era la rudeza y la falta de tacto con que él la trataba, provocándole un reto a su sexualidad femenina. Zara suspiró al trepar a su litera. Si tan sólo se trataba de un reto, sería fácil subyugarlo, pero si

realmente lo deseaba… se durmió de inmediato, con la imagen de Thor en su mente.

A la mañana siguiente, el cielo estaba totalmente despejado y azul; el mar estaba tan calmado, que parecía que nunca hubiera habido una tormenta. Zara durmió muy bien y no se despertó sino hasta que el sol, a través de la escotilla, tocó su rostro. Lo primero que le acudió a la mente, fue el desayuno de la tripulación. Pero tan pronto como se vistió y subió a la cocina, encontró a Mack friendo unos huevos.

—Lo siento, dormí demasiado.

—No te preocupes, cada quien preparó su propio desayuno hoy. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

Él asintió.

—El capitán está muy complacido, por la manera en que te comportaste ayer. Me pidió que te dijera, que puedes subir a cubierta cuando lo desees.

—¿De veras? —el rostro de Zara se iluminó—. Está muy… bien —agregó.

—¿Quieres desayunar?

—Sí, por favor. Y ¿Tony y Peter?

—Todavía están en sus camarotes; si quieres, puedes prepararles el desayuno más tarde.

Pero Tony salió de su camarote como una mariposa saliendo de su crisálida, ahora que la tormenta había terminado; su estómago había vuelto a la normalidad y estaba ansioso por recuperar, de todas las comidas que había rechazado. Mack ayudó a Pete a vestirse, y éste también subió al salón a desayunar.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó Zara.

—Creo que sobreviviré —respondió, en su acento australiano—. No me duele mucho, así que no creo que esté fracturado; pero el capitán recomendó que lo mantenga vendado y que no lo use, por si acaso —y sonrió al añadir—: Así que me imagino que descansaré y tornaré el sol por el resto del viaje, mientras ustedes “esclavos”, trabajan.

Los comentarios burlones no se hicieron esperar, y todos reían cuando Thor entró en el salón, con paso ligero y sin señales, de la pesada noche que había pasado. Él sonrió, al ver que Tony y Pete estaban de pie. Zara había decidido no mostrar ninguna emoción, en caso de que lo viera. Y lo logró, por lo menos por treinta segundos, hasta que él sonrió; después su corazón se sacudió y tuvo que volverse hacia la estufa, en caso de que alguien la mirara a los ojos y se diera cuenta, de las emociones encerradas en ellos.

Esa mañana, Zara se mantuvo ocupada en sus deberes; después

le pidió a Arne su máquina de coser para hacerse una blusa, con el vestido que le habían dado, y unos pantalones cortos que hicieron juego, con una de las telas. Después de la comida, Zara subió a cubierta, usando su ropa nueva. Todas las velas estaban izadas, y el barco parecía danzar sobre el mar; la brisa hacía que avanzara, a gran velocidad.

La cubierta había sido lavada del agua salada de la noche anterior, y brillaba bajo el sol. Todas las cuerdas habían sido enrolladas y llevadas a su lugar; los aparejos arreglados y todas las partes metálicas, bruñidas; así que el "Espíritu" tenía la apariencia de un barco nuevo. La tripulación se encontraba de muy buen humor, todos estaba sobre cubierta, sentados cerca del timonel. Los que tenían algo que hacer, prefirieron trabajos manuales; los otros, tomaban el sol, felices de haber vencido a la tormenta, con tan pocos daños y heridos.

Mack vio a Zara desde la escalinata y la saludó, con la mano.

—Hagan lugar para Zara —ordenó; él estaba arreglando una cuerda.

Los ojos de toda la tripulación se posaron en ella, en especial los de Tony, pero después se acostumbraron a la joven y la trataron, como si fuera otro miembro de la tripulación.

—¿Qué nombres tienen, los diferentes tipos de velas? —preguntó Zara, de un modo casual.

De inmediato, la media docena de marinos, estaban dispuestos a darle una lección.

—La única forma de enseñarle, es mostrándole el barco —señaló Mack.

Así que Tony y Steve la guiaron por la nave, enseñándole los nombres de las velas y los mástiles. Zara trató de aprenderse los nombres, pero terminó más confundida de lo que estaba.

—'Estás bromeando! —exclamó ella, al oír el último nombre.

—¿Por qué bromearía? —repuso Steve, en un tomo molesto—. ¿Crees que lo haría?

—¡Sí, en definitiva! ¡No te creo!

—Por primera vez en su vida, no estaba bromeando —la voz de Thor hizo a Zara volverse—; en realidad, se llama Cangreja.

—Todos los nombres son confusos —murmuró ella.

—Una vez que te acostumbres, es fácil recordarlos. Te ayudaría mucho, si vieras un plano de las velas. Tengo uno en mi camarote, si realmente te interesa —había un tono de duda, en su voz.

—Sí, me gustaría verlo.

Él asintió y después, le dijo:

—¿Me permites un minuto de tu tiempo?

Fue una orden dada con amabilidad, pero al fin una orden.

Después de agradecer a Tony y Steve, Zara se volvió a Thor.

—¿Si, capitán?

Él se dirigió a la proa del barco y ella, lo siguió.

—Dime qué pasó exactamente con tu bolsa, en Orán.

Ella parpadeó; se preguntaba por qué quería saberlo ahora. Llegaron a la proa y ahí se detuvieron. Ella repitió la historia con rapidez y tratando de sonar lo más veraz posible.

Cuando terminó, Thor no hizo ningún comentario, pero le dijo con brevedad:

—Quiero que escribas toda la información que recuerdes, acerca de tu tarjeta de crédito y tu cuenta bancaria, y la fecha en que tu bolso fue robado. ¿Lo reportaste a la policía?

Zara, negó con la cabeza.

—No. Pensé que no tenía objeto hacerlo. El árabe que estaba interesado en mí, era una persona bastante influyente en Orán.

—Bueno, infórmame de los detalles que recuerdes.

—Sí, claro. Pero, ¿por qué los quiere ahora, en lugar de cuando lleguemos a Rodas?

—Porque así puedo mandar los detalles, por radio. Si tienes suerte, cuando lleguemos a Rodas tal vez tengan un pasaporte y una tarjeta de crédito nueva, esperándote. Aunque no sea así, estoy seguro de que ésto ayudará, a hacer el proceso más rápido.

"Para que pueda deshacerse de mí cuanto antes", pensó Zara con tristeza, pero Thor continuó hablando.

—Y acerca de tus parientes, se me ocurre que tus padres no saben si dejaste Orán o no, probablemente estén preocupados. Si me das tu dirección, me encargaré de que les envíen un mensaje a través de la radio.

Como ella no respondió de inmediato, Thor insistió:

—¿Zara?

—Es usted muy gentil al ofrecerme eso; pero en realidad, no hay necesidad de enviar un mensaje.

—¿No tienes padres?

—Sí, bueno, por lo menos, tengo madre. Pero ella… Creo que será mejor esperar hasta que lleguemos a Rodas, antes de ponerme en contacto con ella.

—¿No estará preocupada, si no sabe nada de ti?

La boca de Zara, hizo una mueca de melancolía.

—Lo único que podría preocuparía sería saber, que he renunciado al baile —respondió con brevedad—. Mi madre preferiría que todavía estuviera en Orán, bailando, bajo cualquier circunstancia.

Los azules ojos de Thor, recorrieron el triste rostro de la chica; pero no se atrevió a preguntar, nada más.

—Muy bien, pero si cambias de opinión, sólo házmelo saber; no es difícil enviar un mensaje.

Thor habló, como si eso fuera todo. Pero Zara no quería finalizar su primera conversación con él de ese modo, así que añadió:

—Me imagino que ha viajado por todo el mundo —dijo, con temor a un desaire; pero él contestó:

—Sí, he estado en casi todo el mundo.

—¿En este barco?

—En este y en otros.

—Pero, ¿tiene su base en Inglaterra?

—Sí, en Bristol —él sonrió con levedad—. Bristol es lo que el "Espíritu" y yo, llamamos "hogar".

—Pensé que tal vez, vivía en Dinamarca —repuso Zara—. Alguien me dijo, que sus ancestros son daneses.

Thor se apoyó en la barandilla y miró, hacia el horizonte.

—Sí, mi madre lo era, pero yo nunca viví allí permanentemente.

—¿Era?

—Sí, murió hace diez años —él se incorporó—. Tan pronto como puedas, dame la información que te pedí.

—¡Claro!… quiero decir, sí, capitán —Zara se volvió y bajó.

Se sentó en el salón, tomó papel y lápiz y empezó a escribir, pero su mano quedó inmovilizada por un momento, y ella se entristeció. Si la madre de Thor había muerto hacía diez años, las cartas que ella, Zara, vio en el camarote del capitán, fechadas hacía tan sólo uno y dos años atrás, no provenían de ella. Tal vez eran de alguna relación que él tenía, o de alguna novia anterior. Zara sintió una oleada de celos, al considerar esa idea. ¡No, no podía ser!; molesta por sus propias emociones, se dispuso a escribir otra vez, dándose cuenta de que había escrito el nombre de Thor.

Después de eso, Zara trató de evitar a Thor de diferentes formas. En lugar de darle la información que requería en persona, la dejó en el escritorio de él. Cuando Thor hacía sus guardias, ella estaba en otra parte del barco, y sólo subía a cubierta, cuando él se encontraba abajo. Pero no pudo evitarlo, cuando él bajó a comer al salón con los demás esa noche. Ya todos sabían que era Zara la que cocinaba, y Ken trató de fingir, sirviendo en el plato de Thor un poco de lo que ella había preparado.

Thor arqueó las cejas, sorprendido al ver que la comida no estaba quemada; después la saboreó.

—Estás mejorando —le dijo a Ken.

—Es la práctica, capitán —repuso Ken, contento.

—Y la intuición —replicó Thor, con mofa.

—No exagere, capitán —añadió Mack—; agradezca que se puede comer, eso es todo.

Había mucho lugar cuando Zara apareció, pero Thor le hizo un gesto para que se sentara a lado de él. Zara lo hizo. Él sacó de su chaqueta, el plano de las velas que le había prometido.

—Mira —señaló—. En realidad, es muy simple. Sólo tienes que recordar los mástiles, después añade el nombre de las velas, y así tendrás la "*real trasera*", "*real principal*", "*real Jiledia*", etcétera.

—Pero, ¿y ésta? Se le llama "*Vela de mesana*".

—Sí —asintió Thor—, esa es la excepción, Técnicamente debería ser la "*vela media*", pero siempre se le ha llamado "*Vela de mesana*". ¿Alguien sabe por qué?

Todos asintieron y se inició una discusión, acerca de términos usados en navegación. Zara no pudo participar, pero disfrutó la conversación, el ambiente amistoso y la sensación de que ahora, ella había sido aceptada. Trató de olvidarse de la cercanía de Thor, pero no pudo evitar que su mano temblara cuando Thor rozó su mano por accidente, tratando de alcanzar la canasta del pan.

—Perdón —dijo él, pero Zara volvió su vista con rapidez.

Estaba desesperada; así que trató de iniciar conversación.

—Sus barbas han crecido bastante. Me preguntó cuál será su apariencia, cuando las afeiten al final del viaje.

—¿Qué te hace pensar, que las vamos a afeitar? —inquirió Pete —. Yo planeo dejármela. A las chicas siempre les gustan, los hombres con barba —finalizó, acariciando su atractiva barba.

—¡No creo que mi mamá, me deje conservarla! —remarcó Tony, y recibió muchos comentarios rudos, por su actitud tan infantil.

"Tal vez, eso es lo que me pasa. Quizá me enamoré de Thor, por su barba", pensó Zara. Pero los demás también tenían barba, y no se había enamorado de ellos. Después, se dirigió a él.

—¿Siempre ha usado barba, o solo la dejó crecer para la película?

—No, he usado barba por años.

—Me pregunto, cómo serán sin barba —agregó Zara, sin pensar.

Thor se sorprendió un poco; pero decidió no tomar la pregunta, de una manera personal.

—Me imagino que bastante raros, con la mitad de nuestros rostros bronceada y la otra no.

—Yo me voy a afeitar la mía de inmediato, cuando terminemos la película. Mi novia dice, que me hace parecer mayor —dijo Ken—. ¿Qué opinas tú, Zara?

—No te he visto sin barba —respondió.

—Quiero decir, en general.

Ella miró a uno por uno, hasta llegar a Thor. Entonces, contestó con frivolidad:

—Supongo que depende, de lo que hay bajo la barba.

Ellos se quejaron y bromearon, acerca de su tacto. Zara se rió también, pero cuando el tema de conversación cambió, ella se quedó callada, y casi no oía lo que estaban diciendo. Sólo pensaba, en el hombre que se encontraba a lado de ella.

Thor se retiró después de la cena, y no regresó. Zara jugó cartas, aunque no por dinero, con los hombres que estaban libres; pero la noche se tornó aburrida y ella se excusó de fatiga, para irse a dormir temprano.

Los integrantes de la tripulación, siempre usaban playeras y pantalones cortos; este tipo de ropa, no necesitaba plancharse. Sin embargo, Thor y Mack, como oficiales, siempre se las arreglaba para mezclarlos con las ropa de color, así que usaban pantalones cortos blancos, y sus camisas, que por lo regular usaban por la noche y en tierra, eran también blancas, de manga corta y con hombreras, donde ellos llevaban sus insignias. Ésto, junto con sus medias blancas y sus zapatos, también blancos, los hacía parecer muy elegantes. Excepto cuando Tony tenía que lavar y planchar, los uniformes de los oficiales. De cierto modo, siempre se teñían de un tono azul claro, y al plancharlos lo hacía tan mal, que los pliegues siempre resultaban en los lugares equivocados. Él encontró a Zara y le dijo, angustiado:

—¡Mira esto!, no se las puedo regresar a Mack y al capitán, en este estado.

—Los debiste haber lavado, aparte.

—Creí haberlo hecho, pero alguien dejó una toalla azul dentro de la lavadora y no lo noté. ¿Me puedes ayudar, Zara? El capitán querrá su uniforme, para el servicio de mañana.

—Bueno, tendrás que lavarlos otra vez y quizás usar, un blanqueador. Debes ser cuidadoso; ya que si usas demasiado, lo podrías arruinar por completo.

—Sí, es lo más probable. ¿Lo harías por mí, por favor? Después de todo, yo te ayudé a entrar en el barco.

Zara lo miró de mal modo.

—Me ayudaste; muy bien. Lo haré por ti; pero lo consideraré como el pago completo, por lo que te debo. Así que, no trates de sobornarme otra vez.

Tony sonrió, alegre de nuevo.

—Gracias Zara, eres una muñeca —y le besó la mejilla, antes de depositar la ropa en sus manos.

—¡Hombres! —murmuró Zara, al verlo alejarse airoso.

Le tomó varias horas, devolver el blanco inmaculado a los uniformes; era más de medianoche cuando finalizó su trabajo y los colgó, en ganchos. Mack hacía la guardia, así que fue fácil llevar su uniforme a su camarote y dejarlo ahí, pero el camarote de Thor

estaba cerrado con llave y era evidente, que él se encontraba dentro. Zara titubeó en la puerta, preguntándose qué hacer.

No podía ver ninguna luz, lo cual indicaba que el capitán estaba dormido, y ella no quería molestarlo, en lo más mínimo. Zara recordó que cuando limpió el camarote, había visto un gancho para ropa a espaldas de la puerta. Pensó en abrir la puerta un poco, introducir la ropa y colgarla ahí con discreción.

Giró la perilla con suavidad y la puerta se abrió, fácilmente.

El camarote no estaba del todo oscuro; las cortinas no habían sido bajadas y la luz de la luna entraba por la escotilla, iluminando la figura del capitán. Zara trató de sentir el gancho con su mano, aguantando la respiración, pero se dio cuenta de que estaba un poco más lejos de lo que ella alcanzaba. Haciendo muecas, ella abrió la puerta un poco más y caminó de puntillas. En ese momento, la luz del corredor entró y Thor se sentó en la cama, sobresaltado. Zara lanzó un pequeño grito, asustada, y se volvió hacia él.

—¿Qué diablos haces aquí, tratando de deslizarte en mi camarote? —quiso saber Thor.

—¡Lo siento! No quise despertarlo —Zara se escurrió hacia la puerta, apretando el gancho con sus dos manos; abrió más los ojos al ver que las sábanas habían resbalado y era evidente, que el capitán no creía en pijamas.

—¡Espera!

La impetuosa orden la hizo quedarse quieta, pero se ruborizó.

—Pasa. Cierra la puerta —Thor se dio cuenta, de su desnudez— y… después, vuélvete de espaldas —ordenó.

Zara obedeció, escuchó cómo se movía y luego él le dijo:

—Muy bien, puedes volverte.

Él se había puesto unos pantalones de mezclilla, que aún abrochaba. La piel de su pecho era lisa, sin vello, y su musculatura fue enfatizada, por la luz de la lámpara.

—Muy bien, ¿qué haces aquí, espiándome en la oscuridad? —demandó.

Zara levantó el gancho con mano temblorosa.

—Le traje su uniforme.

—¿Por qué tú? Era obligación de Tony.

—Sí, bueno, él… está ocupado en este momento, así que yo lo traje.

—¿A esta hora?

—Bueno, sabemos que lo necesita por la mañana y…

—Y Tony pensó que lo reprendería, si no estaba a tiempo y es por eso, que te mandó a ti —repuso Thor, estudiando el rostro de Zara.

—Oh, no. Él no sabe que yo… —Zara se detuvo, dándose cuenta que se estaba metiendo en otro problema—… es decir, él me pidió que lo trajera más temprano, pero yo lo olvidé.

—O él olvidó traerlo y tú lo hiciste, para evitarle un problema —alegó él, incrédulo, y agregó riendo—: En realidad, te gusta Tony; muy bien, deja el uniforme. Y no trates de entrar así, nunca más. Toda una vida en alta mar, me ha enseñado a estar siempre alerta; así que siempre te escucharé. Ahora, vete.

—Sí. Lo siento. Bue… buenas noches —Zara abandonó el lugar, tan pronto como pudo y se dirigió a su camarote; pero el incidente la dejó tan nerviosa, que no pudo dormir.

El siguiente día, domingo, Thor llevó a cabo el servicio, para aquellos que desearan tomar parte. Era algo bastante informal, así que casi toda la tripulación estaba presente. Ese día, en especial, todos sabían que Tony había estado a cargo de lavar los uniformes y estaban deseosos, de mirar los resultados. Pero cuando Thor subió a cubierta con su uniforme, blanco e impecable, todos silbaron desilusionados.

Thor arqueó las cejas y los miró a todos, y posó la vista por un momento en Zara, quién se sonrojó un poco, y después en Tony, quién miraba la cubierta con fijeza. Thor lo miró con mofa y luego continuó su camino, para iniciar la ceremonia.

Él adivinó, pensó Zara mientras bajaba un poco su cabeza, al igual que los otros, en señal de reverencia. Con una sola mirada, él supo. A Zara le molestaba pensar que, con tan sólo una mirada, Thor sabía lo que estaban pensando; en especial, lo que ella sentía por él. Furiosa, deseó que lo que sentía por él, pasara rápido y se desvaneciera.

Al terminar las oraciones, todos levantaron sus rostros para cantar el himno “Para aquellos que murieron en el mar”. La mayoría de los hombres habían cantado el himno tantas veces, que lo sabían de memoria, pero Zara lo leía de la hoja que Mack le había proporcionado.

La joven sintió una mano en su espalda, era Tony, quien, siguiendo el ritmo del himno, le preguntó en un murmullo:

—¿Qué crees que pase, acerca de los uniformes?

Zara levantó los hombros en señal de respuesta, un poco molesta. Dirigió su vista hacia donde se encontraba Thor. Él se había quitado la gorra para el servicio, y su cabello claro era acariciando por la brisa. Zara sintió un gran dolor, en su corazón. Su anhelo creció, llenando sus venas y alcanzando lo más profundo de su alma. Sus manos empezaron a temblar y su voz se apagó, al mirar a Thor. Sus miradas se encontraron por unos segundos, que a Zara le parecieron una eternidad; después, ella desvió la vista y la

pasó sobre la hoja del himno. Pero ya no podía leer, ni hacer ninguna otra cosa, ya que, de repente, se había dado cuenta que no se trataba de atracción o deseo. Era amor.

Ahora, su vida no volvería a ser la misma. Si el viaje terminara y nunca más volviera a ver a Thor, ella podría encontrar felicidad o sufrimiento; pero sabía que su vida nunca estaría completa lejos de este hombre, del cual se había enamorado con desesperación.

El servicio terminó y Zara no lo notó. Thor dijo:

—Amén —seguido por—: Tony y Zara, los quiero ver en mi camarote.

Ella permaneció ahí, aferrada a la hoja que Mack le había dado. Mack se acercó a recogerla y le dijo:

—No te preocupes muchacha; hablaré con el capitán primero.

Zara no pudo hablar; sólo, asintió con la cabeza. Después, se dirigió al camarote. Tony se acercó y le puso la mano, en el hombro.

—Tú no tienes que ir Zara, yo iré y le diré al capitán, que fue mi culpa.

—Creo que es mejor que los dos vayan, como el capitán ordenó —recomendó Mack.

Después se adelantó por la escalinata. La puerta del camarote estaba abierta. Mack llamó, entró y cerró la puerta.

—¿Te sientes bien, Zara? —preguntó Tony—. No tienes buen aspecto.

—Sí, estoy bien —contestó, de un modo mecánico. Se apoyó a un lado de la puerta, deseando estar en otro lugar en vez de tener que enfrentar a Thor. Su rostro aún estaba pálido, cuando Mack salió del camarote y Thor los llamó. Él los miró y frunció el ceño al ver a Zara; pero antes que el capitán hablara, Tony dijo:

—La culpa es mía.

—Eso pensé, ¿qué pasó? —repuso y después, volvió a mirar a Zara.

—Había una toalla azul en la lavadora; así que los uniformes salieron de un color extraño. Le pedí a Zara, que los arreglara por mí.

—Ya veo —Thor miró a Tony, con el ceño fruncido otra vez—. Lo hicieron a propósito. Alguien pensó, que sería un buen chiste.

—¿De veras? —dijo Tony, aliviado e indignado—. ¿Cómo se atrevieron?, ¿quién fue?, me imagino que fue… —no terminó. No quería meter a nadie, en más problemas.

Thor lo miró burlón.

—Dile al resto de la tripulación que, si van a jugar bromas, por lo menos deberían tener la decencia de no permitir, que otros arreglen sus tonterías. Zara trabajó mucho, para sacarte del

problema. Ahora, vete.

—Sí, mi capitán.

Los dos se dispusieron a salir, pero Thor le dijo a Zara:

—Un momento por favor, Zara.

Ella se regresó, reacia.

—¿Sí, señor?

—Te ves cansada —dijo con rudeza—. No debiste quedarte levantada, hasta tarde. En el futuro, deja que Tony arregle sus problemas.

—No fue eso. Es que, no dormí bien.

—Espero no haberte avergonzado, ayer.

—No, claro que no —pero ella se sonrojó.

—Espero que no te molestes porque trato de disciplinarte, por haber ayudado a Tony. Sólo trato de ser justo. No voy a reprender a alguien, que no lo merece.

Ella levantó su rostro y, por primera vez, lo miró a los ojos.

—¿De veras? —dijo, con voz seca.

—Estás pensando en la ocasión, en que no creí lo que me dijiste —él encogió los hombros, con impaciencia—. Está bien, me equivoqué. Pero si lo ves de mi punto de vista, te darás cuenta de que…

—Sí, está bien —interrumpió Zara—. ¿Me puedo retirar?

Su interrupción, fue de muy mal gusto. Cuando Thor se levantó de su escritorio, ella esperaba que la reprendiera otra vez; pero en lugar de eso, él suavizó su voz al decirle:

—¿Ocurre algo, Zara? ¿Puedo ayudarte, de alguna manera?

Ella hubiera preferido que le gritara; era más fácil soportar su rudeza, que su dulzura.

—No. No hay nada que usted pueda hacer. ¿Puedo retirarme ahora?

Él asintió frunciendo el entrecejo, y le dijo:

—Recuerda que estaré aquí, si cambias de opinión. Y cualquier cosa que me quieras decir, siempre será confidencial. Nadie más lo sabrá.

Tratando de esconder sus nuevos y dolorosos sentimientos, ella asintió y se retiró.

Esta vez, él la dejo ir. Zara se encerró en su camarote; el único lugar donde podía encontrar intimidad en el barco. Se sentó en la litera; intentó calmarse, tratando de solucionar las cosas; un momento se sentía ilusionada y al siguiente, desesperada. La mayor parte del tiempo deseaba, que esto nunca hubiera ocurrido, que tan sólo hubiera sido atracción sexual. El juego del amor. Pero ahora todo había cambiado y nunca podría ser un juego; sólo uno, mortalmente serio. Ella no soportaría, ser rechazada por Thor; así

que era mejor, no intentarlo. Pero, no tratar, desperdiciar la oportunidad de obtener la máxima felicidad por temor a fracasar, podría ser aún más insoportable.

Con un torbellino en su cabeza, Zara se dirigió a iniciar sus deberes ese día; pero, por suerte, era domingo y no tenía mucho que hacer, excepto los emparedados para la comida y cocinar la cena. La tripulación quiso hacer una ocasión especial, de la cena tradicional los domingos, y se engalanaron, vistiendo ropa limpia. Zara siguió su ejemplo y se puso el vestido para playa, que Thor le había regalado.

Thor se sentó en la cabecera de la mesa y el resto de la tripulación, a los lados. Tony ayudó a Zara a llevar los platos, con las verduras y Zara tomó el plato con el asado y lo puso en frente de Thor, para que él cortara la carne. Ella no se atrevió a mirarlo, pero sabía que Thor la había recorrido con la vista. ¿Acaso pensaba, en la dueña original del vestido? Ella trató de alejar esos pensamientos de su mente y se sentó, lo más alejada que pudo de Thor, al lado de Pete, para ayudarlo a cortar su carne.

Pronto, todos estuvieron servidos. Zara ayudó a Pete, pero se dio cuenta de que ella no tenía apetito y no podía unirse a la conversación, como siempre lo hacía.

—¿No tienes apetito, Zara?

Ella miró a Thor al oírlo preguntar eso, y trató de sonreír. Haciendo un esfuerzo por conservar la normalidad de su voz, respondió:

—Ya sabe cómo es esto, cocinar para otros siempre quita el apetito.

—Por lo regular, no te afecta —dijo Pete, sonriendo—. De hecho, creo que comes muy bien.

—Tú también, en especial cuando Zara cocina —agregó Mack—. De hecho, creo que comes como cerdo.

Gracias al buen humor del grupo, Zara pudo continuar sentada sin ser notada. Cuando acabaron de comer el platillo principal, ella levantó los platos y llevó a la mesa un gran platón de pudín, acompañado de una salsa especial, para cubrirlo; después regresó a la cocina y se ocupó, poniendo los platos en el lavaplatos. Mack la llamó, preguntándole si quería budín, y ella respondió:

—No, gracias; me haría engordar.

Salió de la cocina con discreción y subió, a cubierta. Arne estaba al timón y Steve vigilaba a media altura, del mástil principal. El sol ya se había metido y sólo quedaba una aureola dorada, en el horizonte. “Un día que recordaré, el resto de mi vida”, pensó Zara al subir, para apoyarse de la barandilla. Permaneció ahí por un momento, dejando que sus pensamientos siguieran su trágico curso.

De repente se sintió tan desesperada, que las lágrimas brotaron de sus ojos.

Escuchó los pasos de Thor y sus ojos estaban demasiado húmedos, como para limpiarlos por completo al oír su nombre y volverse, hacia él.

—¿Sí?

Ella estaba sentada, cerca de la lámpara y él escudriñó, su rostro.

—La tripulación, quiere agradecerte la cena; dijeron que ha sido la mejor cena que han comido en domingo, a bordo.

—Qué amables. Me alegro, de que les haya gustado.

—¿Te sientes mal, Zara?

Ella sacudió su cabeza y trató de aparentar, que se sentía bien.

—No, me siento bien, de verdad.

Él asintió; pero era obvio, que no estaba convencido.

—Hiciste un buen trabajo con el vestido, te queda muy bien.

Un cumplido muy pobre; pero el mejor que le había hecho. Zara levantó la cara y preguntó:

—¿A quién pertenecía?

—A una chica que viajó con nosotros, una vez.

—¿Como pasajera o como parte de la tripulación?

—En definitiva, como pasajera —respondió, con una carcajada.

—¿La novia de alguno de la tripulación? ¿Tal vez la suya?

Thor la miró con tal frialdad, que ella tembló.

—¿Por qué tanto interés?

Ella cruzó los brazos sobre su pecho, sujetando sus hombros. Después, elevó el tono de voz al decir:

—Por nada. Tan sólo me preguntaba, a quién pertenecía. Discúlpeme —y de prisa, bajó la escalinata.

Pero Thor la siguió, a pasos agigantados; así que cuando ella alcanzó el corredor, él estaba a tan sólo unos pasos de ella. No había nadie; la tripulación, todavía estaba en el salón.

—Zara, espera.

Ella se detuvo de espaldas a Thor, pero él le puso una mano en la espalda y la hizo volverse.

—Lamento haberte molestado. No fue mi intención. Zara, ¿me tienes miedo? —preguntó él, de repente.

Por un largo rato ella no respondió; pero después, todavía mirándolo a los ojos, le dijo:

—Sí, sí, le temo mucho.

—Pero, no tienes por qué. El capitán de un barco tiene que ser estricto, mas no quise atemorizarte; es lo que menos quiero hacer.

Ella sintió, que él le apretó los brazos. Grandes olas de deseo se desbordaron en su interior, al sentir su cercanía, su tacto.

—¿De veras? —Zara suspiró, abriendo sus labios de un modo sensual.

—Sí, claro… Yo… —Thor se quedó callado, al acercarse más a ella y descubrir el deseo, en su rostro.

Zara sintió la tensión, en las manos de él.

Thor suspiró y después, acercó sus labios a los de ella.

Zara gimió de placer y correspondió al beso con doble pasión, desatando sus emociones. Su felicidad llegó a la culminación, al rodear el cuello de Thor con sus brazos y acercar más su cuerpo, ardiente de deseo. Lo escuchó gemir, y sintió las manos de él recorrer su cintura. Zara murmuró el nombre de Thor, contra los labios masculinos y no se dio cuenta, de su cambio. De repente, él la empujó de una manera violenta, apartándola de sí y haciendo, que se golpeara contra la pared.

—¡Eres una cualquiera! ¡Siempre supe, qué tipo de mujer eras!

Después, con una mirada de repulsión, se alejó; dejando a Zara en un mundo de cenizas.

Capítulo 6

Hubiera sido fácil para Zara, fingir que estaba enferma y quedarse en su camarote, todo el día; pero era demasiado orgullosa, para eso. Se levantó a la hora de siempre y preparó el desayuno para la tripulación, aparentando estar tan contenta como siempre. De hecho, lo hizo tan bien que nadie notó las oscuras ojeras, producto de una noche sin sueño. Le pidió a Ken, que llevara el desayuno a Thor a su camarote; verlo esa mañana, era más de lo que podía soportar. Fingir en frente de la tripulación, era una cosa; hacerlo frente a Thor, era otra.

Por suerte, esa mañana el mar estaba picado, así que Thor estaba ocupado en la cabina al tanto del radar, o al lado del timonel. Zara no se encontró con él, sino hasta el atardecer. Había ido a tirar los desperdicios de la comida por la borda. Por desgracia, el barco cambió de curso en el momento en que ella lo hizo, así que algunas cáscaras de jitomate y manzanas volaron de regreso, hacia la cubierta limpia. Zara se inclinó a levantarlas y encontró a Thor ahí.

—¿Todavía no has aprendido algo tan sencillo, como la dirección del viento? —demandó él con rudeza—. Deshazte de los desperdicios y limpia la cubierta.

Zara obedeció de inmediato. Cuando terminó de limpiar la cubierta y bajó, Steve la siguió.

—El capitán dice, que no limpiaste bien y que tienes que hacerlo, otra vez —indicó, mirándola con sorpresa—. Yo creo que está bien.

—Algo se me ha de haber olvidado —repuso, y esta vez llevó un cepillo y limpió de rodillas. Cuando estaba terminando, se dio cuenta de que Thor la observaba. Él se acercó, para examinar su trabajo; pero no pudo encontrar nada, de qué quejarse.

—Está bien —dijo, con rencor.

Pero esa noche, durante la cena, Zara no podía concentrarse en lo que hacía, así que la cena parecía hecha por Ken. No metió el pan al horno, sino hasta el último momento y, por lo tanto, estaba casi crudo. Thor remarcó cada uno de sus errores durante la cena, mientras que Zara fijó la vista en su plato, sin decir nada. Después de la cena, él fue a la cocina y le ordenó, limpiar el lugar:

—Este lugar, es un asco. Me sorprende, que no hayamos enfermado del estómago. No puedes irte a la cama, hasta que esté impecable.

En otra ocasión, Zara hubiera peleado indignada; sabía que su trabajo en comparación con el de Ken, era muy superior; pero esa noche, no le quedaban fuerzas para eso.

Los hombres en el salón, habían escuchado a Thor; así como sus quejas, durante la cena. Tan pronto como Thor se retiró a su camarote, Tony y Pete se dirigieron a la cocina.

—¿Qué le pasa al capitán? —inquirió Pete—. Está como un león.

Zara, se encogió de hombros.

—Quemé el pastel.

—Sí, pero Ken quemaba todo y el capitán nunca le habló, como lo hizo contigo hoy. ¿Qué hiciste, para que esté furioso?

—¿Cómo quieres que sepa? —respondió, irritada—. Será mejor que empiece a limpiar; si no, él, tendrá otro pretexto para reprenderme.

—Yo te puedo ayudar —ofreció Tony.

—Gracias, Tony, pero en realidad el lugar es demasiado pequeño para dos personas. No te preocupes, yo lo haré.

Se puso a trabajar, muy sombría; fregó y lavó, hasta que sus manos estaban irritadas. Cuando terminó y vio el lugar brillando, se sintió satisfecha y se fue a dormir, agradecida. El trabajo había sido una bendición, pues se durmió de inmediato. Sólo para despertarse por la madrugada, sobresaltada, ya que alguien golpeaba la puerta y le gritaba, para que saliera.

Todavía medio dormida, Zara se levantó y abrió la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Se está hundiendo el barco?

—¡No! —los ojos de Thor la barrieron y gritó, furioso—: ¿Quién te dio permiso de irte a dormir, antes de terminar el trabajo que te ordené hacer?

—Pero limpié la cocina —protestó ella.

—Tal vez esté limpia, bajo tus estándares; pero no, bajo los míos. Vístete y repórtate, en cinco minutos.

Ella sintió que su alma se llenaba de enfado al mirarlo, inflexible; pero después, un gran sentimiento de dolor la sustituyó, y se volvió para obedecerlo.

—Muy bien.

—¿Qué dijiste? —preguntó él, con dureza.

—Dije que estaba bien —ella hizo una pausa y, sin mirarlo a los ojos, corrigió—: quiero decir, sí, capitán.

—Está mucho mejor.

Él había sacado las ollas de la alacena, las parrillas del horno, movió el horno de microondas; todo para encontrar, lo que Zara no había limpiado.

—Dije que quería la cocina inmaculada —le repitió—. Ahora, a trabajar; estaré vigilando, de cerca.

Eran pasadas las dos de la mañana, cuando él la dejó irse a dormir. La guardia había cambiado a la medianoche, y los hombres que bajaban para su siesta la encontraron, con una cubeta de agua

jabonosa y un cepillo, fregando detrás del horno. De inmediato, Steve la levantó del suelo y, tomando el cepillo, le dijo:

—¡Vamos, déjame hacer eso!

Pero Thor estaba atrás de él y le dijo, furioso:

—Es el trabajo de la chica; déjala hacerlo, sola.

—Pero, capitán, Zara está muy cansada.

—Si alguna vez llegas a ser capitán, cosa que dudo mucho, entonces podrás dar tus propias órdenes; mientras tanto, obedece las mías. Ahora, llévense sus bebidas y déjenla, terminar su trabajo.

—¿Qué diablos le pasa al capitán? —preguntó Steve, cuando Thor se había ido.

Nadie respondió, y Zara evitó su mirada, al quitarle el cepillo.

—Gracias, de todas formas…

Cuando Thor regresó, se las arregló para encontrar un poco de polvo en una esquina del techo, que Zara no podía ni ver.

Al decirle que limpiara ahí, lo miró como retándola; pero ella no dijo nada; no le daría otra excusa, para que él gritara. Encontró una caja y empezó a limpiar. Estaba tan cansada, que casi no podía mantener los ojos abiertos. El barco se balanceó al pasar por una ola alta y Zara se cayó, golpeándose el brazo con el lavaplatos. Por un momento, ella vio estrellas, pero después se incorporó y se las arregló para terminar el trabajo que Thor le había impuesto, con la mano izquierda.

Cuando él regresó, ella estaba apoyada contra la pared; con los brazos cruzados para esconder, el moretón que tenía en el codo. Su rostro mostraba un gesto de determinación: no lloraría; ¡no, señor! Siguió con la vista a Thor, mientras este inspeccionaba cada pulgada de la cocina; pero después se volvió, desilusionado. Todo estaba reluciente. No había nada, de lo que pudiera quejarse.

—Muy bien, te puedes ir. Pero asegúrate de que la cocina se conserve así, de hoy en adelante.

Ella lo miró, sin pestañear.

—Dije, que te puedes ir —repitió Thor.

—¿Me lo está ordenando?

—Claro que no, a menos que quieras quedarte y limpiar otra vez —repuso, burlándose.

Ella no dijo nada, y él sonrió mofándose, antes de marcharse.

Zara suspiró, casi temblando, y dejó caer sus brazos. Sus manos estaban irritadas y ásperas, y su codo muy lastimado. Cuando regresó a su camarote, no tuvo fuerzas para cambiarse de ropa, simplemente se recostó en la litera y durmió, exhausta.

La actitud de Thor fue la misma, durante los días siguientes. Él encontraba algo malo, en todo lo que ella hacía, y la castigaba sin piedad, haciéndola repetir su trabajo dos y hasta tres veces. Zara

sabía el porqué de su enojo; no sólo porque creía que era una cualquiera, como pensó al principio; sino también debido a que él mismo, no se había podido resistir a besarla. Y haciéndolo, él había traicionado a la mujer a quien amaba, ¿la que le escribía desde Dinamarca? Así que, se desquitaba con ella.

Cuando alguien de la tripulación se daba cuenta de lo que pasaba, se asombraba; no reconociendo este nuevo aspecto, en la personalidad del capitán. Cuando trataban de ayudarla, Thor les ordenaba no hacerlo o les imponía más trabajo, para mantenerlos ocupados. La atmósfera en el barco cambió; de ser agradable y cordial, se convirtió en tensa y fría. Zara aceptaba todo lo que Thor le imponía de una manera estoica, sin la menor queja, y determinada a no permitir, que él viera sus debilidades. Por desgracia, no había guantes de hule, para proteger las manos; ya que se suponía que el barco, sólo tendría tripulación masculina; las manos de Zara se irritaron demasiado, y las yemas de sus dedos, sangraban. Ella se las arregló para esconderlas, la mayor parte del tiempo; pero un día Mack entró en la cocina de repente y la encontró, tratando de amarrarse bolsas de plástico en las manos.

—¿Qué estás haciendo, Zara?

—¡Nada! —tiró las bolsas y escondió las manos, detrás de su espalda.

—Déjame mirar.

—¡No es nada, de veras! —dijo, forzando una carcajada—. ¡Sólo vanidad!

Pero él la tomó del brazo y la obligó, a mostrarle las manos.

—¡Santo Dios! Zara, tus dedos están en carne viva. Debes curarlos y vendarlos, de inmediato. Ven conmigo, yo…

—¡No, no!, están bien.

—¡No es verdad, Zara! Deben de dolerte mucho. Tienes que hablar con el capitán y… —se interrumpió al ver la alarma, en los ojos de Zara—. ¿Qué pasa entre tú y el capitán? Te ha tratado como basura, durante la última semana. ¿Qué hiciste, para que esté furioso?

—No tiene importancia.

—¡Claro que importa! Él no pude continuar, tratándote así. Voy a hablar con él, para hacerlo reaccionar —repuso, enfadado.

Él se dispuso a ir, pero Zara lo tomó del brazo.

—Mack, por favor, no lo hagas. Sólo empeorarás las cosas. Él pensará, que yo te envié.

—Pero ésto, no puede continuar. Tú no puedes, soportarlo más.

—Sí, sí puedo —respondió, valerosa— voy a soportar, todo lo que me haga. No permitiré, que se salga con la suya.

—¿Quieres decir que ésto es, entre tú y el capitán? —se

sorprendió.

—Sí, me temo que sí —ella miró a lo lejos, temerosa de revelar demasiado.

Pero Mack llegó a sus propias conclusiones, porque dijo casi de inmediato:

—Bueno, creo que ya es tiempo de que lo arreglen; no puedes continuar, así.

—Falta menos de una semana, para finalizar el viaje —le recordó Zara—, así que las cosas se arreglarán solas, ¿no crees?

—En verdad, lo dudo. Pero mientras tanto, tienes que hacer algo por tus manos. No, no te preocupes, yo mismo iré al camarote del capitán, por el botiquín de primeros auxilios y te vendaré. Si él dice algo, le diré que te quemaste con la estufa.

Zara abrió la boca como para protestar, pero la cerró de nuevo al ver la determinación en el rostro de Mack. Él regresó al poco tiempo con el botiquín y asintió con la cabeza, para responder las ansiosas preguntas en los ojos de Zara.

—Todo está bien; él no estaba ahí —él le vendó las manos, pero le advirtió:

—No soy muy bueno para esto. El capitán es el experto. Es el único con conocimientos de medicina, a bordo.

—Está bien, gracias. Ahora, ponme las bolsas de plástico encima, para poder continuar con mi trabajo. Hay unas ligas, para asegurarlas.

—No debes hacerlo, Zara.

—Alguien tiene que hacerlo.

Mack hizo lo que Zara pidió, pero no le gustó mucho.

—No parece que vayan a durar mucho; trataré de idear algo mejor.

—Gracias Mack, eres un ángel —levantándose, le besó la mejilla.

—¡Oh, muy bonito! —el corazón de Zara latió con temor, pero ella suspiró al ver que se trataba de Pete—. Con que, besando a los oficiales.

—Zara y yo pertenecemos a una sociedad, de mutua admiración; la cual no incluye, rangos inferiores —dijo Mack, bromeando—. ¿Cómo sigues de tu brazo? —añadió.

—Me duele mucho —respondió, con una sonrisa—. Zara, ¿por qué tienes esas bolsas en tus manos?

—Es la última moda.

—Respuestas tontas, a preguntas tontas —Pete suspiró, y después se dirigió a servirse una taza de café—. Ya en serio, ¿por qué…? —se interrumpió al ver que Thor, entraba en la cocina.

Sus ojos de inmediato se posaron en el botiquín, que yacía aún abierto.

—¿Quién está herido? —le preguntó a Mack.

—Nadie —respondió él, con amabilidad—. Sólo estaba revisando, el brazo de Pete; eso es todo.

Pete pestañeó, pero se mantuvo serio cuando Thor miró con frialdad a Zara; quien había escondido sus manos.

—Creo que te ordené limpiar las duchas. ¿Por qué no lo haces, en lugar de hacer perder el tiempo a la tripulación?

Él se dirigió a servirse su café y Zara aprovechó el momento, para tomar la cubeta y salir. Después, empezó a limpiar con la solución jabonosa de la cubeta.

El resto del día fue casi perfecto, ya que Thor tomó sus comidas en su camarote; pero la noche siguiente las cosas empeoraron, pues Thor eligió cenar en el salón, así que Zara se quitó las vendas, para que él no las viera. Ella había cocinado asado, la tripulación esperaba que lo sirviera; pero cuando Zara sacó el platón del horno, el calor traspasó el trapo que ella usaba, lastimándose sobremanera. Ella gritó involuntariamente y soltó el platón. Por instinto, trató de salvarlo, pero la tapa cayó y el jugo caliente de la carne, le quemó la mano. Ella gritó y los hombres entraron, corriendo.

Zara estaba apoyada en el lavaplatos, casi sollozaba por el dolor. Todos fueron a ayudarla, pero Thor gritó:

—¡Retrocedan!, no hay lugar para todos ustedes —después miró a Zara—; ¡prepáranos otra cosa de comer y después, limpia lo que tiraste!

—¡Pero Zara se quemó! —exclamó Steve.

—Bueno, eso le enseñará a no ser tan torpe, de ahora en adelante.

Thor se dispuso a ir al salón otra vez, pero se encontró con una barrera formada por los miembros de la tripulación, quienes lo miraban con expresión de furia.

Después, Mack se abrió camino entre los demás; él era mucho más bajo que Thor, pero lo enfrentó del mismo modo.

—¿Por qué diablos no escoge a alguien de su tamaño, capitán? —demandó, furioso—. ¿O su idea de un oponente justo, es esta chica indefensa?

De pronto, se volvió y tomó a Zara del brazo, llevándola hacia Thor.

—¡No! —ella trató de resistirse, pero él la tomó de las muñecas y volteó las palmas, para que Thor pudiera verla.

—¡Mire esto! ¡Ella no es un hombre!, ¡ella no puede acostumbrarse, al trabajo que usted le está imponiendo!, pero la ha estado molestando, haciéndola víctima de su enfado. ¡No sé qué razones tenga, pero no me importa! ¡Creo que ya llegó, demasiado lejos!

Thor escuchaba lo que Mack decía, pero sus ojos estaban fijos en las manos de Zara. Ella trató de soltarse de Mack, enfadada por su traición.

—¡Estoy bien!

—No estás bien. Necesitas vendar tus manos otra vez, y ahora están quemadas también. Steve, trae el botiquín —ordenó Mack.

Steve obedeció a Mack, de inmediato. Thor levantó la vista y miró a los hombres, en el umbral y después, a Mack. Su rostro palideció.

—¡Aquí está! —Steve, llegó con el botiquín.

Mack la llevó al salón.

—Ven y siéntate, Zara, déjame ver. Steve, busca un ungüento, para quemaduras.

—Yo la curaré —intervino Thor—. Ken, tal vez tú puedas preparar algo para cenar; los demás, pueden limpiar la cocina.

Los hombres se miraron entre sí; pero el momento de rebelión se había acabado y obedecieron. Después de un momento de titubeo, Mack se retiró y dejó a Thor hacerse cargo; pero permaneció parado, mirándolo.

—Debiste haber curado ésto, antes —dijo Thor, al mismo tiempo que tomaba las manos de Zara, para examinarlas.

—Ella lo hizo, pero se quitó las vendas, para que usted no lo notara —repuso Mack—. Es orgullosa y terca, como mula. Si me pregunta, los dos están totalmente locos.

—No te pregunté —repuso Thor—. ¿Por qué no vas a cubierta y te haces cargo, del barco?

Esta vez, Mack titubeó por momento, pero después le dijo a Zara:

—Envía a alguien, si me necesitas.

Ella asintió, sin mirarlo; se estaba concentrando para que sus manos no temblaran, por el contacto de Thor.

Cuando Mack se fue, Thor le dijo a la joven:

—Tontita, ¿por qué no me lo dijiste?

Las manos de Zara se quedaron quietas y sus ojos grises, fríos y claros, lo miraron con fijeza.

—Usted sabe, por qué —respondió, con brevedad.

Los ojos de Thor, buscaron los de Zara. Había enfado en ellos, pero al mirarla a la cara, el enfado se transformó en asombro.

—No te entiendo —manifestó—. Por un momento te portas como una mujer de la calle, pero después tú… —el miró sus lastimadas manos— después eres lo suficientemente obstinada y orgullosa, como para llegar a esto.

Ken entró en ese momento, con una canasta de pan.

—Casi salvamos todo el asado —dijo, contento—, y el pan está

en perfecto estado; así que podremos comer, tan pronto como termine, capitán.

—Qué bien —Thor se animó otra vez y, cuando terminó de vendarla, añadió—: Listo, por ahora. La quemadura no es de gravedad. Pero, no debes mojar tus manos. Mañana las examinaré.

—Gracias —expresó Zara, de inmediato.

Pero Thor pensó, que aún lo decía con sarcasmo y le dijo:

—Muy bien, no tienes que reprochármelo otra vez.

—No quise hacerlo… Yo… —pero Thor, ya se había ido.

Era una tregua difícil. Ahora que los trabajos forzados se habían eliminado, sus manos empezaron a sanar; pero ella no estaba tan segura, de querer recobrarse por completo; ya que cada mañana, después del desayuno, tenía que ir al camarote de Thor para que le cambiara los vendajes. Era una media hora, que ella esperaba con anhelo y, al mismo tiempo, quería evadir. Era una oportunidad de estar cerca de él, de sentir su tacto, para dejar que su amor creciera y se fortaleciera con la cercanía de él. Pero Thor era siempre frío y lacónico. Nunca decía nada, de no ser alguna instrucción, para que ella ayudara a quitar las vendas o alguna reprimenda, por haberse mojado.

Ese día, más tarde, Mack le dio a Zara un par de guantes, confeccionados con uno de los trajes de hule.

—Oh, Mack, son justo lo que necesito. Muchas gracias. Pero espero que no hayas cortado tu propio traje de hule, para hacerlos.

—El capitán me dio, su chaqueta de repuesto.

—Oh —Zara no pudo decir nada más, pero como no tenía tanto trabajo, le sobraba tiempo para pensar. Pasaba la mayor parte del tiempo, tomando el sol en la cubierta. Tenía un libro, pero solamente lo leía cuando se acordaba; también usaba lentes oscuros para que nadie notara cuando miraba a Thor, al lado del timonel. Todos sus pensamientos eran acerca de Thor, como si no existiera nada más importante en el mundo. Haberse enamorado, había cambiado su vida por completo. Hasta el gran optimismo que ella siempre conservó y que siempre la ayudó a salir adelante y sobreponerse a los problemas, la había abandonado. Se sentía vulnerable y deprimida, convencida de que nunca encontraría la felicidad con Thor. Se había enamorado de alguien, que odiaba a las mujeres.

A pesar de que él ya no la despreciaba abiertamente, ni trataba de molestarla más, aún existía una muralla de reserva, que Zara no podía romper. De hecho, ella no trataba más. Era como si el amor hubiera eliminado toda su energía, su confianza en sí misma y su natural vivacidad.

Al pasar de los días, las horas que quedaban se tornaron más

dolorosas y, a la vez, preciosas. Thor no ocultaba el hecho de que tan pronto llegaran a Rodas, él la bajaría del barco y se alegraría al verla partir. De cierto modo, Zara también quería llegar, para no tener que sufrir el dolor de verlo todos los días, y para tratar de reponerse de aquellas emociones estúpidas y destructivas, con un poco de dignidad. Pero la idea de dejarlo de ver para siempre, era casi insoportable, y en esos momentos, ella anhelaba poder detener el tiempo, para que, por lo menos, pudiera descansar su vista en la figura alta y musculosa de Thor; pensaba en lo que pudo haber sido.

—¡No sabía que eras antípoda, Zara! —comentó Pete, al recostarse al lado de ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zara, volviendo a la realidad.

Pete tomó el libro que Zara leía y lo volteó.

—Has estado leyendo el libro al revés, por media hora.

—;Oh! —ella se ruborizó—. Debí de haberme quedado dormida.

—Bueno con certeza, soñabas despierta. ¿Quieres que te aplique bronceador, en los hombros?

—Sí, por favor.

Zara tenía puesto el bikini qué ella se había confeccionado; su piel estaba tomando un precioso bronceado dorado, pero el sol del Mediterráneo era bastante fuerte y era mejor, tomar precauciones.

Como Pete sólo podía usar una mano, sus esfuerzos por aplicarle el bronceador sólo los hicieron reír.

Thor se encontraba sobre cubierta, pero bastante alejado de ellos; le enseñaba a Steve a leer la posición del barco, usando un método antiguo. Al oír sus risas, se distrajo por un momento y los miró. De inmediato permaneció quieto y abstraído, observándolos; pero después se volvió y continuó, hablando con Steve.

—Es una pena, que tú no puedas hacer lo mismo por mí —comentó Pete, ansioso.

—¡No creo que lo necesites!, tu piel ya está tan gruesa, como la de un rinoceronte.

—¡Gracias! —Pete estaba acostumbrado a este tipo de bromas, y en realidad le gustaban. Volviendo a la normalidad, él preguntó—: ¿Qué vas a hacer cuando lleguemos a Rodas, Zara?

—Ojalá pudiera saber. Espero que la reposición de mi tarjeta de crédito esté lista, para poder disponer de dinero. No creo que tenga suficiente para mi boleto a Inglaterra, así que es muy probable que busque trabajo en Rodas. Tal vez tenga suerte y pueda conseguir algo, en un crucero o en algún hotel de la isla.

—¿Por qué no vas a Australia?

—¿Australia? No me gustaría viajar tan lejos sola. Además, no tengo suficiente dinero.

—Podrías viajar conmigo —dijo Pete, sorprendiéndola.

—Pero tú no tienes que abandonar el barco. Thor, el capitán, te permitiría quedarte aunque tu brazo este roto, ¿no es así?

—Claro, pero no intento quedarme para siempre. Me uní a la tripulación porque quería conocer Europa; pero tengo un trabajo esperándome en la estación de mi padre de Australia.

—¿Quieres decir, que trabajarás en un ferrocarril?

Pete lanzó una carcajada.

—¡No, tonta!, es una estación de ganado bovino, en las praderas.

—Pero, ¿crees que me gustaría? —Zara sonrió—. ¿Crees que las bailarinas y las ovejas, hacen buen equipo?

—Me imagino que tendrías éxito, a donde fueras. Tienes, mucho valor.

Viniendo de Pete, ese era un gran cumplido. Zara se acercó a él y le tocó el hombro, agradecida.

—Gracias, Pete, pero yo… —una sombra cayó sobre ellos y Zara se volvió.

Thor y Steve se encontraban, muy cercanos. Ella, se levantó.

—Disculpa, será mejor que me asegure de que Ken, no queme la cena.

Thor la miró partir, mientras sonreía de forma sardónica. Zara podía adivinar, lo que estaba pensando: que ahora ella, trataba de usar sus encantos con Pete. No importaba lo que hiciera, no podría ganar, pensó con amargura.

Con Zara supervisando, Ken mejoraba bastante; pero si ella no estaba ahí, él se aburría y escuchaba la radio o leía una revista, mientras la comida estaba lista; así que siempre se distraía y se le quemaba, otra vez. Zara pensaba que cualquier otro miembro de la tripulación, haría un mejor trabajo; pero Ken era el que tenía más tiempo libre, sobre todo, cuando el barco avanzaba con las velas.

Había pasado casi tres semanas, desde que Zara se introdujo al barco, cuando llegaron a la bahía de Rodas. Llegaron de mañana, se acercaron a la isla desde el oeste, así que el sol iluminaba las velas, haciéndolas parecer doradas. Thor había ordenado que las banderas de todas las nacionalidades se izaran, para que el “Espíritu del Viento” se mostrara fuerte y hermoso, al acercarse a la isla. Ellos rodearon la isla tan cerca de la playa, que Zara podía ver gente mirando y saludando con las manos.

Después, pudieron apreciar las inmensas hileras de paredes y torres, de la fortaleza de los caballeros de San Juan de Jerusalén, que dominaban la bahía.

Zara permaneció sobre la cubierta, arrobada por la vista, pero tratando de no estorbar, ya que la tripulación enrollaba las velas y Thor dirigía el barco al antiguo puerto de Mandraki, a través de un pasaje muy angosto, el mismo que el legendario Coloso de Rodas

había pasado, con una de sus piernas en cada extremo de la bahía. La tripulación tomaba fotografías, ya que el lugar era bastante pintoresco, con la antigua fortaleza y una hilera de molinos.

Anclaron con rapidez y de inmediato una multitud se acercó a admirar el barco, con ojos nostálgicos y envidiosos. La pasarela fue bajada y el oficial encargado de la bahía subió a bordo, junto con un oficial de aduanas. Zara los vio subir y la alegría de haber visto el maravilloso panorama, se vino abajo.

Thor llevó a los oficiales a su cabina, y ella sabía que una de las cosas que él haría en primer lugar, sería bajarla del barco.

Dándose cuenta de la tristeza en su rostro, Tony se acercó a ella y le dio una palmada en la espalda.

—No te preocupes, Zara; después de todo, pronto estarás en casa.

—¿En casa? —ella sonrió con amargura—. En realidad no tengo una casa, ni tampoco tengo a dónde ir y no quiero ir, a ningún lugar.

—Nosotros tampoco queremos perderte —repuso Tony sintiendo pena—. ¿Verdad, muchachos?

—¿Verdad, qué? —preguntaron Ken, Arne y Steve.

—Estaba diciendo, que nosotros no queremos perder a Zara.

—¿Qué no queremos? —dijo Ken—. Ahora, tendré que cocinar de nuevo.

—Y nosotros tendremos que comer lo que cocines —añadió Arne, con una mueca—. ¿Por qué no le preguntas al capitán si te puedes quedar con nosotros, mientras estamos en Rodas? Así tú podrías ganar algo de dinero y estarías entre amigos.

—¡Me encantaría! —dijo la joven, ilusionada—. Pero no creo que sea buena idea, ya saben que él se quiere deshacer de mí. Ya empaqué mis cosas y estoy lista, para irme.

—¡Es una pena! —exclamó Tony—. Nosotros necesitarnos a Zara, y aun así, el capitán la va a bajar del barco, sin saber si tiene dónde quedarse o si tiene dinero para pagar por su hospedaje.

—Él me permitió viajar con ustedes —señaló Zara—; eso es lo que prometió. Siempre supe, que tendría que abandonar el barco en Rodas.

—¿De veras? —Arne movió la cabeza, en un gesto de desaprobación.

Los hombres se acercaron a donde Mack y Pete hablaban y se unieron, a la conversación.

Después, Thor subió a la cubierta acompañado por los oficiales y habló con Pete.

—Pete, ya arreglé que vayas al hospital para que te revisen el brazo. Aquí tienes la dirección y dinero griego, para el taxi. Si

resulta que tu brazo está roto y tienes que quedarte por más tiempo, puedes hablarle al oficial de la bahía y él nos dará el mensaje.

—Muy bien, capitán. Gracias —respondió Pete—, primero me cambiaré de ropa —y tomó el dinero.

Thor se volvió y se dirigió a Zara.

—¿Puedes venir a mi camarote, por favor?

Ella lo siguió, tratando de no mostrar ninguna emoción.

—Ya hablé con los oficiales de la aduana acerca de ti —dijo abruptamente—. Todavía no les envían la reposición de tu pasaporte. Tendré que ir al consulado británico en la ciudad, para ver qué está pasando. Pero recibieron esta carta, de tu banco.

Zara la tomó y no la abrió.

—Ya les expliqué tu posición y me dijeron que, tan pronto como recibas tu pasaporte, podrás dejar Rodas. Por desgracia, hasta que esto suceda, tendrás que quedarte a bordo. Pero si tengo suerte, creo que lo podré recoger más tarde para que puedas bajar. Eso es todo, te puedes ir.

La voz de Thor había sido más fría y despiadada, que de costumbre. Ni siquiera la miró al hablarle. Zara no se merecía eso. Ella no tenía la culpa de que él, por un momento, hubiera sucumbido a su propia debilidad, su propio deseo. Ella levantó el rostro y le dijo:

—Me gustaría darle las gracias, por no haberme llevado de regreso a Orán. Estoy muy agradecida, porque me permitió viajar con ustedes. Estoy lista para irme, cuando usted así lo quiera.

Thor levantó la cara y, por un momento, ella pudo ver que sus ojos parecían atormentados. Pero después, él desvió la mirada y lo único que denotaba su gran tensión interior, eran sus nudillos apretados. Él asintió, con brevedad.

—Te lo haré saber, tan pronto como tenga tu pasaporte.

Cuando Zara salió del camarote, se sentía temblorosa. Se dirigió al salón, se sentó y miró el sobre; pero sus manos temblaban demasiado como para poder abrirlo. La mirada de Thor le había revelado mucho. Ella pensaba que la actitud de Thor hacia ella estaba motivada por el enfado, pero tal vez había más que eso. Quizás él también sentía algo por ella y trataba de sobreponerse. Ese pensamiento la dejó sin aliento y, por un momento, llenó su corazón de esperanza. Si él la quería, entonces tal vez había otra oportunidad.

Pero sus esperanzas se desvanecieron. Aun si Thor sintiera algo por ella, era evidente que no iba a rendirse. Fueran cuales fueran sus razones, él ya tenía decidido que no quería relacionarse con ella. La única alternativa que había era, tratar de olvidarlo. Ella puso su mente en blanco por un momento, sintiéndose deshecha,

hasta que Pete apareció.

—¿Zara?

—¿Sí?

—Voy a ir al hospital. ¿Qué pasó con el capitán? ¿También tú vas a bajar? No quise irme, sin despedirme.

Zara asintió.

—Todavía no han enviado mi pasaporte. El capitán dijo que él lo recogería más tarde. Cuando lo tenga, me iré.

—¿Quieres marcharte?

Ella miró hacia la mesa y tomó el sobre, apretándolo hasta arrugarlo.

—Es lo mejor. El capitán no quiere, mujeres a bordo.

—¿Es una carta de tu madre? —preguntó Pete.

—No, es de mi banco —ella lo abrió y leyó el contenido. Se quedó mirándola por un momento y, de repente, soltó una carcajada histérica.

—¡Era, lo que me faltaba!

—¿Qué es? —antes que ella pudiera detenerlo, Pete le arrebató la carta de las manos.

—Dice que tu cuenta está sobregirada y te piden, pagar el déficit. Y señala que todo tú dinero, fue retirado en Orán.

Zara se rió otra vez, con amargura.

—Me imagino, que fue la venganza de Ali Messaad.

—Bueno, esto lo decide —murmuró Pete— no puedes abandonar el barco, si no tienes dinero.

—¡Claro que puedo! —Zara le arrebató la carta—. Soy una ciudadana británica; puedo ir al consulado y pedir algún dinero prestado, mientras consigo un trabajo.

Pete se quedó boquiabierto.

—Y no se te ocurra ofrecerme dinero, Pete, porque no lo aceptaré. Tú eres mi amigo y no acepto dinero, de mis amigos. Y no le menciones esto al capitán. Él me ofreció traerme a cambio de trabajo y eso es lo que me dio. No me debe nada, ni yo a él, y quiero que se quede de ese modo. Prométeme que no dirás una palabra de esto, Pete.

Él se levantó, indignado.

—¿Puedo hablar ahora? Mira, si quieres continuar tú sola, ese es tu problema. Pero, por favor, avísame dónde te quedarás, eso es todo. ¿Prometes hacerlo? Hemos sido buenos amigos y me gustaría, mantener nuestra amistad.

—¡Claro que sí!, y espero que te vaya bien, en el hospital —repuso Zara, con una cálida sonrisa.

—Tengo la idea, de que sólo es una luxación.

Cuando Zara fue a la cubierta, vio que Thor había bajado para

conocer al productor de la película, en la cual el barco tomaría parte. Algunos de los hombres también habían bajado, contentos de poder estirar las piernas después de tan largo viaje. Zara se sentía herida, al pensar que no podría despedirse de ellos; pero se las arregló, para ponerse contenta y preparó, la comida.

—Les hice una lista, de lo que necesitaré —le dijo a Mack.

Él estaba ocupado, supervisando el llenado de los tanques de combustible, y tan sólo asintió, al meter la lista en su bolsillo. Sintiendo que estorbaba, Zara regresó a la cocina para asegurarse, de que estuviera reluciente; no quería que Thor la criticara, después de haberse ido. Sus manos estaban mucho mejor ahora; sólo usaba un par de curitas, en su mano derecha. El sonido de un motor hizo que Zara se asomara por la escotilla y vio que Pete se bajaba de un taxi, con una gran sonrisa. Levantando su brazo derecho, se volvió para dirigirse a la cubierta y ella vio a los demás, caminando hacia el barco. Pete los esperó y Zara se alegró, al imaginarse los comentarios de los otros. Ellos permanecieron ahí intercambiando risas y comentarios burlones, pero después Zara se quedó callada al ver que en otro taxi, Thor se aproximaba. Él se bajó y, con el rostro endurecido, ella fue a recibir su pasaporte.

Todos los hombres habían subido y permanecieron en la cubierta, como si esperaran algo. El camión del combustible se había marchado, y los trabajadores de la bahía, todavía disfrutaban de su siesta. El día era caluroso y había una quietud momentánea.

Thor se volvió, al ver a Zara.

—Acompáñame a mi cabina, por favor.

Pero Mack se adelantó y dijo:

—Un momento capitán, creo que nos gustaría saber qué le está sucediendo a Zara.

—Es asunto de ella.

—También de nosotros, como compañeros.

Thor entrecerró los ojos al mirarlos. Después, se dirigió a Zara:

—Zara, es tu decisión.

—A mí no me molesta que ellos sepan, en absoluto.

—¡Muy bien! —Thor se encogió de hombros—. La embajada de Atenas requiere más detalles, antes que pueda expedir tu pasaporte.

Zara se esperanzó un poco, al oír lo que él dijo.

—Sin embargo, he persuadido a las autoridades de que te concedan una identificación temporal, para que pueda bajar del barco de inmediato. De todas formas, no podrás abandonar Rodas hasta que recibas tu pasaporte. También tienes que reportarte en la embajada, una vez al día. ¿Está claro?

—Sí, gra… gracias —Zara pestañeó, el sol le molestaba un poco.

—Te agradezco el trabajo que hiciste —añadió Thor,

asombrándola— y quiero que recibas el salario que habrías ganado, si hubieras sido parte de la tripulación.

Él le extendió algo de dinero griego; Zara sólo lo miró, no sabía si podría tragarse su orgullo y tomarlo.

—Espere un momento, capitán —dijo Mack, adelantándose—; todavía necesitamos a un cocinero, ¿por qué no se queda Zara, como un miembro regular de la tripulación?

Los hombres murmuraron en señal de acuerdo, pero Thor repuso:

—Planeo contratar a un nuevo cocinero, mientras estamos aquí.

—¿Por qué contratar a alguien nuevo si ya sabemos, que Zara lo hace muy bien?

—Ya te dije que…

—El hecho es, capitán —interrumpió Mack—, que los hombres no quieren a nadie más.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Thor, frunciendo el entrecejo.

—Bueno, hemos hablado un poco y decidimos que queremos, que Zara se quede. Si usted insiste en lo contrario… bueno, entonces no habrá nadie que cocine bien a bordo; así que, planeamos estar en tierra por un par de semanas.

—No tengo que recordarles que su contrato cubre, el tiempo que tomará hacer la película.

—El contrato también estipula, que comeremos bien.

Zara se asombró, al ver que los hombres respaldaban a Mack. Pero, ¿de qué serviría? Si la aceptaba, Thor la odiaría más y se suscitarían problemas, entre él y la tripulación.

Zara hizo un movimiento para protestar, pero Mack la detuvo y se dirigió a Thor, persuasivo:

—Capitán, sólo será hasta que la película termine. No podemos trabajar, a menos que tengamos un cocinero decente.

Thor los miró, uno a uno, con sus fríos y azules ojos. Todos lo enfrentaron con valor. Sabiendo que había perdido, Thor repuso:

—Muy bien, ella se queda hasta que la película termine.

—Gracias, capitán —Mack miró a Zara con gran alegría, cuando Thor se alejó.

Ella lo miró, con ojos llenos de gratitud y sin poder hablar.

Thor la llamó y ella se dirigió hacia él. Thor se encontraba al final de la escalinata. Él extendió la mano, con el dinero que le iba a dar.

—Tu salario —señaló y ella titubeó—. Tómalo.

Con lentitud, ella lo tomó, al mismo tiempo que lo miraba a los ojos. Con una voz furiosa, él dijo:

—¿Acaso nunca, me podré librar de ti?

Capítulo 7

—Zara, ¿qué te dijo?

Ella se volvió después de haber visto a Thor alejarse, y vio que el resto de la tripulación la miraba. Suspiró y les sonrió.

—Fue muy hermoso de su parte, decir lo que dijeron. Pero no debieron darle a Thor un ultimátum, como ese; él estará furioso con ustedes y…

—No, no lo estará —la corrigió Mack—. Además, nosotros sólo le hicimos una sugerencia. Sucede que, nos acostumbrarnos a ti.

—¡Estoy tan agradecida! —dijo, con preocupación.

—Sólo estamos pensando en nuestros estómagos, Zara —repuso Pete, con una gran sonrisa.

—¿Es esa la manera, en que alcanzo sus corazones? —preguntó ella con una gran sonrisa, que desapareció tan pronto como ellos se alejaron.

Zara caminó hacia la barandilla y se asió de ella, con fuerza.

—¿Qué pasa, Zara?

Mack, se acercó a ella.

—Mack, fue maravillosa la forma en que todos me apoyaron, pero tengo que marcharme. El… el capitán, no quiere que me quede.

—Niña, no tienes dinero, ni tampoco un lugar a donde ir. Olvida tu orgullo.

—Trataré —en realidad, poderse quedar en el barco era un gran alivio desde cualquier punto de vista, excepto el de sus sentimientos hacia Thor.

Zara bajó a su camarote, desempacó sus pocas pertenencias y se sentó en la litera, para contar el dinero que Thor le había dado. Había sido generoso; ella tenía suficiente para pagar un hotel por unas dos semanas, o por más tiempo, si encontraba un cuarto con renta no muy cara. Zara se preguntaba si Thor sabía, que todo su dinero había sido robado; ella le había pedido a Pete no decir nada, pero era obvio que Mack lo sabía; era muy probable que el resto de la tripulación, también lo supiera.

Ella casi no vio a Thor los siguientes días. Un equipo de diseñadores, al igual que los carpinteros y pintores, prácticamente se apoderaron del barco, transformando su apariencia en la de un barco de guerra turco, del siglo dieciséis. Thor estaba casi todo el día sobre cubierta, asegurándose de que no dañaran algo vital. También tenía que asegurarse de que el barco contara con provisiones de comida suficientes, para alimentar a la tripulación, y si era necesario, a los trabajadores. Parecía que toda la tripulación tenía un contrato, con los productores de la película como extras,

por un mes, y recibirían un salario adicional al que recibían, como marinos. Zara no esperaba que la incluyeran, pero los productores la incluyeron con el resto de la tripulación, y cuando los encargados del vestuario subieron a bordo, le dijeron que se pusiera un turbante para esconder su pelo, y que usara el blusón que cubriera sus senos, para que pudiera tener el papel de ayudante del capitán.

Todo era nuevo y emocionante. Zara estaba tan ocupada como el resto de la tripulación; iba al mercado a comprar provisiones y aprendía a guisar, los productos locales. Todo esto la ayudó a mantener sus problemas, fuera de su mente.

Encontró tiempo para escribirle a su madre, diciéndole que tenía un trabajo en una película; eso la alegraría.

Cuando el barco estuvo listo, lo llevaron a mar abierto para que el equipo de camarógrafos hiciera diferentes tomas, desde lanchas de motor. También les dijeron que debían usar su vestuario, para que se acostumbraran a él. La mayoría de los tripulantes usaban pantalones abolsados y llevaban el torso descubierto, pero Thor usaba un traje de oficial que consistía en un tipo de chaqueta hasta las rodillas, sobre una camisa de seda y pantalones. También llevaba una faja muy extraña, alrededor de su cintura y un turbante blanco. Cuando apareció en cubierta, la tripulación lo recibió con silbidos y comentarios burlones, pero Zara pensó que estaba magnífico y tuvo que volverse, para que no notara la emoción en sus ojos anhelantes.

Después de haber pasado varios días en Rodas, se sentía muy bien estar en el mar otra vez. Zara se acostumbró al vaivén del barco de inmediato, y pudo ayudar a mover las cuerdas de las velas de acuerdo con las instrucciones de los camarógrafos, quienes transmitían sus instrucciones por medio de un radio, que Thor llevaba escondido en la faja.

A la hora de comer, Thor ancló el barco en una bahía quieta, en la costa este de la isla. Los camarógrafos detuvieron las lanchas cerca del barco y subieron a bordo. Zara bajó para preparar un refrigerio, pero se detuvo en el salón para quitarse el turbante. Al quitárselo, su cabello cayó como un manto de oro líquido. Ella escuchó algo detrás y se volvió. Era Thor, se había quitado su propio turbante y permaneció en el umbral, con su camisa de seda abierta hasta la cintura. Él no había tenido tiempo de ocultar, la flama de deseo en sus ojos. Por unos segundos, esa flama la quemó con fiereza; pero Thor desvió la vista de inmediato con un suspiro tan profundo que casi se transformó en gemido, después se alejó con rapidez.

Ese momento, tan inesperado y revelador, sacudió a Zara. Se regocijó al saber que él todavía la deseaba y así, su optimismo

revivió. Tal vez existía una oportunidad. Si ella decidiera seducirlo, ¿quién sabe qué pasaría? Después de todo, ¿qué podría perder? Thor no la podía despreciar más, de lo que ya lo había hecho. Y quizá la urgencia que tenía por deshacerse de ella, no había sido sólo por desprecio; posiblemente lo hacía, porque se sentía inseguro con ella alrededor.

Mientras preparaba la ensalada y el pan, Zara empezó a cantar; cosa que no había hecho, por semanas.

Uno de los camarógrafos, se asomó por la puerta.

—Disculpe, ¿dónde puedo encontrar hielo?

—Aquí está la cubeta, el hielo está en el congelador —indicó Zara, brindándole una sonrisa, que él no merecía.

—Gracias —él tomó la cubeta y abrió el refrigerador—. Tienes muy bonita voz —la miró de arriba abajo—. No pareces una cocinera.

—No lo soy. Soy bailarina profesional.

—¿De veras? ¿Por qué trabajas en este barco? ¿Eres la esposa, de alguien de la tripulación?

—No, es una larga historia —Zara se volvió, para sacar algunos platos de la alacena.

—Entonces, ¿eres la novia del capitán? —le dijo de un modo casual, como si no significara mucho.

Zara se enderezó, tratando de no traicionar sus emociones; volviéndose hacia él, dijo:

—Simplemente, soy una huérfana de la tormenta. Estaba encallada en Orán y el capitán tuvo la amabilidad de permitirme trabajar, por mi pasaje en su barco.

El sujeto, sin darse cuenta de Thor estaba ahí, la miró de soslayo.

—¿De veras? Una chica tan hermosa como tú…, me imagino que lo arreglaste en la cama con él, ¿o el trato fue con toda la tripulación?

—Si ya tienes lo que buscabas, ¿por qué no te largas con todas tus sucias insinuaciones? —dijo Thor, cortante, haciendo que el hombre saltara y saliera con rapidez, con la cubeta en sus manos—. Lo siento —le dijo a Zara, en el mismo tono cortante—; si te vuelve a molestar, házmelo saber.

—Sí, gracias —ella lo miró—. ¿Es esa la razón por la que no quería que me quedara?, ¿porque la gente puede pensar eso?

Él guardó silencio, por un momento.

—No, esa no fue la razón.

—Me alegro —ella, miró a otro sitio.

—¿Zara…? —Thor titubeó por un momento—. Tal vez no debería preguntarte ésto, pero, ¿te dicen cosas como esta con

frecuencia?

—Sí, con bastante frecuencia —admitió Zara—. Los hombres piensan que como una trabaja en el mundo de la farándula, tienen derecho a decirnos y hacernos lo que quieran —su voz se había tornado amarga por los recuerdos; pero levantó le rostro y preguntó —: ¿Qué quería? ¿Venía por algo?

—¿Cómo?, oh, sólo quería decirte, que no prepares nada para la cena. Acabo de recibir un mensaje; la tripulación ha sido invitada a una fiesta, para que conozca al director y al productor.

—Muy bien, capitán.

Thor hizo una pausa y dijo, con frialdad:

—Tú también perteneces a la tripulación, así que puedes venir.

—Gracias —expresó ella y su rostro se iluminó.

El ensueño duró minutos. Cuando Thor se marchó, Zara se dio cuenta de la queja típica de las mujeres de todas las edades: "no tengo nada que ponerme"; en su caso era justificable. Ella no tenía nada que ponerse, pero tenía el dinero que Thor le había dado, y las tiendas en Rodas permanecían abiertas hasta tarde.

Tan pronto como anclaron, Zara bajó del barco y se dirigió al pueblo. Había muchas tiendas, donde los turistas podían comprar el último grito de la moda, francesa o italiana. Ella vio ropa que le hubiera quedado muy bien, pero era demasiado cara.

Zara era consciente de que el tiempo pasaba, así que al ver a una muchacha vestida con gracia, le preguntó dónde podría encontrar ropa bonita y que no fuera muy cara. Ella le indicó un lugar donde Zara encontró lo que buscaba: un vestido bastante sencillo, pero bien cortado; era entallado hasta la cadera y después caía con libertad, el color era coral claro. Era un vestido *sexy* y femenino a la vez. Zara se dio prisa y también compró un par de sandalias; después regresó al barco, para lavarse el pelo y arreglarse.

Los hombres habían jugado a cara o cruz para decidir, quién se quedaría a bordo; Steve y Arne eran los desafortunados.

—Enviaré a Tony y a Pete en dos horas, para que los reemplacen —Thor hablaba con Steve y Arne, cuando Zara apareció en la cubierta.

—¡Guau! —exclamó Pete, al verla—. ¡Estás fabulosa!

Los demás hombres se volvieron de inmediato, pero Thor lo hizo con lentitud.

Todos expresaron cumplidos, excepto Thor; él no dijo nada. Aun así, sus ojos se posaron en ella, fijándose en la elegante forma en que había arreglado su cabello y en el poco maquillaje, que destacaba sus facciones.

—¡Ustedes también, están muy guapos! —devolvió Zara, los cumplidos.

Los hombres también se habían puestos sus mejores ropas, y Thor y Mack se habían puesto sus uniformes de gala, luciendo sus insignias y los botones de metal relucientes. Mack estaba muy elegante, pero Thor, con su estatura, tenía una apariencia increíble. Zara no podía decidir si lo prefería con su uniforme, o con el traje que usaba para la película.

—¿Listos para irnos, capitán? —preguntó Mack, al ver que Thor no decía nada.

—¡Sí, claro! Pedí dos taxis —repuso Thor sin necesidad, ya que todos podían ver, que los taxis esperaban en el muelle.

Hubo una revuelta para ayudar a Zara a bajar del barco, con sus zapatos altos y también, para compartir el taxi con ella. Al final, Tony, Pete y Ken subieron con ella, mientras que los dos oficiales, compartieron el otro taxi. La fiesta se llevaba a cabo en un hotel, que la compañía cinematográfica había alquilado. El hotel se encontraba al norte de Rodas, en una cima desde donde se podía apreciar toda la isla.

El taxi en el que Zara viajaba llegó primero, pero la tripulación esperó a la entrada a que el capitán llegara y los dirigiera. Cuando Thor llegó, miró a Zara, después titubeó un momento como si fuera a ofrecerle el brazo, pero no lo hizo y se adelantó.

Los anfitriones salieron a recibirlos y Thor fue cuidadoso, en presentar a cada quien por su nombre. Aquéllos estrecharon las manos de todos, pero en realidad estaban interesados en Thor, o si acaso en Mack, y los llevaron a conocer a las estrellas de la película.

—Siéntanse en casa y tomen lo que gusten —dijo, el asistente del director.

Ellos se dirigieron al bar y se dieron cuenta, de que también personas de la isla habían sido invitadas.

—Pensé que la fiesta, era sólo para nosotros —remarcó Tony.

—¿Pensaste que la actriz principal caería en tus brazos, por tus encantos? —se burló Pete y tomó a Zara del brazo—. Vamos a bailar, sólo disponemos de dos horas antes de regresar al barco.

—¡No!, debo bailar con ella primero —alegó Tony—. Después de todo, yo la llevé al barco.

Pero Pete ya la había llevado hasta la pista y empezó a bailar, brincoteando con energía.

—¿Quién fue tu última pareja, un canguro? —preguntó ella, alejando su pie con rapidez, antes que el de Pete cayera sobre él.

Pete quiso tomar otro trago casi de inmediato, así que Zara bailó con Tony y Ken. Mack volvió cuando bailaba con Ken y le pidió, la siguiente pieza.

—Siempre y cuando, sea una melodía tranquila —advirtió ella.

Por fortuna, su deseo fue hecho realidad. Mack la llevó por toda

la pista, dándole oportunidad de ver a Thor; él se encontraba con un grupo de personas en una esquina lejana a la pista, en una área reservada sólo para la gente más importante.

Siguiendo la mirada de ella, Mack comentó:

—Él no parece fuera de lugar, ¿verdad?

—¿Quién? —Zara fingió—. Oh, te refieres al capitán. No, supongo que no. Miraba a los actores. Debe de haber algunos actores importantes en la película, reconozco a algunos.

Ella se volvió y miró a Mack.

—¿Ustedes toman parte en muchas películas?

—Bastantes, pero también hemos actuado en algunas series de televisión y muchos comerciales. Debes preguntarle a Thor, él te puede dar más información.

—Estoy ansiosa por ver, a las estrellas de esta película —dijo, entusiasmada.

—Yo no; la compañía fílmica actúa, como dueña del barco.

—Me imagino que así es; en especial, si lo alquilan.

—¿Zara?

Ella se volvió, sorprendida, al ver a una mujer que se dirigía a ella.

—¡Tina! ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí?

—Trabajo en la película. Soy, la tercera bailarina de la izquierda. Pero, ¿tú también estás en la película? Pensé que había visto, a todas las bailarinas.

—No, no lo estoy. Al menos, no como bailarina —Zara se rió.

—Creo que estamos estorbando, te veo en el bar.

—¿Una amiga? —preguntó Mack.

—Trabajamos como coristas hace algunos años, y a veces nos hemos encontrado en audiciones.

—Qué coincidencia, encontrarse aquí.

—Sí, ya lo creo.

Mack la acompañó al bar, cuando la música terminó, y se retiró, para que ella pudiera charlar con Tina. Después de un rato, Tony, Pete y Ken se reunieron con ellas, impacientes por bailar y por ser presentados.

—Ellos son, mis compañeros en el barco —indicó Zara.

—¿Estás trabajando en un barco? Casi no lo puedo creer —dijo Tina.

—¿Por qué no vienes al muelle y te lo mostramos? Trae a algunas de tus amigas —invitó Pete.

—¿Otras bailarinas? ¿Quieres conocerlas?

Un *buffet* había sido servido en otra habitación. Tina los dirigió y los presentó a su grupo de amigos; no solo bailarinas, sino también los técnicos que trabajaban en la película. Permanecieron ahí,

comiendo y hablado. Tina coqueteaba con los marinos.

Después Thor se dirigió al salón y se detuvo en la entrada, mirando a su alrededor. Zara notó la expresión de Tina al ver a Thor. Tina sonrió cuando Thor se acercó a ellas; mas su sonrisa desapareció, al ver que él hablaba con alguien más.

—Disculpen —dijo, dirigiéndose a Tony y Pete—, es hora de que regresen al barco. Tomen un taxi y díganle a Steve y Arne que pueden venir.

—Sí, capitán.

Ellos obedecieron de inmediato, pero con reservas. Les repitieron la invitación a las chicas, de visitar el barco.

Thor levantó las cejas, pero, antes que pudiera hacer otra cosa, Tina dijo:

—Zara, ¿no me vas a presentar?

—Claro. El es Thor Cameron, el capitán del “Espíritu del Viento”. Capitán, Tina es una vieja amiga mía.

—Mucho gusto —Tina le brindó una gran sonrisa—. ¡Qué emocionante, conocer al capitán de un barco de verdad! Apuesto, a que tiene muchas aventuras que contar.

—En realidad, yo…

Tina lo tomó del brazo.

—Además, usted sí parece marino, con esos ojos azules y esa atractiva barba.

Thor se sentía abrumado.

—Gracias, si me disculpas…

—Me podría contar esas historias, mientras bailamos —dijo Tina, invitante, mirándolo a los ojos con una gran sonrisa.

“Oh, no”, pensó Zara con disgusto. “Ahora pensará que todas las bailarinas coquetean de inmediato, si conocen a un hombre que les gusta”.

Sin embargo, Thor la paró en seco diciendo:

—Lo siento, pero creo que es tiempo de que baile con Zara —él levantó su mano, invitándola a bailar—. ¿Vamos?

Aunque sabía que era una excusa para alejarse de Tina, Zara no se pudo resistir. Ella le sonrió a Tina.

—¿Por qué no vienes al barco después? Me dio gusto saludarte.

Después, dejó que Thor la escoltara a la otra habitación.

Había mucha gente bailando ahora; dignatarios griegos con sus esposas, actrices, peinadores, toda clase de personas. Volviéndose hacia él, Zara dijo:

—No se preocupe. Sé que en realidad, no quiere bailar.

—Te equivocas —replicó Thor, mirándola a los ojos—. Sí quiero bailar.

—Oh —Zara no pudo decir nada más y sintió, que las rodillas se

le doblaban.

Thor la dirigió a la pista de baile. Los dioses se apiadaron de ella, ya que en ese momento una música suave y tranquila empezó a sonar. Thor la tomó de la cintura y ella dejó que su mano se deslizara, en el hombro masculino. Él conservó su distancia, y Zara se cuidó de mantener su mano floja, sin apretar la de Thor. Sus ojos estaban al nivel de los labios de él, y ella trataba de mantenerlos ahí, temerosa de mirarlo a los ojos.

Otra pareja se acercó demasiado a ellos, y Thor acercó a Zara a su cuerpo, para evitar que la molestaran. Sus cuerpos se tocaron por un momento y Zara sintió una ola de deseo, que produjo una violenta sacudida en todo su cuerpo. Desesperada al no poder evitarlo, dijo:

—Espero que Tina no…

—¿Quién era tu amiga? —preguntó él, al mismo tiempo.

Zara se las arregló para calmarse y, separándose un poco de Thor, señaló:

—Tina no es mi amiga, en realidad; la conozco porque bailamos juntas en un espectáculo, hace algún tiempo.

—Me pareció muy amigable —comentó Thor con ironía. La miró a los ojos y le dijo—: Estás muy femenina esta noche.

Sin saber cómo contestar, ella repuso:

—Y eso ¿es bueno o malo?

Una sonrisa fugaz, cruzó el rostro masculino.

—Es… diferente. Veo a una Zara, que me es difícil reconocer.

—Entonces, creo que no me conoce muy bien, ¿o sí?

—Tal vez no —respondió Thor, parpadeando.

—Tal vez, hasta haya llegado a una conclusión errónea —Zara se atrevió a decir.

Pero eso fue demasiado.

—Lo dudo —dijo Thor con sequedad—. Tú y tu amiga, parecen ser muy similares —añadió, de modo sarcástico.

Zara retrocedió y lo empujó. Sus grises ojos, brillaban con furia.

—¡Esto no es justo, y usted lo sabe! Ni siquiera sabe de Tina, lo que sabe de mí.

—Ella puso en claro, la clase de mujer que es —replicó Thor.

—¡No! Ella simplemente puso en claro que usted le gusta, y tiene deseos de conocerlo mejor. ¿Es eso un crimen? Por favor, no sea tan conservador. En estos tiempos, si a una chica le agrada alguien, es muy normal que se lo haga saber.

Thor la miró con asombro; después se dio cuenta, de que la gente empezaba a mirarlos, ya que se encontraban en medio de la pista de baile. Tomándola del brazo, la llevó a un lugar más apartado.

—¿Quieres decir, que tú harías lo mismo?, ¿que apruebas lo que hizo?

Ella lo miró, con furia y después, bajó la cabeza.

—No, no lo haría como ella lo hizo. Fue demasiado… obvio.

—Bueno, me alegra que estés de acuerdo. Si comparas su comportamiento con el de un hombre, ¿habrías bailado con alguien tan… falso, tan sugestivo?

Zara sacudió la cabeza para negarlo y, sonriendo, dijo:

—No, por eso bailé con usted.

Los ojos de Thor buscaron los de ella, y Zara pensó que sonreiría; pero, en lugar de eso, él hizo un gesto de impaciencia.

—¡Ya me cansé de esta fiesta! Voy a regresar al barco. Te puedes quedar con los otros, hasta que quieras —después se alejó.

Al marcharse él, la fiesta se tornó aburrida para Zara. Ella se dirigió a una terraza, que tenía vista al océano y al jardín, y se dio cuenta de que prefería el sonido de las olas en la playa cercana, al sonido de los instrumentos eléctricos del grupo musical. El hotel estaba rodeado por altas bardas[1]. Más allá de las bardas, había un camino alumbrado artificialmente y más allá, se encontraban la playa y el océano. Zara pudo sentir cómo el mundo, estaba dividido por una barda. De un lado había música, comida, bebidas y gente de “alta sociedad”, y del otro lado, se encontraban las cosas simples de la vida: el viento, y el mar, el tiempo transcurriendo de manera interminable en lugar de vivirse de prisa, minuto a minuto.

Ella se sintió atrapada y quería liberarse. Se volvió y corrió, encontrando una salida hacia la playa, pero se detuvo al ver una alta figura con ropas blancas caminar a través de la playa y bajar, hasta la orilla del mar. Se trataba de Thor. Él se quedó viendo hacia el mar por algunos minutos, muy pensativo; después se volvió de repente y caminó, en dirección a la bahía. Su silueta se había esfumado, cuando Zara salió de entre las sombras y se dirigió, de regreso al hotel.

Arne y Steve ya habían llegado y la buscaban para bailar, y desde ese momento ella no pudo estar sola, sino hasta que abandonaron la fiesta, en la madrugada.

También Tina y los camarógrafos, estaban con ellos.

—¡Vamos a un centro nocturno! —alguien sugirió—. Hay un lugar llamado Copacabana, donde arrojan platos y cosas así.

Todos celebraron la idea, excepto Zara. Mientras todos empezaron a conseguir taxis, ella se dirigió hacia Mack.

—Mack, creo que yo me retiro y me voy, directamente al barco.

—¿Te sientes bien? ¿Te gustaría que te acompañe?

—No, claro que no. Es tan sólo un dolor de cabeza. Pero tal vez, me puedas dejar en la bahía.

Cuando Zara se bajó del auto, aún había por ahí algunos turistas y otros autos; pero en comparación del mediodía, estaba muy tranquilo. Zara se despidió de sus amigos, agitando su mano.

Mientras caminaba por el muelle, Zara experimentó cierto temor. No veía nadie en la cubierta pero, tan pronto caminó sobre la pasarela, Thor apareció de entre las sombras, caminando hacia ella. Él se había quitado la chaqueta y lucía una camisa blanca, de manga corta.

—¿Vienes sola?

—Sí, los demás se fueron a un club nocturno.

—¿Por qué no los acompañaste?

Zara se encogió de hombros y respondió:

—Ya he estado en centros nocturnos el suficiente tiempo, como para toda una vida —ella no quiso que pareciera una amarga experiencia, pero de esa manera se oyó.

Thor, frunció el entrecejo.

—¿Permitieron que regresaras sola?

—No, me acompañaron hasta el final del muelle. Les dije que yo podía caminar a casa.

—¿Casa? ¿Es eso lo que piensas del “Espíritu”? —preguntó Thor, sorprendido.

—Sí, claro. ¿Usted no piensa eso?

Él no respondió y dijo, con dureza.

—Te debieron haber acompañado, hasta el barco.

—¿Dónde están Pete y Tony? —inquirió Zara.

—Dejé que bajaran. Creo que bebieron demasiado, como para hacer una guardia.

Ella asintió y se dirigió a la escalinata, pero Thor le dijo:

—No te vayas todavía —después, cambiando el tono de su voz, finalizó—: A menos, claro, que estés cansada.

—No, no estoy cansada —ella se volvió, con lentitud.

Thor tenía la mirada fija en ella, y parecía estar resistiendo algo que no quería decir, pero al final, lo dijo:

—No te puedo entender.

Zara suspiró, inquiera.

—¿Quiere hacerlo?

—Sí —dijo, después de una pausa—, sí; creo que, sí.

—¿Ha cambiado su opinión, acerca de mí?

—Lo hago constantemente —admitió él, con un tono de culpabilidad—. Tan pronto decido la clase de persona que eres, haces algo que lo altera.

—Eso… ¿le molesta? —preguntó Zara, acercándose más a él.

—Sí, me molesta —respondió él, con dureza—, no me gusta equivocarme, al juzgar a alguien. La primera vez que me pediste

viajar en este barco, pensé que eras una aventurera; también me disgustó el hecho de que Tony te haya ayudado, y después, cuando lo vi en tu camarote. Pero la forma en que te comportaste, después de eso…

Thor sacudió la cabeza y puso su mano, en una de las cuerdas.

—Después empecé a respetarte, me empezaste a agradar; pensé que estaba equivocado acerca de ti, que había sido injusto —Thor se detuvo, y después continuó—. ¡Oh, Dios!, hasta me preocupé por ti, y eso es algo que juré no volver a hacer, proteger a una mujer. En el pasado… —se interrumpió—… oh, eso ya no importa. Hasta llegué a pensar que tal vez, con el tiempo… —se rió, con profundo dolor—, pero después, la manera en que te comportaste, como si estuvieras disponible en cualquier momento, era algo tan contradictorio a la idea que me había formado de ti, que me convencí de que eras una aventurera y eso me enfureció tanto, que quise desquitarme contigo.

—Un castigo no muy apropiado, para el crimen —dijo Zara.

—Sólo la manera en que lo soportaste, sin queja alguna, incluyendo el dolor que debes de haber sentido en tus pobres manos, me hizo pensar que me había equivocado otra vez.

—¿Y ahora? —preguntó ella con suavidad, sin atreverse a ilusionarse.

Thor sacudió la cabeza y dijo, de una forma brusca:

—Me gustaría que fueras la aventurera que creí que eras, quisiera poder despreciarte y hacer que abandonaras el barco, en la primera oportunidad.

—Pero, ¿por qué? Porque es más fácil odiarme, ¿verdad?

—Sí, sería mucho más fácil —Thor la miró con fijeza, luego se acercó y puso su mano sobre el hombro de Zara—. Pero no puedo; estás encantadora esta noche. Cuando estábamos bailando, cuando te toqué…

Thor sintió un escalofrío y su voz, se tornó más grave:

—Te deseo Zara; desde que ocurrió la tormenta. He tratado de evitarlo, pero es como un constante dolor dentro de mí, como un fuego que no me deja —él le apretó el hombro por un momento, pero después la soltó.

—¿Trataste de evitarlo, porque pensabas que era una aventurera?

—En parte por eso. Además, porque me di cuenta de que mis esperanzas eran, estúpidas e imposibles.

—¿Pero, por qué? ¿Por qué son imposibles? —Zara titubeó, y después añadió—: Thor, ¿tienes una novia en algún lugar, tal vez tu prometida? ¿Es la persona que escribe, desde Dinamarca?

—No, ella es mi tía —Thor no le preguntó cómo sabía eso,

solamente inquirió— ¿Por qué?

—Pensé que tal vez estabas molesto contigo mismo, porque traicionabas la confianza de alguien, si me deseabas.

—No, es mi misma confianza la que he traicionado; la decisión que tomé, de nunca volver a enamorarme. Porque un barco, no es lugar para una mujer y porque el mar, siempre será parte de mi vida —Thor hizo un, gesto de enfado—. En realidad, no importa. Supongo que esto es un modo de pedirte perdón, por la manera en que te traté. Perdí todo mi sentido de proporción y justicia. Desquité mi ira, en tí.

—Sí, lo sé. Eso lo entendí —Zara lo miró; el rostro de Thor parecía más delgado y angular, bajo la sombra—. Así que, ¿qué significa esto?

—No lo sé —respondió Thor, encogiéndose de hombros.

—Debes de tener una buena razón, para haberme dicho todo esto.

—Sí, para disculparme.

—¿Y para decirme, que me deseas?

—Sí —sus ojos hambrientos, se posaron en ella.

Zara suspiró y luego soltó, una pequeña carcajada.

—No hay manera de ganar, contigo. Si digo que no, creerás que es mi venganza, y si digo que sí, pensarás que, después de todo, soy una aventurera —Thor estaba a punto de hablar, pero Zara continuó— ¿crees en serio que voy a correr el riesgo de hacer lo que tú deseas, para que después me trates como basura? De ningún modo. Todavía me queda un poco de orgullo, aunque sea lo único que tenga.

Thor se enderezó.

—Eso es, lo que me merezco. No esperaba más.

Una llama de enfado, resplandeció en los ojos de Zara.

—No, no lo esperabas; esperabas que cayera en tus brazos. Eres un hombre, ¿o no? Ustedes, siempre se sienten irresistibles.

Para sorpresa de la joven, Thor se rió.

—Eso se oye, como la Zara que conozco, la que se enfrentó a mí y me mandó al diablo, en más de una ocasión —su gesto cambió—. Fue cuando no intentaste pelear, cuando me di cuenta de que te había lastimado, y si te sentías lastimaba era porque, tal vez, te importaba, aunque fuera muy poco. Así que cuando dije que te deseaba, en realidad tenía la esperanza, de que me aceptaras.

—Pues, te equivocaste —dijo Zara resuelta, y se volvió—. Me voy a mi camarote, estoy rendida.

Él, no trató de detenerla.

—Buenas noches, Zara.

El camarote esta húmedo y muy caluroso. Zara tomó una ducha,

se puso su bata de dormir y se cepilló el cabello. Después se sentó un momento, antes de meterse en la cama. La noche estaba muy tranquila, pero Zara no dormía; ni siquiera cerró los ojos. Escuchó el ruido de los hombres al retornar, unas horas más tarde. También escuchó cuando Tony y Steve subieron para hacer su guardia, y después el silencio del barco, cuando todos dormían. Entonces, se levantó, caminó descalza hacia el camarote de Thor y abrió la puerta, despacio. Había suficiente luz proveniente de una lámpara, que Thor tenía encendida. Él no dormía. Se levantó y tomó la mano de ella. El orgullo no existía en el amor. Zara cerró la puerta y se acercó a Thor.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, la luz del sol despertó a Zara, poco a poco. Ella se estiró, preguntándose por qué se sentía tan lánguida, tan llena; después recordó. Abrió los ojos y buscó a Thor, pero se dio cuenta de que estaba, de regreso a su camarote. No recordaba cómo llegó ahí; tenía la idea de que Thor la había llevado, cuando amanecía. Pero el resto de la noche, esas horas intermedias, eran parte de su vida ahora. Algo que ella siempre recordaría, con regocijo y amor.

Miró el techo del camarote, recordando las horas de pasión que había pasado, en los brazos de Thor. La cercanía de sus cuerpos había despertado un fervor sexual, que ambos desconocían. Ella se quedó recostada por un momento, sin querer romper la magia; pero después escuchó, todo tipo de ruidos; un transbordador que entraba en la bahía y sonaba su sirena, y después, el sonido de grúas. También escuchó ruido a bordo; alguien silbaba en la cocina, y se escuchaban golpes sobre cubierta, como si estuvieran cargando algo. Pensó que tenía que levantarse, y el solo pensar en Thor, la hizo hacerlo de prisa.

Tomó una ducha y se vistió como de costumbre, pero puso más cuidado en arreglar su cabello, y usó un poco de maquillaje. "No lo quiero desilusionar, tan rápido", se dijo. Pero cuando subió a cubierta, encontró a Mack al mando. Acercándose a él, le sonrió.

—Buenos días.

—Tu apariencia indica, que ya no tienes dolor de cabeza.

—En cambio la tuya revela, que ahora tú lo tienes —contestó ella, riéndose.

Él asintió, dolorido.

—Después que te dejarnos, la fiesta se animó.

Ella miró a su alrededor. Tony y Steve cargaban un barril de aceite para el motor, pero no había nadie más.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, sólo interesada en un nombre.

—Casi todos, están todavía durmiendo.

—¿Y Thor? —preguntó, un poco sonrojada.

—Oh, no, el capitán no. Él bajó, hace un par de horas —Mack consultó su reloj—. Creo que es hora, de que Arne se haga cargo.

—¿Quieres algo de desayunar?

—Desayuno es lo que quiere menos mi estómago, esta mañana.

Los demás tampoco quisieron desayunar, así que Zara permaneció sobre cubierta el resto de la mañana, fingiendo que leía, pero en una posición desde donde pudiera ver la figura alta, caminando por el muelle. Estaba ansiosa, por ver a Thor de nuevo;

pero se sentía nerviosa, casi tímida.

El sol de mediodía era casi insoportable, así que Zara, reacia, bajó a preparar la comida. Estaba en la cocina, cuando Thor regresó. Ella lo escuchó hablando con Arne, en el salón. Tony se encontraba en la cocina con ella y Ken, sacaba cervezas del refrigerador. Zara estaba bastante ocupada y había demasiada gente alrededor, así que el precioso momento de encontrarse, ahora que su relación era tan diferente, se convirtió en sólo un vistazo, antes que Thor ocupara su lugar en la mesa.

—He recibido las instrucciones, para las dos primeras semanas de filmación —les dijo—. Los camarógrafos estarán a bordo, mañana por la mañana y zarparemos hacia la isla de Symi, donde han construido una réplica, de la bahía medieval.

—¿Por qué construir una réplica, si cuentan con la bahía real? —preguntó Mack.

—Debido al tránsito, los turistas y el ruido —respondió Thor, con brevedad—. Probablemente, pasemos la noche allá.

Thor se dirigió a Zara, con rostro inexpresivo:

—Así que, si necesitamos provisiones frescas, las tendrás que comprar hoy, Zara. Y, ¿podrías verificar que los camarotes adicionales, estén limpios y listos para usarse?

El primer intercambio de palabras desde que eran amantes, había sido tan mundano… Zara se rió para sí al pensar en lo poco romántico que la realidad puede ser, en comparación con los sueños.

Ella estuvo muy ocupada esa tarde, limpiando los camarotes extra. Había literas para veinte personas más, dividas entre la proa y la popa. Se habían conservado, desde que el barco había sido usado para entrenar a marinos.

Después de terminar, ella hizo una lista de lo que necesitaba y buscó a Thor, para pedirle dinero. Pero tampoco en esta ocasión, pudo verlo a solas; algunos miembros del equipo de filmación, compartían algunas bebidas con él, en su camarote. Él estiró la mano para darle dinero, con un ligero asentimiento de cabeza; así que ella se marchó, sintiéndose frustrada. Sin embargo, abrigaba esperanzas para esa noche.

Dos camarógrafos se quedaron a cenar, y desquitaron su cena contando sus divertidas anécdotas al filmar otras películas, chismes acerca de actores famosos y chistes tan obscenos, que Zara prefirió irse a la cocina. A las diez, impaciente por estar con Thor, ella abandonó la cocina, pasando por el salón.

Había mucho humo de cigarro y olía a cerveza; además, parecía que los camarógrafos aún estarían ahí un buen rato. Ella buscó a Thor con su mirada y él le indicó con un gesto, que subiera a

cubierta. Él se le unió, unos minutos más tarde. A Zara le hubiera gustado correr hacia sus brazos, pero no podía, ya que Arne y Ken se encontraban charlando apoyados contra la barandilla, haciendo su guardia.

Al pasar por donde se encontraban, Thor hizo un gesto para que se marcharan y se acercó a Zara.

Ella sonrió con alivio y le tomó la mano.

—¡Por fin! ¡He esperado todo el día, para poder estar a solas contigo!

—No estamos a solas —le advirtió él. Pero levantó la mano de Zara y besó sus dedos.

Zara se rió, temblando.

—¿En tu camarote o en el mío? —preguntó ella, con voz ansiosa.

—En ninguno; te llevaré a tierra firme —repuso Thor, enderezándose.

Ella frunció el entrecejo, incrédula.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero, que empaques tus pertenencias. Encontré un lugar, donde te puedes quedar.

—Pero, ¿por qué? —inquirió ella, alzando el tono de voz.

—Pensé que era obvio.

—Bueno, no lo es para mí. ¿Por qué quieres que me vaya, ahora que… que… nos hemos encontrado?

—¡Por eso, Zara! ¿Entiendes? Yo no permito, que nadie suba mujeres al barco; no puedo romper las reglas, para mi beneficio.

—Pero, yo ya estoy a bordo. Además, podríamos mantenerlo en secreto.

Él se rió, de modo sardónico.

—Zara, ¿has tratado de mantener un secreto, dentro de un barco? Es imposible hacerlo, con camarotes tan cercanos. Si la tripulación no hubiera estado rendida ayer, probablemente sabrían lo que pasó.

—No temo que lo sepan. Para mí, no fue nada vergonzoso —alegó ella.

Thor acarició los labios de Zara, acercándose a ella.

—No es por mí, Zara. Pero los capitanes de los barcos, establecen reglas; no las rompen. Además, sería terrible, que los hombres nos vieran tratando de entrar en otro camarote.

—Así que, tengo que marcharme.

—Sí.

—¿Y me visitarás allá?

—Esa es la idea.

—Entonces, la tripulación lo sabrá de todas maneras.

—Sí, pero por lo menos, conduciremos la aventura con dignidad y discreción.

A Zara no le agradó mucho, la palabra “aventura”.

—Pero, ¿y mi trabajo? También firmé el contrato, con los productores.

—No tienes que trabajar, si no quieres.

—Es que, sí quiero —replicó, molesta.

—Entonces, no hay problema; vendrás al barco por las mañana y trabajarás, como antes.

—Me parece que es un poco tonto. Además, me he acostumbrado a estar en el barco, es como mi casa.

—Lo siento, Zara; pero tendrá que ser así, si es que quieres que lo nuestro continúe.

—Tú sabes, que sí lo quiero. ¿Cómo puedes preguntarlo? —se enfadó.

—Oh, Dios —Thor se inclinó y la besó con suavidad—; eso es, lo que esperaba que dijeras. ¿Por qué no vas por tus cosas, para que te pueda llevar?

—¿Te quedarás?

—Trata de mantenerme alejado —repuso él, con un gesto infantil.

—¿Qué les dirás a los demás?

—¿Que no pasarás la noche a bordo?

—Ellos se imaginarán.

—Dijiste, que no te importaba.

—A mí no me importa, pero, ¿y tú? Hablarán de los dos.

—Sí, pero de esta manera no romperé mis propias reglas y ellos, no me perderán el respeto. Estarán muy celosos, pero, claro, habrá otras ventajas.

Él haba dicho lo último de manera sugestiva, e hizo que Zara se volviera y preguntara:

—¿De veras? ¿Como cuáles?

Él la tomó de la cintura, de un modo posesivo.

—Habrá mucho más intimidad y, además, la cama es mucho más grande.

—Prefiero tu cama —dijo ella, riendo.

—Arruina mi estilo.

—No lo había notado.

Inclinándose hacia ella, Thor le dijo al oído:

—Nena, no has visto nada todavía.

—Ya no puedo esperar.

—Yo tampoco; así que, ¿por qué no vas por tus cosas? Voy a deshacer ese grupito en el salón, o se quedarán toda la noche. Te veo aquí, en diez minutos.

A Zara no le tomó tanto tiempo, empacar sus pocas pertenencias; pero esperó hasta que escuchó, que los camarógrafos se habían retirado, y que la tripulación se dirigía a sus camarotes, después de la segunda noche de fiesta. Thor la esperaba; se había vestido como civil, con pantalones de mezclilla y un suéter azul marino. Tornando las cosas de Zara, se dirigió a Arne y le dijo:

—Voy a llevar a Zara, donde se quedará. De hoy en adelante, ella vivirá en el pueblo. Además, atenderé ciertos asuntos en el pueblo, que me mantendrán allí hasta el amanecer —finalizó Thor, con un tono que nadie podría rebatir.

—¿Qué veo? —exclamó Ken, incrédulo, pero Arne, quien estaba mejor enterado, sólo asintió.

El lugar que Thor buscó para Zara, se localizaba a unos pasos de la bahía, en el viejo pueblo, detrás de la fortaleza, y no era sólo un cuarto; era un pequeño apartamento con baño y con una pequeña salita, que miraba hacia una antigua fuente turca. La entrada al apartamento era una escalera, adornada con macetas de diferentes colores. La puerta se abría con una gran llave de metal y, al abrirla, Thor encendió la luz, para que Zara pudiera entrar sin ningún problema. Ella ni siquiera vio la habitación. Él tenía razón; la cama era mucho más grande y… también tenía razón, acerca de su estilo; la cama pequeña, lo arruinaba.

Cuando hicieron el amor esta vez, fue otra dimensión; tal vez porque sabían, que tenían toda la noche y no tenían que bajar, sus voces. Se desvistieron el uno al otro, despacio, explorando y acariciando cada parte de sus cuerpos. Se besaron y acariciaron, hasta que Zara gimió con gran pasión. Thor la recostó en la cama, acariciándola de nuevo, llevándola hacia una agonía frenética de deseo, antes de tomarla. Para Zara, era como si él la tocara como un instrumento musical, empezando con lentitud hasta llevarla a un gran crescendo, para después suavizar sus caricias y continuar de esta forma varias veces, antes de dejarla alcanzar ese clímax de éxtasis, que la hizo gemir con placer extásico. En ese momento, Thor también dio rienda suelta a su pasión, dejando que su propio gemido frenético, se mezclara con el de ella.

Después durmieron, como no lo habían hecho antes, con sus cuerpos entrelazados. Zara se despertó primero, la luz aún estaba encendida.

Ella se sentó en la cama, feliz de tener la oportunidad de mirar a su amante, sin que él se diera cuenta. Era muy guapo, y tan fuerte, que era asombroso que fuera tan tierno.

Zara extendió su mano, tentada a tocarlo, pero no lo hizo. Sintió su corazón desbordante de amor, quería abrazarlo, cuidarlo, que él fuera todo para ella y ella todo para él. Deseó estar con él, hasta el

día de su muerte. Lágrimas de amor brotaron de sus ojos, pero Zara las secó, enfadada. Estaba demasiado sensible y eso no era bueno. De manera deliberada, ella bajó su mano y empezó a acariciarlo. Él abrió los ojos e hizo un ruido de placer, al mirar la flama en los ojos de Zara y el deseo, en sus labios. Entonces, la dejó hacer lo que quiso.

Thor la despertó con un beso por la mañana, pero ya estaba vestido.

—Debo regresar al barco; el equipo de filmación llegará dentro de poco. Pero no te preocupes, no zarparemos hasta las ocho.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¿Ya tienes que irte? —protestó ella.

—Sabes que sí.

—¿Los capitanes, nunca toman vacaciones?

—Quizá podamos tomar algunos días libres, al terminar la película.

Rodeándolo con sus brazos, Zara lo besó y tiró de él hacia la cama.

Él se rió, resistiéndose y gozando sus caricias, a la vez.

—Quédate, sólo diez minutos más —le rogó Zara.

—Zara, yo… Basta, ¡deja eso! Pequeña traviesa. Me dan ganas de… —pero él, se escabulló.

Cuando él se marchó, Zara durmió por un momento, pero después se levantó, se bañó y se vistió. Estaba hambrienta, pero en el apartamento no había nada de comer. El día en Rodas empezaba temprano, y ya había gente en la calle, cuando Zara salió. Metió la llave en su bolsillo y se dirigió hacia la bahía. Se había puesto el vestido de playa, y la gente al verla pasar sonreía, por su ardiente rostro.

Pero se sintió ansiosa, al acercarse al barco. Ahora, la tripulación completa sabría que, ella y Thor, eran amantes. A Zara no le preocupaba, que lo supieran; mas no sabía, cómo lo tomarían. Ellos eran sus compañeros y, exceptuando la noche del incidente con Tony, todos la trataban como si fuera uno de ellos, sin importar su sexo. Pero ahora, tal vez la tratarían de forma diferente. Decidió comportarse como siempre lo hacía; era lo mejor, pensó al acercarse al muelle.

Su preocupación fue innecesaria; cerca del muelle, dos camionetas se encontraban estacionadas; toda la tripulación estaba ocupada ayudando a los encargados de la filmación, a subir a bordo una gran cantidad de equipo. Thor se encontraba en la proa, dirigiéndolos, y casi no notó la presencia de Zara. Ella fue directa a la cocina y se dispuso, a preparar el desayuno.

La filmación no terminó ese día; así que, pasaron la noche anclados en Symi. Las mujeres del equipo fílmico, se acomodaron en los camarotes delanteros, y los hombres, en los traseros. Si alguien cambió de camarote durante la noche, no fue Thor. Él cumplió su promesa, como Zara sabía que lo haría. Pero al regresar a Rodas, él pasó todas las noches en el puerto; en el pequeño apartamento con Zara. La tripulación no hizo muchos comentarios, por lo menos en presencia de ella. Lo único que Zara le escuchó a Mack decir, fue:

—Ya era tiempo —cosa que la sorprendió, por completo.

Éste era, el momento más feliz en la vida de Zara, y deseaba que todos los demás, fueran tan felices como ella. Un día, Mack le dijo que el cumpleaños de Steve se acercaba, y la joven decidió que era una buena excusa, para ofrecer una fiesta.

—Podemos pedirles a las bailarinas de la película, que bailen, y tal vez podamos conseguir, algunos músicos —comentó Zara, con entusiasmo.

—Yo sólo pensaba en cantarle, "Feliz cumpleaños" —dijo Mack, divertido.

—¡De ninguna manera! Debemos celebrarlo, apropiadamente.

—Es mejor que le pidas primero permiso, al capitán —sugirió Mack.

Zara se rió, sabiendo que, Thor, no le negaría algo tan simple. Y no lo hizo; él no le hubiera negado nada, en el momento que ella eligió pedírselo.

Fue una gran fiesta; además de la tripulación, estuvieron algunas chicas y un cantante; también había llegado, casi todo el equipo de filmación; un grupo de cinco músicos y varios invitados, que se colaron. Zara y dos de las bailarinas presentaron el número "*cockney*", que ella solía presentar en el club nocturno; al finalizar, hubo estruendosos aplausos. También habían preparado una rutina nueva, más moderna, casi un *ballet*, y la presentaron más tarde, cuando la fiesta estaba más calmada.

—¡Estuvieron fabulosas! —varias personas las felicitaron, y Steve besó a Zara, en la mejilla.

—Ha sido la mejor fiesta de cumpleaños, que he tenido —dijo, emocionado.

Zara bajó a su camarote a cambiarse, esperando que Thor se le uniera; pero él no apareció, así que ella subió a buscarlo. La fiesta continuaba; los invitados no se quería marchar, pero los dirigían con mucha amabilidad hacia el muelle, donde algunos taxis esperaban. Thor se le acercó y le dijo:

—¿Por qué no te adelantas, al apartamento? No puedo retirarme, sino hasta que todos los invitados se hayan marchado y

el barco esté a salvo.

—Muy bien. Te veré ahí.

Zara se fue en uno de los taxis, y estaba ya medio dormida cuando Thor llegó. Ella se acurrucó junto a él, cuando Thor se metió a la cama. Pero él la besó con brevedad y no hizo el menor intento de hacer el amor; en vez de eso, le dio la espalda y se dispuso a dormir.

—¿Estás cansado? —murmuró ella.

Él se volvió y la estrechó contra su cuerpo, pero no respondió. Zara se durmió, demasiado cansada para preguntar otra vez. Thor ya se había ido, cuando ella se despertó, a pesar de que ese día no moverían el barco. Zara se bañó y se vistió, tomando su tiempo para hacerlo; se puso un nuevo traje, que Thor le había comprado.

Cuando llegó al barco, la tripulación la saludaba con gran agradecimiento, por la fiesta. A ella también le agradaban; para ella era como pertenecer a una gran familia, como tener muchos hermanos. Dirigió su mirada hacia Thor: “mi amante”, pensó. Le hubiera encantado pensar acerca de él, como un esposo; pero él nunca lo había mencionado, y ella estaba demasiado feliz como para preocuparse acerca del futuro.

Pero ese mismo día, Zara tuvo que confrontar su futuro, aunque no lo deseara así. Las dos bailarinas que la habían ayudado en su rutina la noche anterior, habían regresado al barco por sus trajes; hablaban muy emocionadas cuando encontraron a Zara en el salón, tomando una taza de café con Thor y los otros.

—Zara, tenemos dos buenas noticas para ti. ¿Te acuerdas de Jonathan, el coreógrafo de la película? Bueno, él estaba en la fiesta de ayer y el nuevo baile que hicimos, le encantó.

—Sí —interrumpió la otra chica—; de hecho, ofreció ayudarnos y dice que si todavía estarnos juntas después de la película, él nos ayudará a encontrar otro trabajo. ¿No es maravilloso?

—Bueno… sí —Zara asintió, sorprendida—. Pero…

—Y eso, no es todo. Él te ofrece un papel de bailarina, en la película. Sólo se trata de las tres últimas semanas; pero será mucho más dinero, del que estás recibiendo ahora.

—Es muy considerado de su parte, pero en realidad estoy muy contenta trabajando en el barco. Y en cuanto a trabajar después de la película con ustedes… gracias, pero…

Ella estaba a punto de negarse, pero Thor dijo:

—Yo creo, que deberías tomar parte en la película, Zara. El dinero extra te serviría.

Zara lo miró dudando; sintió, que había algo extraño en Thor.

—¿Así lo cree?

—Sí —contestó él y después, añadió—: Y tal vez es una buena

idea que trabajen juntas, cuando regresen a Inglaterra.

Zara enmudeció, pero se las arregló para decirles a las chicas:

—Muchas gracias por venir a decírmelo; déjenme pensarlo un poco y yo les avisaré —después, se puso de pie—. Disculpen. Capitán, ¿puedo hablarle un momento, acerca de las provisiones que hacen falta?

Se dirigió a la cubierta y se volvió, cuando Thor se reunió con ella.

—¿Qué quisiste decir?

—Quiero que mantengas tus opciones, abiertas. Necesitarás trabajo, cuando vuelvas a casa.

Ella lo miró, sintiendo temor en su corazón.

—Mi casa está, donde tú estés.

Él apretó los labios en un gesto, que ella conocía de sobra.

—Ya conoces mi opinión, acerca de las mujeres y los barcos, Zara. Cuando abandonemos este puerto, tú no vendrás con nosotros.

—¿No te importo?

—Ya sabes que sí —respondió Thor.

—Entonces, ¿qué diablos es esto? Debes llevarme contigo.

—No puedo tener a mi amante, a bordo.

Ante ese título, ella vaciló.

—Y las esposas. ¿Permites esposas a bordo?

Tomándola de los hombros, Thor la miró ansioso.

—Un barco, no es un lugar para una mujer. Y casarte con un marino, tampoco es vida para una mujer.

—¿Se puede saber por qué diablos, no?

—Porque los marinos permanecen en el mar, toda su vida. Porque nunca ven a sus hijos. Porque sus esposas, tienen que manejar sus familias e independizarse. Porque los marinos aman más el mar, que a sus esposas.

Zara palideció.

—¿Estás inventando excusas? Siempre he sabido que existe algo en tu vida, que hace que excluyas a las mujeres de ella. Creo tener derecho a saber, qué es.

Thor la soltó. Por un momento, pensó que no le diría nada, pero entonces él se encogió de hombros y prosiguió:

—Muy bien. Tuve una novia cuando era joven, un marino ordinario. Solía verla cuando estaba en el puerto. Los marinos no ganan mucho, así que ella prometió esperarme, hasta que pudiera mantenerla. En lugar de hacerlo, ella se casó con un hombre adinerado.

—¿Y eso hizo que odiaras, a todas las mujeres? —preguntó Zara, incrédula.

Thor, sacudió al cabeza.

—No, sólo por un tiempo. Hace algunos años, fui capitán de un barco. Uno de sus dueños tenía una hija; de la cual me enamoré profundamente. Ella persuadió a su padre para que la dejara acompañarme, en mi siguiente viaje. Para algunas mujeres, estar en el mar parece liberar todas sus inhibiciones. O tal vez yo pensé, que las tenía. El hecho de ser la única mujer en el barco, parecía excitarla; nadie en la tripulación estaba seguro. Hasta llevó a algunos hombres a bordo, cuando estuvimos en el puerto. Al final, la corrí del barco. Pero ella, claro está, fingió ser inocente; se quejó a su padre y perdí mi trabajo. Después que eso ocurrió, fue muy difícil que otra compañía me contratara. Cuando me contrataron, prometí que nunca tendría a otra mujer en mi vida.

Cuando terminó, Zara pudo sentir la furia y la amargura, que todavía se notaban en la voz de Thor. Ella sólo podría tratar de imaginar, los años de trabajo que Thor había vivido para poder llegar a ser el capitán, que ahora ella amaba. Además, eso lo explicaba todo; por qué él, que tenía tanta seguridad en todo lo que hacía, se sentía tan vulnerable al comprometerse, con una mujer que le interesaba.

—Pero yo no soy ella, Thor. Yo soy yo. Estoy segura de que sabes que te amo, que nunca me quiero apartar de ti.

Él la miró y ella trató de que el amor en sus ojos lo convenciera, pero Thor se apartó con rapidez.

—No sería justo para ti. Tienes una oportunidad de desarrollar una carrera, con las otras bailarinas; no debes desperdiciarla. Siempre has querido, ser bailarina.

—¡No!, eso es, lo que mi madre siempre ha querido. Yo sería la mujer más feliz del mundo, si pudiera pasar mi vida en este barco contigo.

—No es lugar, para una mujer —repitió él, con terquedad.

—¿No te gustaría intentarlo, al menos? ¿No crees que vale la pena, por los momentos que hemos estado juntos?

El rostro de Thor, se convirtió en una máscara y se rehusó.

—¡No puedo creerlo, Thor! ¡No me mereces! —finalizó Zara, con amargura y corrió hacia la pasarela con dirección al muelle, demasiado orgullosa para permitir que la viera llorar.

La vida había dado muchos golpes a Zara, pero ninguno como este. Esa noche, ella se dirigió al apartamento y no aseguró la puerta, esperanzada en que Thor la visitara y pudieran estar juntos; que por lo menos pudieran continuar siendo amantes, si él no quería algo más. No durmió en toda la noche, esperándolo; pero él no llegó. Ella supuso que Thor pensaría, que también eso sería injusto, o que tal vez había asegurado la puerta, para impedirle el paso. Lo que más quería Zara en el mundo, era estar con Thor; pero

no había modo de que ella pudiera pelear, contra su terquedad y su desilusión, hacia las mujeres.

Si el amarlo y entregarse a él con tanto fervor, no podían lograrlo, ella no podía imaginar nada más, que lo hiciera.

Y eso no era todo. Zara sabía que también tendría que luchar, en contra del primer amor de Thor, el mar. Ella nunca podría ganar. Al día siguiente, aceptó la oferta del coreógrafo, para trabajar en la película.

La rutina era muy fácil, y ella la aprendió con rapidez. Después se dirigió al barco, a despedirse de todos. Se tuvo que armar de valor, para hacerlo. Abrazó a uno por uno, conteniendo las ganas de llorar. Todos la miraron con asombro y compasión, y, como se imaginaban lo que había pasado, cuando Thor subió a cubierta hubo muchas miradas de enfado, y él se quedó ahí, solo.

—Me gustaría quedarme en el apartamento hasta el final de la película, si estás de acuerdo, claro. A menos que quieras llevar a alguien más —dijo Zara, con dolor.

—No seas tonta —respondió él, cortante.

—La puerta siempre estará abierta, en caso de que cambies de opinión —declaró ella, mirándolo a los ojos.

Él palideció y, mordiéndose el labio, repuso:

—Lo siento, Zara. Quiero que sepas, que este ha sido el periodo más feliz de mi vida.

La joven sólo asintió y se alejó.

Le tomó dos días recuperarse y decidir, que no iba a dejarlo ir con tanta facilidad. “Esta”, pensó, “es tal vez mi última oportunidad, de encontrar la felicidad y no voy a perderla, sin pelear”.

Dedicó todo su tiempo libre, a idear formas para convencer a Thor de que estar juntos, aunque fuera en el mar, funcionaría. Todos los días, ella caminaba hasta el muro final del muelle para mirar el barco, con mucho más anhelo que cuando lo miraba desde Orán; en ese entonces, significaba un medio para escapar; ahora, era un medio para alcanzar todos sus sueños.

Todos los miembros de la tripulación la visitaban, deseando que regresara al barco y llevando comida para que ella se la cocinara, en la pequeña estufa eléctrica que había en el apartamento. Ella no preguntaba nada acerca de Thor, ni ellos le decían nada. Pero Zara tenía la impresión, de que algo andaba mal con él.

Ella no lo vio, hasta casi el final de la película, cuando las bailarinas tuvieron que ayudar para una escena en la que las isleñas eran capturadas por los sarracenos, para venderlas como esclavas en Turquía. Zara sólo era una extra, llevaba puesto un vestido negro como muchas de las mujeres en la isla. Estaba acompañada por

otras mujeres, entre ellas, las estrellas de la película. Ensayaron varias veces antes de filmar, y tuvieron que esperar largo rato. Era uno de esos días, en que todo parecía salir mal. El cielo se oscureció, anunciando una tormenta tropical. Ya era bastante tarde cuando decidieron filmar la escena, que requería llevar el barco fuera de la bahía. En esta escena, la actriz principal era raptada.

El "Espíritu" tuvo que navegar un par de millas, fuera de la bahía. Había buen viento, tal vez demasiado. Zara escuchó que Thor le advertía al director, esperar hasta el siguiente día. El director no reaccionó muy bien, a su advertencia.

—Ya nos retrasamos dos semanas; esta escena es muy corta, así que insisto en filmar ahora.

Thor encogió los hombros, como si no le importara.

—Muy bien, si eso es lo que quiere.

Tan pronto como estuvieron lejos de la bahía, el cielo se ennegreció más y rugió, con gran estruendo. La tripulación empezó a hacer provisiones, izando más velas; tratando de no estropear el equipo, que estaba por todas partes.

Un grupo de mujeres gritaban con genuino temor. al ver que el barco se agitaba con violencia.

Zara temía que alguien… cayera por la borda, pero el director alcanzó el momento que deseaba y tomaron las escenas necesarias. Thor ordenó al timonel regresar y Zara pensó, que volverían a salvo. Pero la tormenta se desató, con una fuerza inesperada; los truenos eran ensordecedores, acompañados por grandes relámpagos.

—¡Lleven a las mujeres abajo! —gritó Thor, al sentir que granizos duros como piedras, caían sobre cubierta—. ¡Arne, baja de ahí! —le gritó con fuerza, para que bajara del mástil. Pero Arne no lo oyó, o tal vez pensó que era más seguro permanecer donde estaba, que tratar de bajar en medio de la tormenta.

Mack bajó para dirigir y calmar a las mujeres, que estaban a punto de la histeria; pero Zara se enrolló un turbante negro en la cabeza y permaneció afuera, emocionada por la tormenta.

—Zara, ¿qué haces aquí?

Ella iba a contestar, cuando un rayo tocó el mástil donde Arne se encontraba, y lanzó a éste al mar. Zara gritó y corrió hacia la borda. Los salvavidas no se encontraban en su lugar usual, ya que querían dar autenticidad a la película; pero ella tomó una cuerda, la arrojó al mar y trató de atar la otra punta a un mástil. Después, una figura subió a la barandilla y se clavó en el mar.

—¡Thor! —gritó Zara, con desesperación; pero nada, podría traerlo de regreso.

—¡Bajemos un bote salvavidas! —gritó Mack—. ¡Zara, apártate!

Pero ella subió al bote con ellos, y fue quien vio primero las dos cabezas, sobre una ola.

—¡Están ahí, a la derecha! Thor lo tiene. ¡Gracias al cielo!

—Hombres a bordo, prepárense para recogerlos.

Usaban remos; el motor con el mar así era inútil. Zara se sentía tan abrumada y aliviada, que no tuvo fuerzas para subir al barco, y la tuvieron que tirar, con una cuerda.

Permanecieron en alta mar, hasta que la tormenta aminoró; después, se dirigieron a Rodas usando los motores, con todo el agradecimiento de los pasajeros, quienes se habían sentido bastante mal. Mack le dijo a Zara que Arne estaba bien; sólo había tragado, mucha agua salada. Ella asintió, se había quitado su ropa mojada y se había puesto una playera y unos pantalones cortos, que Tony le había prestado.

—¿Dónde está Thor?

—En su camarote.

—Gracias —Zara se dirigió al corredor; parecía furiosa.

Mack la miró alejarse, intrigado.

Cuando llegó hasta la puerta del camarote de Thor, Zara empujó sin llamar primero. Thor se acababa de poner unos pantalones cortos y estaba a punto de ponerse la playera.

Él se volvió y la miró, asombrado.

—Zara, ¡qué diablos…!

—¡Esta fue la gota que derramó el vaso! —gritó ella, furiosa—. No sólo eres un tonto, que no sabe lo que es bueno para él; ¡no!, también tienes que arriesgar tu vida. ¿No sabes que pudiste haberte ahogado? Pudiste haber subido al bote, con el resto de nosotros; pero no, no podías esperar, ¿verdad? Tenías que hacer, tu actuación de héroe.

Thor la miraba boquiabierto, con las manos aún en la playera.

—¡Y te diré algo más! —añadió Zara—. ¡Cabeza de chorlito; si yo amara el mar tanto como tú, me aseguraría de comprarme mi propio barco. Además, también eres un tonto, porque no puedes darte cuenta de que puedes amar al mar y también a una mujer; o que una mujer te puede amar tanto como para aceptar tus condiciones, cualesquiera que sean.

Zara levantó su rostro; había fuego en sus ojos.

—Tenía razón cuando dije, que no me merecías. No eres lo suficientemente hombre para mí. Quédate, con tus estúpidos prejuicios. ¡Espero que mantengas tu lecho tibio, por las noches!

Dándose vuelta, Zara salió del camarote y se encontró con que toda la tripulación se encontraba oyendo en el corredor, sin vergüenza alguna. Ellos aplaudieron y vitorearon a Zara, estorbando el paso de Thor cuando trató de seguirla.

—¡Zara, espera!
Pero ella no se detuvo, movida por su furia.
Thor fue al apartamento esa noche, pero ella no estaba ahí, tampoco en el hotel, donde vio que muchos miembros del equipo de filmación, empezaban a irse. Las bailarinas, tampoco sabían dónde estaba.
—Me imagino, que regresó a Inglaterra. Casi todas las personas que no se van a quedar, para la fiesta de despedida, debido a sus compromisos, partieron por la tarde.
—¿Qué fiesta?
—La fiesta que los productores ofrecen, para celebrar el fin de la película. Será por la noche. ¿Nos acompañará?
—No lo sé. Espero que mi tripulación, esté presente.
La tripulación paso ese día arreglando el mástil y haciendo los preparativos necesarios, para zarpar al otro día.
Thor se pasó todo el día buscando a Zara en el pueblo, tratando de investigar si ya se había ido. Él regresó por la noche, parecía derrotado y se sentó en el salón, donde Mack tomaba una taza de café.
—La he perdido, Mack —admitió—. No la pude encontrar, en ninguna parte.
—¡Es lo que te mereces! —repuso Mack, de un modo insensible —. Nos vamos a la fiesta.
Thor se acercó y lo tomó de la muñeca.
—Si la ves allí, ¿prometes decírmelo?
Mack lo miró, titubeó, y después, asintió.
—Muy bien, si la veo. Arne se quedará a hacer la guardia. No tiene deseos de beber hoy.
Nadie le fue a decir, que Zara estaba en la fiesta. Los hombres regresaron a la medianoche y, poco después, el "Espíritu del Viento" se desplazó con lentitud por la bahía hacia el mar.
Thor se quedó sobre la cubierta, mirando las luces del pueblo brillar, hasta que desaparecieron en el horizonte. Deprimido, se dio media vuelta y se dirigió a su camarote.
Zara estaba en la cama, hojeando una revista. Ella levantó la vista, al verlo entrar.
—Empezaba a imaginarme, que nunca vendrías.
Él la miró asombrado; su rostro resplandeció de júbilo, al darse cuenta de su presencia.
—¡Zara!, ¿cuánto tiempo has estado aquí?
—¿En tu camarote, o en el barco?
—Has estado aquí todo el tiempo —dijo Thor, con incredulidad.
—¡Claro!, ¿a dónde más podría ir?
Thor cerró la puerta.

—¿Sabías que te he estado buscando, por todo Rodas? Sufrí mucho al pensar, que habías regresado a Inglaterra y que nunca, podría encontrarte de nuevo —se sentó a lado de ella, en la cama—, y no me digas, que me lo merezco; ya me lo dijeron y es verdad.

Él tomó la revista de las manos de Zara y la puso, en otra parte. En sus ojos había, una nueva luz de felicidad.

—¿Te das cuenta de que te introdujiste al barco, otra vez?

—Sí, y te advierto que si me quieres llevar de regreso a Rodas, la tripulación me ha prometido amotinarse, en ese mismo momento.

—Me alegro por ellos —Thor levantó la sábana y se dio cuenta, de que Zara no tenía nada puesto.

—¿Te casarías, con un ciego tonto?

—Sólo si tenemos, nuestro propio barco.

Thor sonrió.

—De hecho, estoy en el proceso de comprar éste.

—¿De veras? —los ojos de Zara brillaron; pero después fingió, que no le importaba.

—Entonces, es un trato. Amo a este barco.

—¿Más que a mí? —él acarició su hombro.

—Tanto como tú amas el mar —repuso ella con suavidad, casi preguntando.

—Entonces, no es tanto como yo te amo —afirmó Thor.

—¿Por qué no te acercas, un poco más? —propuso Zara, sonriendo.

—De inmediato —se acercó a ella, abrazándola.

Zara suspiró de felicidad y le acarició el rostro. Un pensamiento le acudió a la mente y dijo:

—Thor, ¿recuerdas que te reíste mucho, cuando me puse el bikini que hice con la bandera? ¿Qué significaba?

Thor se rió.

—Significaba: “Bienvenido a bordo”.

Ella soltó una carcajada, después se acercó a Thor y lo besó.

—Sus deseos son órdenes para mí, capitán.

Hizo reír tanto a Thor, que pasó algún tiempo, antes que le pudiera tomar la palabra.

Fin

Nota

[←1]

Seto, vallado o tapia que circunda una propiedad.